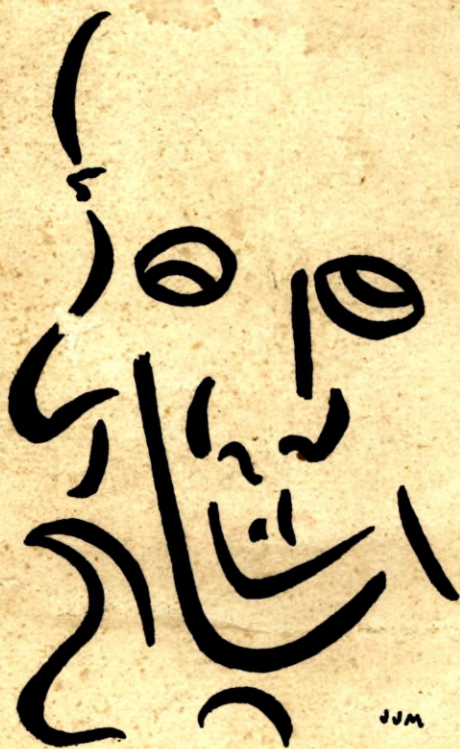


A MENTIRA



JOSE DE JESUS MARTINEZ



JOSE DE JESUS MARTINEZ

LA MENTIRA

(D R A M A)

LA PERRERA

LA VENGANZA

M A D R I D

1 9 5 4

Testis parameño
literatura parameño SPA
teatro

TIW: 64305

862

M385

1954

a.2

DERECHOS RESERVADOS

MURILLO. - Pasaje Valdecilla, 2. - Madrid

LA MENTIRA

*A Ramón Martínez,
mi hermano, mi amigo.*

LA MENTIRA

Drama en dos actos, dividido en siete cuadros y un
rabillo al final.

PERSONAJES

(por orden de aparición)

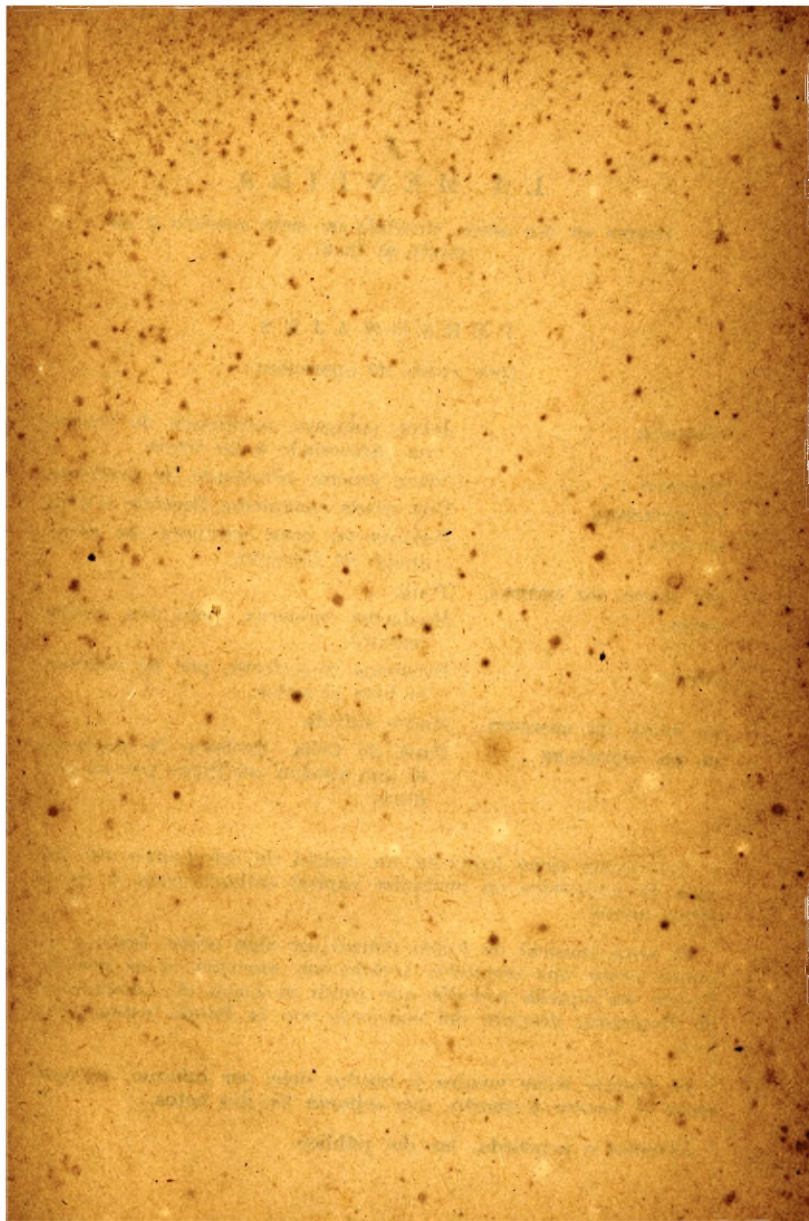
GERARDO	Joven mangajo, estudiante de medicina. Aficionado a las letras.
ERNESTO	Joven pulcro, estudiante de medicina.
LA EMPLEADA	Una criada cualquiera, llegando a vieja
ORTEGA	Pedante en unas ocasiones, en otras, amigo de Gerardo.
UN AMIGO DE ORTEGA.	Tonto.
CELIA	Muchacha moderna, pero con mucho instinto.
PEPE	Personaje imperfecto, por no conocerlo bien el autor.
LA MAMÁ DE ERNESTO.	Madre sufrida.
EL DR. GONZÁLEZ . . .	Papá de Celia. Profesor de medicina al que apodan «el Pipo» por su gordura.

La acción tiene lugar en un cuarto de estudiantes de una casa de huéspedes en cualquier capital sudamericana y en la época actual.

El tema musical de fondo deberá ser algo triste, lento y sinuoso, como una serpiente, tocado con serrucho, si es posible. Podría ser aquella melodía que canta la *Lucía de Lamermoor*, de Donizetti, después del concierto con la flauta, estando ya loca.

El tiempo entre cuadro y cuadro debe ser mínimo, excepto entre el tercero y cuarto, que separan los dos actos.

Derecha e izquierda, las del público.



PRIMER ACTO

PRIMER CUADRO

La acción de este cuadro, como la de todos los demás, deberá desarrollarse en una habitación grande, con forma trapezoidal, de manera que se puedan apreciar bien las paredes laterales. En el centro de la habitación habrá una mesa desordenada, llena de libros, alguna calavera o hueso humano y otras cosas de ese estilo. En la parte izquierda del cuarto hay una cama, y a su lado alguna cómoda con espejo, y una mesita de noche. En el tabique lateral de la izquierda hay una puerta, que por las perchas que tiene, donde cuelgan toallas y batas de baño, es evidente que es la puerta que da al servicio de baño. En el otro extremo de la habitación hay otra cama con su respectiva mesita de noche, sobre la cual hay un teléfono. En la pared cercana, una ventana que da a la calle. La puerta principal, que comunica con el resto de la casa, está en el centro de la pared del fondo. Habrá, además, algún sillón, mapas anatómicos colgando, libreros, en fin, todo eso propio de una habitación que aloja a dos estudiantes de medicina. Cuando sube el telón está Gerardo con una pipa en una mano y en la otra un libro, mirando a través de la ventana en actitud ensimismada. Fuma su pipa, o, mejor dicho, hace como si la fumara, porque en realidad no echa humo ni está encendida. Gerardo no parece saber esto sin embargo. De pronto, de muy lejos, desde donde vaga el pensamiento de Gerardo, se escucha el fondo musical. Gerardo, entonces, como alimentándose de la música, comienza a animarse. Repentinamente gesticula adioses con la mano, y sonriendo muy a gusto, grita: «Adiós, adiós», a alguien que, aparentemente, pasa en esos momentos por la calle que miraba.

La música se calla en el momento de hablar Gerardo.

GERARDO.—¡Adiós! ¡Adiós! (*En voz más baja.*)
Hasta luego. (*Después de unos segundos así, se apercibe al fin de que su pipa no tenía tabaco y va a la mesa. Cuando se está sentando junto a ella ve un pañuelito de mujer; lo agarra pronto y corre a la ventana. Se pone en posición extrema para poder ver a la persona de antes, pero no lo logra. Regresa otra vez al centro de la habitación con el pañuelito en la mano. Lo olfatea enamorado y lo guarda en un bolsillo de su pantalón. Después procede a limpiar su pipa sentado junto a la mesa. En eso está cuando por la puerta principal entra Ernesto.*)

ERNESTO.—Quihubo.

GERARDO.—Hola.

(*Ernesto ha entrado casi sin mirar a su amigo. Viene como desanimado. Va directamente a la cama de la izquierda y se deja caer pesadamente sobre ella. Inmediatamente, sin embargo, vuelve a levantarse. Se quita el saco para no arrugarlo y lo cuelga de una percha. Luego va al cuarto de baño y regresa con un vaso de agua; saca de la gaveta de su mesita de noche un frasquito de píldoras y le da una a Gerardo junto con el vaso de agua. Gerardo obedece sin hablar y se toma la píldora. Después Ernesto vuelve a tirarse en la cama. Gerardo continúa limpiando su pipa. De vez en cuando vuelve a mirar a su amigo, que, con un brazo sobre su cara, descansa en la cama. Gerardo pareciera comprender la pena que aqueja a su amigo y que no había nada para poder remediarla. Sin embargo, después de un rato, como aceptando una tarea desagradable, se levanta y arrima su silla a la cama de Ernesto, y le dice, mientras continúa limpiando su pipa.*)

GERARDO.—¡Vamos, hombre, que no es para tanto! No se trata ni siquiera de un examen final.

Tú puedes, perfectamente bien, subir esa nota con las pruebas de fin de año. (*Espera en vano alguna señal de vida en Ernesto. Luego continúa.*) ¡Qué Pipo más perverso! Te aseguro que te tiene rabia porque te gusta la hija.

ERNESTO.—Celia no tiene que ver nada con esto. No supe la pregunta. Eso es todo. (*Pausa.*) Pero no sé qué me pasó. (*Incorporándose.*) Tú viste cómo estudié. (*En voz baja y para sí mismo.*) ¡Por una pregunta!

GERARDO.—Yo no sé, Ernesto, pero hay ciertas cosas que no se nos dan, y uno no sabe por qué, porque por más que uno esté...

ERNESTO.—(*Interrumpiéndolo, y sin haber atendido a lo que decía su amigo.*) La primera vez que de veras quiero algo, y ¡por una pregunta! No te había dicho, Gerar, pero había una beca para los Estados Unidos. Era una beca magnífica.

GERARDO.—Sí, yo sabía eso. (*Continúa limpiando su pipa meticulosamente.*)

ERNESTO.—(*Prestándole atención y como ofendido un poco.*) ¡Tú lo sabías? ¡Quién te lo dijo?

GERARDO.—Pues hombre, ahí en la Facultad lo supe. (*Socarronamente.*) Todavía voy de vez en cuando.

ERNESTO.—No, si no te lo dije por eso. Es que yo pensé..., te quería dar una sorpresa, Gerar.

GERARDO.—(*Deja de limpiar su pipa por un momento, mientras le dice lo siguiente.*) Como te estaba diciendo: Hay ciertas cosas que no se nos dan, aun cuando estemos capacitados, aun cuando las merezcamos, como tú, ahora, y esa beca. Eso siempre me ha dado rabia. Si así, honestamente, decentemente, como tú, no se pueden conseguir las cosas que merecemos, pues lo empujan a uno al robo y a la violencia. (*Baja*

los ojos y vuelve a su tarea de limpiar la pipa.)
Tú sabes por qué te digo todo esto, ¿no?

ERNESTO.—Sí, pero a mí no me vas a convencer con tus locuras. *(Un poco más animado ya, vuelve a ver su reloj de pulsera y se levanta de la cama. Va hacia la puerta de la izquierda y desaparece. Al momento abre la puerta y se oye que desde adentro dice.)* ¿No te quedan navajas de afeitar?

GERARDO.—No. Creo que se acabaron. *(Pausa.)* Si quieres, le voy a pedir una a Pepe.

ERNESTO.—*(Desde adentro.)* No. Pepe no está. Yo lo dejé en la Facultad.

(Gerardo, que no pudo quedar hablando solo, se levanta y va hacia la mesa y se la queda mirando, con las manos en los bolsillos. Estando así, como ensimismado, comienza otra vez el tema musical. Entonces, una de las manos en el bolsillo encuentra el pañuelito y se lo muestra; luego se lo lleva a la nariz. Bruscamente, entra Ernesto, y la música cesa. Gerardo se sobresalta, temeroso de haber sido visto por su amigo, y se lleva el pañuelo detrás de la espalda. Pero Ernesto no lo ha podido ver porque salió con la cabeza inclinada, para no mojarse la ropa con el agua que se había chorreado en el pelo. Gerardo aprovecha esta circunstancia para esconder el pañuelo en la gaveta superior de la cómoda. Ernesto busca una toalla medio a tientas y se seca la cara y el pelo. Luego va hacia el espejo de la cómoda a peinarse.)

GERARDO.—*(Hablando de Pepe, pero pensando en otra cosa.)* ¿Y qué tal le fué? Quiero decir a Pepe.

ERNESTO.—No sé, pero le ha de haber ido mal.

GERARDO.—Es un poco tonto ese Pepe, ¿no?

ERNESTO.—No, no es tonto.

GERARDO.—(*Hablando siempre de otra cosa y no de lo que piensa.*) Para mí, uno que estudia tanto como él y todavía le va mal es porque es tonto.

ERNESTO.—No, tonto no es. En el fondo, creo que no le interesa mucho curar enfermedades. No tiene vocación para médico, eso es todo.

GERARDO.—(*Sin mirarlo a la cara, después de una breve pausa y hablando de lo que tenía rato de estar pensando.*) ¿Sabes quién fué que me lo dijo?

ERNESTO.—(*Negligentemente.*) ¿Que te dijo qué? ¿Que Pepe era tonto?

GERARDO.—No, hombre, no.

ERNESTO.—¿Qué cosa?

GERARDO.—Pues, lo de la beca.

ERNESTO.—¿Quién?

GERARDO.—Celia.

ERNESTO.—(*Reaccionando rápidamente, como si el nombre le hubiera caído duramente sobre algo sensible.*) ¿Celia? (*Gerardo contesta afirmativamente con la cabeza, pero sin darle la cara.*) ¿No es ésta otra de tus imagerías?

GERARDO.—(*Volviéndole la cara.*) No. Estoy seguro. Celia fué. Hace como tres meses. En la Facultad.

ERNESTO.—(*Muy interesado ahora.*) Pero si yo creía que tú ni la conocías. Digo, personalmente. Tú nunca me hablaste de ella. Ni ella tampoco me ha hablado de ti. ¿Ella fué la que te lo dijo?

GERARDO.—Te digo que sí. Ahora no vayas a decirselo tú. Quería que no lo supieras.

ERNESTO.—Pero ¿por qué? (*Se olvida de peinarse y se sienta en su cama con la atención fija en Gerardo. Gerardo se sienta en una silla, junto a la mesa, y no en la que había quedado junto a la cama, como esperaba Ernesto. Este, al ver que Gerardo se sienta tan lejos, se levanta de la cama y va a sentarse al lado de Gerardo. Toda-*

vía está a medio peinarse y con la toalla enroscada al cuello.) Dime, amigo, por favor, ¿qué han hablado ustedes?

GERARDO.—(*Mirando a Ernesto fijamente en los ojos.*) Esa muchacha te quiere; tú sabes eso, ¿no?

ERNESTO.—(*Como esperando una afirmación y una negación al mismo tiempo.*) Ella no te dijo que me quería.

GERARDO.—¡Pues no, claro! Pero se le nota de lejos. El día ese que te digo fuimos a merendar juntos y no dejé de hablarme de ti en toda la tarde. (*Pequeña pausa.*) Mira, te voy a ser franco. (*Ernesto presta aún más atención y se quita los cabellos de la frente, como si eso le ayudara a escuchar mejor.*) A mí me gustaba un poco al principio, ¿sabes? Como tú no me habías dicho nada en ese tiempo. Bueno, de todos modos, ella nunca me hizo caso. Un día, sin embargo, la invité al cine y me aceptó, y en vez de ir al cine fuimos a merendar. Entonces, con un solo golpe, muy suave, muy diplomático por cierto, pero donde más duele, me hizo ver la verdad: ¿que era a ti a quien quería ella.

ERNESTO.—Pero, ¿qué fué, exactamente, lo que te dijo?

GERARDO.—Hombre, pues lo de la beca.

ERNESTO.—Eso no quiere decir nada.

GERARDO.—Pero la manera como me lo dijo: que, por favor, no te sacara a pasear; que te dejara estudiar para el concurso ese; que, si te faltaba algún libro, se lo dijera a ella, porque su papá los tiene todos y te los podría prestar disimuladamente, a través de mí.

ERNESTO.—¿Y qué más te dijo?

GERARDO.—Pues cosas de ese estilo nada más. Eso sí, con un interés que, de lejos, Ernesto, de le-

jos, se notaba que te quiere. (*Pausa.*) ¡¡Carri-
zos, yo te envidié esa tarde!! (*Quitándole la
cara.*) Me sentí despechado. Llegué hasta de-
sear que no te ganaras la beca. (*Levantándose
bruscamente.*) ¡Y eso es vil!

ERNESTO.—No es nada, Gerar. Yo no sabía que a
ti te gustaba Celia. Me lo hubieras dicho y yo
me hubiera apartado. Por lo demás, era lógico
que te sintieras y pensaras así. A mí me hubiera
pasado lo mismo.

GERARDO.—Tú sabes que yo te quiero, y, sin embar-
go, llegué hasta desear profundamente que no te
ganaras la beca. Sentía gusto imaginándome la
tarde que llegaras todo desanimado de la Facul-
tad, después de haber fracasado en los exámenes.
Me acuerdo que sentía gusto imaginándómelo. Y
ahora que de veras has perdido la beca me dan
grandes remordimientos. (*Sentándose otra vez
junto a Ernesto.*) Tú sabes que yo sí hubiera
querido que te la ganaras, ¿no verdad, Ernesto?

ERNESTO.—Claro que sí lo sé, amigo. No te pre-
ocupes.

GERARDO.—(*Mirando al vacío, imaginando.*) Ahora
me imagino lo contento que hubieras venido si
te hubieras ganado la beca esa. Estaríamos can-
tando a estas horas. Te apuesto a que hubiéra-
mos ido al barsito ese de la esquina: Tanis. Ven-
den buena cerveza donde Tanis. La hubiéramos
celebrado en gran plan.

ERNESTO.—Sí, estoy seguro, pero no pienses más en
eso. Y no debes tener remordimientos. Ya te
digo que yo hubiera sentido lo mismo: era natu-
ral. Ahora eres tú el que le da mucha impor-
tancia al asunto. Convéncete de que fracasé por-
que no supe la pregunta, no por nada de tu de-
seo, que ya te digo, fué una reacción natural. No
somos ángeles, Gerar. Pequeñeces así son las que

nos definen, y sabiéndolas ver lo conmueven a uno y es muy fácil quererlas. No es que haga falta, pero no tenemos otro remedio.

GERARDO.—(*Sin haberle prestado mucha atención.*) Sí, puede ser. (*Pausa corta.*) ¿Cuál fué esa pregunta que no supiste?

ERNESTO.—(*Después de una pausa, medio intrigado por el asunto, dice, sonriéndose al pronunciar el terminacho.*) Una sobre el tratamiento de la neumonía distelectásica. Pero, ¿por qué?

GERARDO.—No, nada. Tuve miedo de que fuera por alguna cosa de dermatología. Como tú no tienes el libro de texto, y como Celia me dijo que si te faltaba alguno se lo dijera a ella, pues... tuve miedo de que por culpa mía...

ERNESTO.—(*Muy sonreído.*) Gracias a Dios, Gerar, que no le dijiste nada. (*Después de una pausa en la que Ernesto se levanta para terminar de peinarse y en la que Gerardo ha permanecido sentado como abatido.*) Celia es una buena chica. Me alegro mucho que me lo hayas contado.

GERARDO.—No se lo vayas a decir. Mira que lo prometí.

ERNESTO.—No te preocupes, Gerar. (*Pausa en la que solapadamente Ernesto ha mirado a Gerardo en su postura afligida. Entonces, como para darle ánimo, o al menos para cambiar de tema de conversación, le dice socarronamente, como con doble intención.*) Me encontré con tu amigo Ortega esta mañana. Me dijo que iba a venir hoy a verte, por la tarde.

GERARDO.—(*Reaccionando al oír el nombre de Ortega.*) Bueno, ¿y qué es lo que quiere el idiota ese?

ERNESTO.—(*Que ya se había terminado de peinar con mucho cuidado, quizás con un poco de vanidad femenina, y caminaba de aquí para allá guar-*

dando el peine, la toalla, etc.) No sé; no me dijo.
¡Ah, sí! Sobre algún libro creo.

GERARDO.—Ahora viene y me da la lata toda la tarde, y yo tenía que hacer.

ERNESTO.—(*Sonriéndose maliciosamente y dando en el clavo.*) A mí se me hace que te cae mal^a por lo de la fiesta aquella a la que no te invitaron.

GERARDO.—¡No, hombre, qué va! Tú sabes que esos círculos literarios me caen de a patadas. ¡Qué va, Ernesto! El y su barba de intelectualoide. ¡Cómo me gustaría arrancársela pelo a pelo! Esa gente cree que la literatura se ventila en las fiestas y en los cafés, y tú sabes, porque me conoces, que a mí esas cosas me hacen los mandados. (*Mientras hablaba Gerardo, el teléfono sonó. Gerardo, todavía hablando, va a contestarlo. Ya lo tiene en la mano cuando Ernesto, que miró su reloj apenas lo oyó sonar, va apresurado detrás de Gerardo y se lo arrebató.*)

ERNESTO.—Deja, es para mí.

GERARDO.—Coge, pues.

ERNESTO.—(*Antes de comenzar a hablar se arregla la corbata y compostura, como creyendo que la persona al otro lado de la línea lo pudiera ver.*) ¡Bueno? (*Pausa corta.*) No, claro, ¿qué tal? (*Pausa en la que Ernesto dice «no» varias veces y entre visitas forzadas.*) No, tampoco fracasé, pero de todos modos eso de la beca ya murió. (*Pausa.*) De veras. Pregúntaselo a tu papá. (*Arrepintiéndose rápidamente.*) No, no le preguntes nada. (*Pausa.*) Sí, de veras, ya no hay chance. No ves que el promedio no llegaría a los ochenta y cinco aunque sacara cien en los finales. (*Pausa larga.*) No, no sé. A lo mejor no se la dan a nadie. (*Pausa.*) ¡Pepe? No sé, pero creo que también salió mal tu primo. (*Pausa lar-*

ga. *Ernesto se pone serio.*) No, ni pensar en eso, Celia. *(Pausa.)* Ni pensarlo.

(Gerardo, al oír mencionarse el nombre de Celia, se levanta de la silla donde había estado sentado durante la conversación de Ernesto y se va hacia la ventana. Frente a ella, con la pipa sin tabaco en la mano, hace como si fumara y queda ensimismado, mirando calle abajo.)

ERNESTO.—*(Continuando sin interrupción.)* Ya no hay que hacerse ilusiones. *(Pausa. Ernesto vuelve a su tono socarrón de antes.)* ¿Sabes lo que es una neumonía distelectásica? *(Pausa corta.)* No, no, distelectásica. *(Pausa corta.)* Sí. *(Pausa corta.)* Pues tampoco yo. *(Pausa con risitas forzadas.)* ¿Que no es nada? Es que por esa tonteríita, como dices tú, se puede morir mucha gente. *(Pausa larga. Ernesto se pone tristemente melancólico.)* Sí, ya sé, Celia, pero es que tenía tantos planes. *(Pausa larga.)* Yo sé, Celia. A lo mejor. *(Pausa.)* ¡No, eso sí, claro! ¿Y todo aquello de lo que habíamos hablado? ¿No te acuerdas?

(Al llegar aquí la acción, Gerardo, que continuaba frente a la ventana, comienza, exactamente como la primera vez, pero sin el fondo musical, a gesticular adioses con la mano y a gritar: «Adiós, adiós.»)

GERARDO.—¡Adiós! ¡Adiós! *(Después de un rato se apercibe, como la primera vez, de que su pipa no estaba cargada de tabaco y de que chupaba en vano, y regresa todo sonreído a su sitio de antes. Procede a limpiar su pipa y mira de vez en cuando solapadamente a Ernesto, que no se había dado cuenta de su regreso ni de los gritos estentóreos que dió.)*

ERNESTO.—*(Continuando sin interrupción.)* De acuerdo, sí, pero ¿no ves que no es lo mismo?

(Pausa en la que Ernesto sonríe, como si lo estuvieran obligando a aceptar algo que quería.) Sí, claro que sí, Celia. (Pausa corta.) ¿Tú crees? (Pausa.) Bien, vamos a ver.

(Tocan a la puerta y Gerardo va a abrirla. Entra la criada.)

EMPLEADA.—Aquí lo buscan dos señores.

GERARDO.—¿Quiénes son?

EMPLEADA.—(De mala gana.) ¿Yo cómo voy a saber? Uno tiene barba.

GERARDO.—¡Ah, sí! Diles que pasen.

(Entran Ortega y un amigo de éste, precedidos por la empleada. La empleada sale inmediatamente, cerrando la puerta.)

ORTEGA.—(Presentando a su amigo.) Un amigo.

GERARDO Y EL AMIGO.—(Al mismo tiempo y dándose la mano.) Mucho gusto.

(Adentrándose más en el cuarto, Ortega ve a Ernesto y le manda un saludo con la mano, pero Ernesto, pese a que lo ve, no lo contesta. Ortega gasta una de esas barbas tan de moda entre los existencialistas. Además, es un snob, y trata a Gerardo con una petulancia que hace patética la solicitud y amabilidad de éste, que a todas luces está procurando caerle bien y ganarse su aprecio.)

GERARDO.—(Después de la presentación.) Pero pasen, pasen, por favor. (Ortega ya había pasado.) Está un poco desordenado el cuarto. Siéntese usted; (al amigo de Ortega) también usted, pero (buscando otra silla con los ojos) déjeme ver. (Encontrándola y trayéndosela.) Aquí tiene usted, siéntese, por favor. (Ortega y su amigo agradecen la excesiva amabilidad de Gerardo. El amigo, un poco más cariñosamente que Ortega.)

ERNESTO.—(Continuando sin interrupción.) ¿No vas a sacar hoy al perro? (Pausa en la que ríe.)

Bueno, bueno, el choricito. ¿Vas a sacarlo esta tarde? *(Cuando dice lo de choricito y la hora de la cita, Gerardo lo vuelve a mirar.)* A las seis, ¿verdad? *(Pausa corta.)* Sí. Después hablaremos. Acaban de llegar unos amigos y tengo que atenderlos.

ORTEGA.—*(A Ernesto.)* No te preocupes por nosotros. *(Pero Ernesto no le hace caso.)*

ERNESTO.—*(Continuando sin interrupción.)* Sí, claro, sin falta. *(Pausa corta.)* Hasta luego. *(Pausa corta.)* Sí, bueno. *(Pausa corta.)* Adiós. *(Pausa corta.)* Adiosito. *(Espera un momento con el teléfono en la oreja hasta cerciorarse de que Celia ha colgado primero. Luego va al grupo.)*

ORTEGA.—*(A Ernesto, después de haberlo saludado más cariñosamente que a Gerardo.)* Quiero presentarte aquí a mi amigo.

ERNESTO.—*(Dándole la mano y diciéndole su nombre.)* Servidor. *(Medio burlonamente.)* ¿Poeta también? *(El amigo sonríe estúpidamente.)*

ORTEGA.—*(A Ernesto.)* Y ¿qué!, ¿estudias mucho?

ERNESTO.—Algo.

ORTEGA.—*(Después de una pausa en la que miraba a Ernesto, pero sin ocurrírsele nada que decir. A Gerardo.)* Pues sí, señor Ubico, venimos a abusar de su amabilidad. *(Se sienta y es imitado por Gerardo y el amigo.)*

GERARDO.—No, de ninguna manera. Usted me dirá en qué puedo servirle. Yá sabe usted el aprecio y la admiración que se le tiene.

ORTEGA.—*(Siempre secamente.)* Gracias. Es que me dijeron que usted tenía un ejemplar de la primera edición del «Crepusculario»...

ERNESTO.—*(Separándose del grupo.)* Me van a disculpar. Tengo que salir un momento.

GERARDO.—*(A Ernesto. Preocupado, como si le incumbiera a él.)* Pero si todavía no son las seis.

ERNESTO.—(*Con una sonrisa amable, paternal.*) No, si sólo voy aquí abajo, a comprar navajas de afeitar. (*Gerardo no sabe qué hacer o decir con la cara de imbécil que puso. Ortega, entonces, rompe el silencio que comenzaba a formarse, pero sin buena fe, que ya hemos visto que este Ortega no es buena gente.*)

ORTEGA.—(*A Gerardo.*) Me dijo, no me acuerdo quién, que tenía usted un ejemplar de la primera edición del «Crepusculario» de Neruda. Yo estoy preparando un estudio sobre Pablo y me interesaría mucho ver algunos poemas que el poeta suprimió en sus ediciones posteriores.

GERARDO.—Sí, cómo no, con mucho gusto.

(*Antes de levantarse Gerardo para buscar el libro, Ernesto, ya con una mano en el mango de la puerta, se dispone a salir después de haberse puesto el saco.*)

ERNESTO.—Con permiso. (*A Gerardo, poniéndole una mano sobre el hombro.*) No, amigo, no te levantes. (*A todos.*) Vuelvo en seguida.

GERARDO.—(*Mirando hacia arriba, porque está sentado, le dice con una voz un tanto misteriosa.*) Ya estás bien, ¿verdad?

ERNESTO.—(*Intrigado.*) ¿De qué?

GERARDO.—Lo de los Estados Unidos.

ERNESTO.—Olvídate de eso, Gerar. Con permiso, ¿eh? (*Sonriéndose abre la puerta y sale.*)

(*Gerardo se ha quedado mirando el vacío que dejó Ernesto. Sueña como con cierta melancolía. Ortega, entonces, simula hablarle. Digo simula porque, aunque mueve los labios, no se le oye nada. Esto es para dar la impresión de que Gerardo es sordo a sus palabras. Estando así Gerardo, sin moverse y mirando hacia arriba, cae el*

TELON

SEGUNDO CUADRO

El mismo cuarto de antes, sólo que con el orden de las cosas ligeramente cambiado; el color de una de las toallas, de una de las batas de baño, algún cuadro que falta, etc. Gerardo, Ortega y su amigo están en la misma silla y posición de antes. Pero en este cuadro, Ortega no usa barba. Aparece un nuevo personaje: Celia, que está sentada en la cama de Gerardo, la de la derecha, escuchando la conversación. Desde que ha subido el telón se ve a Ortega hablarle a Gerardo, pero Gerardo, por estar con la mirada en el vacío que momentos antes ocupó Ernesto, no le presta cuidado. En realidad, nadie le puede oír; también, como al final del cuadro anterior, Ortega sólo simula hablar moviendo los labios. Un breve momento así, luego Ortega hace gestos como si preguntara algo, y después de formular aparentemente la misma pregunta, extrañado de que Gerardo no lo responda, le toca la pierna para llamarle la atención.

GERARDO.—(*Despertando bruscamente al sentir la mano de Ortega sobre su pierna.*) Perdón, ¿Qué decías?

ORTEGA.—(*Que ahora es mucho más amable con Gerardo que en el cuadro anterior.*) Pero ¿qué te pasa, chico? Estás hablando y de pronto te quedas como ido.

GERARDO.—No, no es nada. Me distraje un momento pensando... Me acordaba... Pero bueno, no tiene importancia. ¿Así es que tú crees que le van a dar el premio ése a Neruda?

ORTEGA.—¿No será que estás incubando algún poema? ¿O los ejercicios esos que dices?

GERARDO.—Nooo. ¿Sabes? Es que, como habíamos estado hablando de la fiesta aquella a la que me invitaste, me acordé del día que llegó Ernesto de la Facultad, contentísimo por la beca que le dieron. La celebramos en gran plan, ahí donde Tanis. Cantamos, bebimos toda la tarde. (*Recordando.*) Ernesto no cabía de contento.

ORTEGA.—¡Pero hazme el favor, Gerardo, no me digas que puedes comparar esa fiesta con la otra!

GERARDO.—¡No, qué va! Es que hoy recibí carta de Ernesto.

ORTEGA.—Tú quedaste muy bien recitando tus poemas. Y no creas, te ha servido de mucho. Ya ves cómo a cada rato te citan en las revistas. (*Sacando una revista que traía doblada en un bolsillo.*) Mira, precisamente... (*Pero no se la llega a dar por la interrupción de Gerardo.*)

GERARDO.—Estuvo muy bien. La que tuvimos Ernesto y yo tampoco estuvo mala. Era otra cosa.

AMIGO.—¿Ernesto Pujol? ¿No es ese que dió una conferencia sobre la poesía ecuatoriana?

GERARDO.—No. Es un amigo mío recién graduado de médico. Se ganó una beca para los Estados Unidos. El está allá ahora. Ernesto Zapata se llama. Una bellísima persona.

CELIA.—(*Que ha estado un poco incómoda por no tener nada que hacer.*) ¿Dónde está esa carta que recibiste de Ernesto, Gerar?

GERARDO.—Mira, creo que está ahí, en la primera gaveta de la cómoda. Búscala. (*Celia se levanta a buscarla.*)

AMIGO.—¿Y qué le cuenta su amigo de la vida intelectual de..., dónde me dijo que estaba? Digo, ¿en qué parte de los Estados Unidos?

GERARDO.—No. El está en Nueva York, pero a él no le preocupan estas cosas.

ORTEGA.—(*Socarronamente.*) Al señor Ernesto Zapata le preocupan muy pocas cosas. Fuera las de su reducido mundo, naturalmente.

GERARDO.—No digas eso, hombre. El muchacho es muy inteligente. (*Ortega ríe despectivamente.*) Bueno, tampoco él tenía muy buena opinión de ti que digamos.

CELIA.—(*Después de haber ido a buscar y encontrado la carta, vuelve a sentarse en la cama. Desde entonces no ha prestado mucha atención a la plática. Ahora, con mejor humor que el de antes indispuerto por la presencia de Ortega, dice.*) ¡Ah, y tiene novia ya! (*Gerardo la vuelve a ver.*)

ORTEGA.—¿Qué pensaba él de tus ejercicios? ¿O no se los llegaste a conversar nunca?

CELIA.—(*Interrumpiendo la conversación con la lectura de la carta. Visiblemente emocionada.*) ¡Es farmacéutica! Debe de ser una gran chica. Dice que es de muy buena familia también. Se lo merece Ernesto. Ojalá se casen y sean muy felices. (*Vuelve a ver a Gerardo para compartir la alegría que le ocasiona la noticia, pero se encuentra con una cara disgustada.*)

GERARDO.—(*Molesto a todas luces, casi celoso por el interés que toma Celia en la carta de Ernesto.*) Pues, en realidad, como dices tú, él no tenía mucho interés en las cosas fuera del ambiente de un estudiante de medicina. Yo creo que nunca comprendió lo que le decía. (*Cuando Celia oye esto le lanza una mirada seria, acusadora, y pierde el buen humor. Además, se retira espiritualmente del grupo y se concentra en la lectura de la carta.*)

ORTEGA.—Salúdamelos de todos modos cuando le escribas.

AMIGO.—(*A Gerardo.*) Y esos ejercicios, señor Ubico, ¿no los piensa publicar usted? Porque ya los tiene escritos, ¿verdad?

GERARDO.—Sí, sí, los pienso publicar, cómo no, pero todavía me faltan algunos detallitos. Me sucedió que a un muchacho, el que vive aquí conmigo, no le servían para nada, simplemente porque Pepe no fuma. Como él está muy interesado, he tenido que resolver el problema tan básico en un capítulo nuevo. Además, quiero tener en cuenta todos los tipos psicológicos para que sea una cosa de provecho general. ¿Me entiende? Naturalmente a una persona como usted, adicta al sueño por su misma afición literaria, le pueden servir así como están. *(Levantándose para ir a buscar al estante de libros el manuscrito de los ejercicios.)* Pero mejor se los muestro. También, si tiene interés, se los podría prestar.

AMIGO.—Yo le estaría agradecidísimo. Por cierto...

GERARDO.—*(Sin dejarse interrumpir.)* Lo que sí le pediría es que me los trate bien. Es la única copia que tengo, ¿sabe?

(Cuando Celia se da cuenta de que Gerardo va a mostrar los ejercicios hace un gesto como para impedirse, pero Gerardo no le hace caso.)

AMIGO.—No, no, pierda usted cuidado. Sé lo que valen cosas como...

GERARDO.—*(Sin dejarse interrumpir.)* ¿Usted fuma? *(Carga su pipa y la enciende. Esta vez es de veras. Echa grandes bocanadas de humo.)*

AMIGO.—Sí, pero ahora mismo no quiero, gracias.

GERARDO.—No, si se lo decía porque aquí... *(Busca entre las hojas.)* ¿Dónde es que está esa parte? Bueno, aquí. Es que lo tengo todo desordenado, pero lo podrá usted ordenar por la numeración que pongo aquí abajo. *(Le muestra.)* Mire.

AMIGO.—Sí, sí.

GERARDO.—Se lo decía porque la primera parte, ésta, atañería solamente a una persona que no fume. Yo recomiendo una intoxicación de aire en esos

casos, ¿sabe? De oxígeno. A Pepe le ha dado muy buenos resultados. Pero de todos modos, tome, léala usted también.

(A todo esto, Ortega se ha ido a hablar con Celia, pero no se oye su conversación. Es evidente, sin embargo, que a Celia le cae muy mal Ortega.)

GERARDO.—*(Continuando.)* Le advierto que yo he probado ya con una serie de drogas: el tabaco, la marihuana, el peyotl... El peyotl da buenos resultados, pero no conviene a la salud. Lo que me parece mejor, con todo y todo, es el tabaco y el café. Claro, también la marihuana tiene muchas posibilidades, sólo que la marihuana da ganas de ir al excusado, y aunque por una parte conviene tener al cuerpo sabroso cuando se sueña, los olores, ¿sabe usted? Bueno, ya lo verá usted bien detallado.

AMIGO.—Me ha parecido curioso eso del aire.

GERARDO.—Sí, no deja de serlo.

AMIGO.—¿Y es científico?

GERARDO.—Sí, cómo no. Yo lo descubrí una vez bañándome en la playa. Le aseguro a usted que si no fuera el aire tan corriente y necesario se vendería enrolladito en papel de arroz, como los cigarrillos. *(Aspira una gran bocanada de humo con voluptuosidad, sonriéndose.)* Sí, estoy seguro. *(Después de una breve pausa, y dirigiéndose a Celia y a Ortega.)* Bueno, y ustedes dos, ¿de qué hablan?

ORTEGA.—De ti, chico, y de quién más vamos a hablar.

CELIA.—*(Casi suplicando.)* Yo no creo que debas mostrar esos ejercicios, Gerardo. No están del todo terminados y no los va a poder comprender.

AMIGO.—No, señora, digo, señorita, perdón. Sí creo que los entenderé. Además, me parecen muy interesantes.

CELIA.—¿Cómo sabe que son interesantes si ni los ha leído usted?

AMIGO.—Por lo que me ha hablado el señor Ubico.

GERARDO.—(*A Celia, después de haber mirado al amigo como para comprobar lo que decía.*) Sí, déjalo, sí los entiende.

(*El amigo, muy avergonzado, trata de decirle algo a Gerardo, pero éste, con una palmada en el hombro, le da a entender que no tiene importancia.*)

CELIA.—(*Brava, a Gerardo.*) Una trata de evitarte el ridículo y tú no dejas. No te das cuenta. Al fin, para ti haces. (*Le da la espalda.*)

ORTEGA.—(*Incómodo por la tirantez de la situación.*)

Ya nos vamos, chico. En realidad, sólo venía a traerte esta revista donde hablan muy bien de ti en la sección bibliográfica. (*Le da la revista.*)

GERARDO.—Hombre, pues muchas gracias. (*La hojea descuidadamente.*) Después la leeré.

ORTEGA.—(*A su amigo.*) Y usted, joven aprendiz de Segismundo, ¿qué dice, nos vamos?

AMIGO.—Sí, cómo no.

ORTEGA.—Adiós, Celia.

GERARDO.—(*Al ver que Celia no contesta la despedida de Ortega.*) ¡Celia! Te está diciendo adiós Ortega.

CELIA.—(*De mala gana.*) Ah, sí. Adiós.

AMIGO.—Adiós, señorita. Mucho gusto.

CELIA.—Adiós. Y, por favor, no pierda usted esos papeles.

AMIGO.—No, no. Pierda usted cuidado.

ORTEGA.—(*Dirigiéndose a la puerta con su amigo y Gerardo.*) ¿Cuándo te pasas por la guarida? Nos tomaremos un café.

GERARDO.—Cualquier día de estos. (*Salen.*)

(*Al poco rato regresa Gerardo, que sólo había ido hasta la puerta principal de la casa a despedir a*

sus amigos. Cuando vuelve a entrar cierra la puerta y se pone de espaldas contra ella, como para evitar que alguien entrara. Celia, por haber estado mirando a otra parte, medio enojada, no lo ha visto.)

CELIA.—(*A Gerardo, pero sin verlo; oyéndolo entrar solamente.*) Yo no sé, Gerardo. Sencillamente no sé cómo tú...

GERARDO.—(*Interrumpiéndola.*) ¡Espérate, Celia! ¡Espérate!

CELIA.—(*Preocupada al verlo así sobre la puerta.*) ¿Qué te pasa?

GERARDO.—No sé, pero hoy he sentido cosas rarísimas.

CELIA.—¿Estás enfermo?

GERARDO.—(*Sin haberla atendido.*) Como si hubiera abierto un armario que he tenido descuidadamente toda la vida, y hoy, esta tarde, al abrirlo por primera vez y por curiosidad solamente, me he encontrado con un monstruo dentro. (*Apretándose más contra la puerta.*) Lo he vuelto a cerrar violentamente, Celia, pero disimulando mi terror, haciendo creer que nada había pasado. No quise que Ortega, que su amigo, pensaran... no sé. (*Se retira de la puerta.*)

CELIA.—(*Va hacia la puerta y la abre, dejándola así.*) Estás muy raro, Gerar. Cada día te vuelves más raro. Pero yo no pensé... Cuando te quedaste mirando hacia arriba, mirando nada, me pareció verte algo. Yo no te quise decir nada por esos amigotes tuyos.

GERARDO.—Por ahí fué, más o menos. Lo de la fiesta me acordó de la que tuvimos Ernesto y yo. Además, como que me acordaba también de una cosa que no sucedió. ¿Me entiendes? No, no me puedes entender. Es que esto tiene más sustancia. Es que, mira, hubo una vez, cosa de un mo-

mento, ¿sabes?, sin ninguna importancia, que yo pensé, que deseé, mejor dicho, que no se ganara la beca Ernesto. Entiéndeme, Celia, no por mala fe, todo lo contrario; es que por un momento quise, quería que tú... No sé cómo decírtelo.

CELIA.—¿Querías que yo, qué?

GERARDO.—Por un momento, sí, sin ninguna importancia, fumándome la última pipa de la noche, te imaginé novia de Ernesto, y eso...

CELIA.—(*Interrumpiéndolo.*) ¡No seas tonto!

GERARDO.—¡No! ¡Déjame decírtelo! Te imaginé novia de Ernesto, y eso me gustó. Y hice planes para ustedes dos, proyectos, entre los que estaba el fracaso del examen, naturalmente, para que se quedara aquí, contigo.

CELIA.—¿Tú de veras hubieras querido eso, Gerar? Porque si estás cansado de mí yo puedo muy bien... Es más...

GERARDO.—¡No! ¡No! Si es que no me entiendes. Te digo que por un momento nada más. Además, Celia, él es tan más inteligente que yo. El será un gran médico, tendrá mucha plata, un hogar como conviene, en fin. Y yo para ti no quiero sino lo mejor.

CELIA.—Lo tengo, Gerardo. Tengo lo mejor. También tú serás un gran médico, y encima de eso, poeta. Todo el mundo parece saber eso menos tú. A ver, préstame esa revista y verás. (*Toma la revista de donde la había dejado Gerardo y lee, para sí misma primero, como para cerciorarse, luego en voz alta a Gerardo.*) Oye lo que dice aquí: «No una promesa, una dichosa realidad es la poesía de este joven escritor cuya presencia en las nuevas letras nacionales se hace cada día más patente. La poesía de Gerardo Ubico, informada de las más nuevas inquietudes europeas y de

marcada influencia onírica, se orienta a realizaciones que podremos esperar confiados. Gerardo Ubico acusa todavía, sin embargo, una falta de dominio del lenguaje que no sólo resta...» (*Dejando de leer al comprobar que lo que venía no era tan halagüeño.*) Lo demás no sirve.

GERARDO.—Está muy bien, pero no me has dejado decirte nada.

CELIA.—Si es sólo para que te des cuenta de que eres superior a Ernesto, Gerar.

GERARDO.—Es que no se trata de eso. No se trata de eso. Lo que sucedió fué que... ahora, cuando estaba Ortega aquí, cuando recordaba yo a Ernesto, me encontré con algo que no había pasado, pero como si lo recordara, ¿me entiendes? ¿Te acuerdas tú del día aquel que se ganó la beca Ernesto?

CELIA.—Que se emborracharon los dos dizque para celebrar.

GERARDO.—Bueno, ese día. Tú habías venido, por cierto. Momentos después de irte llegó Ernesto alegrísimo.

CELIA.—Sí, me acuerdo que me contaste.

GERARDO.—Pero ahora que estaba recordando eso me encontré con que Ernesto había venido triste, sin ganarse el concurso. Te digo que lo recordé, como si hubiera sido así en realidad. Y parece que después soñé un rato, sin quererlo... El salió a comprar unas navajas de afeitar, y si no es porque Ortega me llama la atención, todavía andaría yo por allá.

CELIA.—Bueno, pero no le des tanta importancia al asunto.

GERARDO.—Es que la tiene, Celia. ¿No te das cuenta de lo que significa encontrarse dentro de uno cosas ajenas, extrañas, a las que uno no les sabe ni el nombre? ¿Y encontrarlas aposentadas en

uno sin decirnos nada, con derecho de propiedad! Va a llegar el día en que no podremos ni pensar en nuestras cosas íntimas porque nos oirán.

CELIA.—Yo no sé si sabes, pero todo esto se lo debes tú a esos ejercicios que le prestaste al amigo de Ortega. Como cosa literaria está muy bien, pero lo has tomado en serio. Por eso ahora te confundes. Sueñas, y no sabes que sueñas, o no estás seguro al menos. Y como sigas...

GERARDO.—(*Interrumpiéndola.*) Ya sé, es eso, pero no exactamente. En mi proyecto la voluntad del que sueña tiene absoluto dominio. Y aun cuando se desarrollara demasiado el sueño, había una colaboración, un mutuo acuerdo, en último caso.

CELIA.—¡Por milésima vez, Gerardo, déjate ya de esas cosas! ¡Te vas a volver loco! Yo sé que lo haces de buena fe, pero es antinatural. Ya estoy cansada de advertírtelo. Tú mismo viste ahora lo feo que es confundir la realidad con el sueño.

GERARDO.—Si eso no me importa a mí. Al contrario, esa confusión es indispensable para lograr mi meta. El error, porque en alguna parte hay dos números que sumé mal, el error está en que no me di cuenta. Esta es una cosa que vamos a hacer aquí en familia, entre conmigo y yo solamente. A mí me ha venido un extraño, y por eso la sorpresa. ¡Cómo iba a saber yo lo que había hecho?

CELIA.—¡No, Gerardo, no! Tengo verdadero miedo.

GERARDO.—¿Miedo? Pero ¿de qué?

CELIA.—De que te vayas a enfermar, Gerar. ¿No ves...?

GERARDO.—(*Que se había quedado pensando. Interrumpiéndola.*) ¿Miedo? Quizás un poquito, ¿sabes? (*Pensando.*) ¿Si algún día, mirando por la

ventana, de un edificio alto, a él se le antojara tirarse? (*Celia no le hace caso, pero mueve la cabeza.*) Claro, no se le ocurrirá; pero tendré que medir mis fuerzas con las tuyas. Yo no creo... pero bueno.

CELIA.—Yo no sé adónde vas a parar.

GERARDO.—No seas tontita. Ya verás cómo algún día estarás orgullosa de mí. Se enseñará en las escuelas mi método, pero sobre todo, en los hospitales. Tú no te das cuenta todavía, Celia, pero es un proyecto, quizás una conspiración, de gran envergadura, en gran plan.

CELIA.—(*Brava.*) Y tú, ¿no te das cuenta tú de que te estás volviendo loco? ¡Sí, loco! ¿Qué hace...? (*Va a la cómoda y, de la gaveta donde había estado buscando la carta, saca una pistola.*) ¿Qué hace esto aquí? ¿Desde cuándo te ha dado por tener pistolas?

GERARDO.—(*Quitándose la.*) Dame eso, que está cargada.

CELIA.—¿Para qué quieres tú tener estas cosas? ¡Ves, ves que te estás volviendo loco? (*Prorrumpe en sollozos.*) Todo lo que habías dicho que quieres para mí es mentira. En vez de ponerte a estudiar para que termines pronto la carrera y nos casemos estás con esas cosas.

GERARDO.—(*Que desde que se puso histérica Celia la ha estado queriendo consolar.*) Ya, Celia, bueno. No te pongas así. No te pongas así, por favor. Es que desde hace tiempo he querido tener una pistola como ésta. (*Mirándola.*) Es una Luger alemana, y son muy escasas. Tú sabes cómo en el pueblo todos los muchachos presumen de sus armas. Pero no te pongas así. Empezaré a estudiar de veras. Yo nada más quería ayudar a la gente. (*Guarda otra vez la pistola en la gaveta de la cómoda.*)

CELIA.—(*Calmandose.*) Y lo puedes hacer, Gerar, pero por otro camino, de una manera efectiva, siendo médico.

GERARDO.—Sí, de acuerdo, pero...

CELIA.—Y no necesitas abandonar tu poesía. Podrías seguir escribiendo, pero cosas normales. Nada de eso onírico o existencialista, sino cosas normales que les gusten a las personas normales, no a esas como tus amigos. La poesía debe hacerse para ser leída en casa después de las comidas, no en esas fiestas de snobs. O los domingos por la mañana, después de misa.

GERARDO.—¿Sabes que tienes razón? (*Se sonríe, como si en realidad no creyera que Celia tiene razón.*)

CELIA.—¡Claro que la tengo!

GERARDO.—En realidad son esas personas sencillas que tú dices las que se merecen ayuda. Y hay que estar en el mismo nivel de ellas para ayudarlas, para hablarles siquiera. Hay que llevar la misma vida de ellas.

CELIA.—Es una vida feliz, Gerardo. Te gustará.

GERARDO.—(*Sin haberla atendido.*) Seré normal. Médico. Ellos me necesitan. Oye, ¿sabes que me has alegrado mucho? (*Ahora sí lo dice de veras.*) No. De veras, de veras, Celia, que creo que tienes razón. Y me da mucho gusto.

CELIA.—Y a mí también, Gerardo. ¿Te das cuenta ahora que hiciste mal en prestar esos ejercicios?

GERARDO.—Sí, claro. Y también hice mal en escribirlos. Los quemaré.

CELIA.—No, si no necesitas quemarlos; lo que debes hacer es no tomar esas cosas en serio, y olvidarte ya de fabricar ese mundo fantasma en el que me quieres de novia de Ernesto.

GERARDO.—Pero ya te dije por qué.

CELIA.—Prométeme que te olvidarás de esas locu-

ras, Gerar, y que comenzarás a estudiar. Prométemelo.

GERARDO.—Prometido. De veras, te lo prometo. Ahora... *(Al ver que Celia coge de su bolso algún espejito para arreglarse, disponiéndose a marchar.)* Pero ¿te vas ya?

CELIA.—Sí. Después me regañan en casa. No está bien que yo venga acá, Gerar. La gente puede pensar cosas.

GERARDO.—Pues déjalas que piensen. ¿Acaso hacemos algo malo? Además, Pepe es primo tuyo. Y encima de eso dejamos la puerta abierta. Y nos vamos a casar. ¿Qué más quieren?

CELIA.—Sí, ya sé, pero... tú sabes cómo es la gente. *(Se dispone a marchar. Sin mirarlo.)* ¿A qué horas me robaste mi pañuelo?

GERARDO.—*(Medio sorprendido.)* ¿Qué pañuelo?

CELIA.—*(Sonriéndose.)* Ese. El que tienes ahí en la gaveta.

GERARDO.—*(Después de pensar.)* ¡Ah, sí, sí, claro! No. No te lo robé. Lo olvidaste el otro día. Pero regálamelo.

CELIA.—*(Mirándolo amorosamente.)* Cógelo. *(Pequeña pausa.)* ¿Me saludarás otra vez desde la ventana?

GERARDO.—Ya sabes que lo hago siempre. ¿Para qué lo preguntas?

CELIA.—Por si acaso. *(Gerardo se le acerca como para quererla besar, pero sin violencia.)* ¡No, Gerar, no! No vendría más, y yo no te puedo dejar solo. *(Saliendo.)* Y no se te olvide asomarte a la ventana. Ni la promesa. Acuérdate que me has prometido estudiar. *(Salen los dos por la puerta principal.)*

(Después de un breve momento, en el que Gerardo acompañó hasta la puerta de afuera a Celia, vuelve Gerardo a entrar por la puerta prin-

cipal. Va a la mesa y carga lentamente su pipa. Después procede a pararse frente a la ventana, con un libro que escogió descuidadamente en una mano y su pipa en la otra. La pipa echa mucha cantidad de humo. Gerardo sueña. Suena la música de fondo y cae el

TELON

TERCER CUADRO

La misma habitación de siempre, pero con el orden del primer cuadro. Es decir, con la toalla y demás pertenencias de Ernesto que habían sido cambiadas en el segundo cuadro. Cuando sube el telón se deja oír la música de fondo. Esta se irá diluyendo poco a poco y habrá desaparecido del todo al hablar Gerardo. Gerardo está tal cual lo dejamos en el cuadro anterior: como soñando, frente a la ventana, con un libro en una mano y su pipa en la otra. Es de notar que la pipa no echa humo, a pesar de que Gerardo hace todos los gestos del que está fumando. Ortega—que aparece otra vez con barba y con carácter y modales petulantes—y su amigo están en el mismo sitio donde los dejamos al final del primer cuadro. Ortega charla con su amigo sin que se pueda oír la conversación. Después de un rato, cansado de esperar a Gerardo, que los ha ignorado por completo, vuelve a él la mirada, expectativo. En vista de que Gerardo continúa tranquilamente frente a la ventana, le dice.

ORTEGA.—Señor Ubico.

(Gerardo parece no oírlo, pero inmediatamente comienza a gesticular adioses con la mano y a decir «Adiós, adiós» a alguien que pasa por la calle.)

GERARDO.—¡Adiós! ¡Adiós!. *(Se sonríe para sus adentros y continúa dizque fumando frente a la ventana.)*

ORTEGA.—*(Después de esperar en vano un rato más.)* Señor Ubico, por favor. *(Gerardo sigue siendo sordo a la voz de Ortega. Este, en son medio burlón medio disgustado, le dice a su amigo.)* Bueno, pero a este tío ¿qué le pasará?

GERARDO.—(*Volviéndose descuidadamente y viéndolos accidentalmente, con un poco de asombro al principio.*) ¡Ah, sí! ¡Perdóneme! Me distraje un poco. Es que pasaba por la calle una amiga mía. Una joven que estimo mucho, ¿sabe?

ORTEGA.—(*Sonriéndose, burlándose todavía.*) Pierda cuidado, está bien. Creo que ése es el libro de Neruda, ¿verdad?

GERARDO.—(*Sin saber de cuál libro se trata, lo busca desorientado, pero pronto cae en la cuenta de que es el libro que tiene en la mano.*) Sí, sí, tenga usted. (*Al acercársele a darle el libro nota su barba y se la queda mirando fijamente, extrañado. Ortega se da cuenta y se busca en la pechera alguna cosa rara que pueda estar llamándole la atención. Al no encontrarse nada, mira inquisitivamente los ojos de Gerardo. Este, inmediatamente los baja y dice.*) Perdón.

ORTEGA.—(*Hojeando el libro.*) Le estoy muy agradecido, señor Ubico. Este libro me permitirá darle más autoridad al que estoy escribiendo. ¿Ha dicho que me lo puede prestar por algunos días?

GERARDO.—(*Dándole la espalda, desorientado.*) Sí, cómo no.

ORTEGA.—No serán más de unos quince, le prometo. (*A su amigo.*) Mira, aquí está el poema que te digo (*Leyendo*): «Que si no son pomposas, / Que si no son fragantes, / Son las primeras rosas, / Hermano caminante...» (*Dejando de leer.*) ¿Ves tú lo clara que es la influencia de Darío? Y del mal Darío, por cierto.

AMIGO.—Sí, pero de todos modos creo que exageras mucho.

ORTEGA.—Bueno. Después hablaremos. (*A Gerardo ahora.*) Es que hubo el otro día en una fiesta de poetas una pequeña polémica, y mi amigo aquí no estaba de acuerdo con mi tesis.

GERARDO.—(*Sin mucho interés, pero dándole la cara.*) ¡Ah, sí!

AMIGO.—(*A Gerardo.*) No me pareció verlo en esa fiesta. (*Ortega baja la mirada como sintiéndose culpable.*)

GERARDO.—(*Mirando mansamente a Ortega.*) No. Estuve un poco enfermo y no pude ir.

AMIGO.—Es lástima. Nos hemos divertido mucho.

GERARDO.—Sí, me dijeron que estuvo muy bien eso.

ORTEGA.—(*Ansioso de cambiar de tema de conversación.*) ¿Y en qué está trabajando ahora, señor Ubico?

GERARDO.—Ultimamente, en nada.

(*Se abre la puerta principal y entra Ernesto.*)

ERNESTO.—(*Dirigiéndose a alguien en otra parte de la casa que había quedado atrás, en los momentos de estar abriendo la puerta.*) Sí, Margarita, a las cinco y media, por favor. (*Ve a los amigos y los saluda con un movimiento de cabeza. En seguida procede a sus quehaceres, que, por lo pronto, son cambiarse de alguna ropa y los preparativos para rasurarse.*)

GERARDO.—(*Prosiguiendo su conversación con Ortega.*) Solamente he trabajado en esos ejercicios que le presté a su amigo. (*Al decir esto, Ernesto lo vuelve a ver.*)

AMIGO.—Perdóneme, pero ¿cuáles son esos ejercicios?

GERARDO.—(*Recapacitando.*) ¡Ah, sí, sí! Dispense. Es que me confundí. Pensaba en otro amigo. No tiene importancia.

ORTEGA.—(*Socarronamente.*) Por lo pronto, tiene usted la característica más sobresaliente de los hombres de talento. Me refiero a la distracción. (*Se sonríe.*) Me río porque también yo estoy casi siempre en la luna.

GERARDO.—Pero no crea usted que me confundo, ¿eh?

ORTEGA.—¿No se confunde, en qué?

GERARDO.—Bueno, quiero decir que no soy como esos que sueñan con dinero y que por la mañana lo buscan donde soñaron haberlo escondido. Esos que sueñan que se han mojado y amanecen estornudando.

ORTEGA.—(*Sonriéndose.*) Sí, le comprendo. Es más, me ha pasado a mí varias veces.

GERARDO.—(*Asumiendo un aire misterioso y aprovechándose de que Ernesto había entrado en el cuarto de baño y no podía oírlo.*) Tengo algunas ideas originales con respecto a esto. Me gustaría exponérselas algún día.

ORTEGA.—(*Sonriéndose.*) ¿Ideas sobre el sueño? ¿Y dice usted que originales? Permítame que le diga que lo veo bastante difícil. Pero sí, estaría encantado de leerlas, o de oírlas. Quizá hasta podríamos publicarle una en nuestra revista.

GERARDO.—(*Cambiando el tono un tanto suplicante por otro más orgulloso al notar que Ernesto ha salido del cuarto de baño.*) Sí, claro, quizás, cuando las escriba.

ORTEGA.—Usted me lo dirá. Ahora... (*Volviendo a ver a su amigo*) creo que nos debemos ir ya, ¿no?

AMIGO.—(*Consultando su reloj.*) Sí, se hace tarde.

ORTEGA.—(*Al levantarse para irse ve la revista que él mismo, cuando no tenía barba, en el cuadro anterior, había traído, y que Celia, después de leerla, había dejado sobre la mesa.*) Veo que tiene usted el último número de «Las Letras». Es una revista magnífica. Precisamente... (*la toma*) creo que es en este número. Sí. Hay un pequeño comentario sobre mí. Aquí está (*Leyendo*): «No una promesa, una dichosa realidad es la poesía de este joven escritor cuya presencia

en las nuevas letras nacionales se hace cada día más patente. La poesía de José Luis Ortega, informada de las más nuevas inquietudes europeas y de marcada influencia onírica, se orienta a realizaciones que podremos esperar confiadas. José Luis Ortega...» (*Dejando de leer.*) Bueno, es bastante largo.

GERARDO.—(*Intrigado, queriendo ver la revista para cerciorarse.*) Permítame usted.

ORTEGA.—Pero si es de usted. (*Se la da.*)

GERARDO.—(*Leyendo ávidamente.*) Sí, claro.

ORTEGA.—(*A Ernesto.*) Bien, Ernesto. A ver si te vas un día con tu amigo a tomarte una taza de café en la guarida. Ya sabes dónde queda. (*Ernesto se sonríe y se despide cortésmente. Luego el amigo se despide de Ernesto con un estrechón de manos. Al despedirse de Gerardo, que continuaba leyendo, dice Ortega.*) Y muchas gracias por el libro. No sabe cómo se lo agradezco. Se lo regresaré apenas lo termine.

AMIGO.—(*Dándole la mano a Gerardo.*) Mucho gusto, señor Ubico.

GERARDO.—Mucho gusto. (*A Ortega.*) No se preocupe. Los acompañaré hasta la puerta. (*Salen todos menos Ernesto.*)

(*Después de un breve momento regresa Gerardo. Se recuesta contra la puerta, lo mismo que la vez anterior; inmediatamente, como dándose cuenta de que ya lo había hecho, la vuelve a ver y huye de ella, y luego va a sentarse en su cama, con la cabeza entre las manos.*)

ERNESTO.—(*Sin verlo, sin apercibirse aún de su extraño ánimo.*) ¿A quién saludabas tú desde la ventana? Porque en la calle no había nadie. Yo nada más, y tú mirabas la acera vacía de enfrente. Yo no sé por qué te tomas la molestia de

engañar a esa clase de personas. Luego lo de los ejercicios.

GERARDO.—¡Espérate, Ernesto! ¡No me hables!

ERNESTO.—(*Por fin lo ve, y se extraña de verlo así.*)

¡Qué!; ¿te sientes mal?

GERARDO.—No, no. Espérate.

ERNESTO.—(*Preocupado.*) Te daré una píldora.

GERARDO.—Si no se trata de eso. No tengo nada, te digo.

ERNESTO.—(*Abandonando la intención de buscar la píldora.*) Es que no te cuidas, Gerardo. Te empeñas en complicarte la vida, en hacértela difícil. Y ya ves lo que te dijo el doctor. Eso me acuerda. Ahora que vine estabas con la pipa en la boca.

GERARDO.—No fumo, hombre. Ni siquiera le pongo tabaco. Déjame tranquilo un momento.

(*Ernesto coge la pipa y la huele para comprobar la inocencia de Gerardo. Luego la vuelve a poner donde estaba, satisfecho.*)

GERARDO.—(*Continuando, después de la pausa en que Ernesto examinó la pipa.*) Y si fumo es en sueños nada más, pero en sueños mi corazón está sanísimo.

ERNESTO.—Eso, precisamente, es lo que más daño te hace. Te pasas la mitad de la vida soñando y confundes la realidad con el sueño.

GERARDO.—(*Medio bravo.*) ¡Yo no confundo la realidad con nada!

ERNESTO.—Entonces, ¿cómo es que te pareció que le habías prestado esos ejercicios, que ni siquiera has escrito, al amigo de Ortega?

GERARDO.—Tú qué sabes lo que estoy haciendo yo. Tú no sabes nada fuera de tu pequeño mundo de estudiante de medicina.

ERNESTO.—(*Medio bravo también.*) ¿Y dónde está todo lo que sabes tú? (*Arrepintiéndose de su*

braveza.) Perdóname, Gerar. Lo que te quiero decir es que esa gente no vale la pena. Tú no te debes tomar la molestia de presumirles, de engañarles así, haciendo ver que saludabas a alguien en la calle. Yo no creo que valga la pena molestarse uno para el pequeño gusto que pueda dar el presumirles así. Porque es un gusto pequeño, si cualquier cosa.

GERARDO.—Te he dicho que no sabes nada. Yo saludaba a Celia. Lo que pasa es que tú no la viste, porque le hice señas que se escondiera.

ERNESTO.—(*Asombrado.*) ¿Celia?

GERARDO.—¡Sí, Celia! ¿Te sorprende, verdad? Pues te diré más: también ha venido aquí, hace un par de días. No. Me equivoco, hace un rato nada más que estuvo aquí. Sí... (*parodiando el «amigo» que dice frecuentemente Ernesto*) a-m-i-g-o, aquí, más o menos donde estás tú ahora. (*No se sabe si Ernesto le cree o no. Gerardo, después de mirarlo largamente y como volviendo en sí, le dice, quitándole la cara.*) Mentira, Ernesto, mentira. Son las imagerías mías, como dices tú. Son esos ejercicios que te he dicho escribiré algún día. No debes hacerme caso. No había nadie en la acera. Soñaba yo.

ERNESTO.—¿Tú sueñas con Celia, Gerar?

GERARDO.—(*Dándose cuenta de que se había traicionado.*) No. Como ejercicio nada más. Además, ya te he dicho que me gustaba un poco al principio.

ERNESTO.—No, ami... (*Queda trunca.*) Eso no es natural, Gerar. Te estás perjudicando. Yo me canso de decírtelo todos los días. Al principio era una broma buena verte cómo hablabas solo por la calle. (*Se sonríe al recordarlo.*) O cuando te ponías a respirar frente a la ventana para dejarte caer en éxtasis sobre la cama. (*Poniéndose se-*

rio.) Pero estás cogiendo la cosa demasiado en serio. Dejas que esas tonterías ocupen todo tu tiempo y no estudias para nada. No me parece nada natural eso de escaparse de la realidad. Un día vas a perder el camino y no podrás regresar. ¿Tú crees que tu familia no te necesita?

GERARDO.—Tengo a mi mamá allá, y... todo lo que quiero lo tengo allá.

ERNESTO.—Ya déjate de esas cosas, Gerar, y ponte a estudiar de una vez por todas.

GERARDO.—¡Es que se puede hacer, Ernesto! ¡Se puede hacer!

ERNESTO.—Se puede hacer, ¿qué?

GERARDO.—Lo de mis ejercicios, hombre. Se puede hacer. Mira, con pruebas: tan estuvo aquí Celia que dejó olvidado su pañuelito. *(A sus palabras acompaña el gesto de buscarlo en los bolsillos de su pantalón, y al no encontrarlo, dice.)* Ah, no. Lo guardé en la gaveta, ahora que me acuerdo. *(Va a la cómoda y abre la gaveta donde lo había guardado. Ernesto, con verdadero interés, va tras de él y mira sobre el hombro de Gerardo. Naturalmente, Gerardo no encuentra el pañuelito, pero insiste en buscarlo, revolviendo toda la ropa.)*

ERNESTO.—¿No dices que fué en sueños que vino?

GERARDO.—*(Buscando ávidamente.)* Sí, sí, en sueños. Déjame mostrarte. Aquí lo puse, estoy seguro.

ERNESTO.—Pero si fué imaginación tuya, ¿cómo esperas encontrarlo, Gerar?

GERARDO.—*(Inmovilizándose un momento.)* ¡Ah!, pues sí, claro. Ya no está. *(Se va de la cómoda. Ernesto, sin embargo, aprovechándose de que Gerardo le da la espalda meditabundo, busca también el pañuelito en la gaveta, sin encontrarlo, naturalmente.)*

ERNESTO.—(*Yendo hacia Gerardo.*) Ni lo ha estado nunca. ¿Es que tú de veras esperabas encontrarlo?

GERARDO.—No, claro que no.

ERNESTO.—Entonces, ¿por qué lo buscabas?

GERARDO.—(*Que desde que no pudo hallar el pañuelito ha quedado como desorientado, meditabundo.*) Pues... no sé. (*Pausa. Recordando.*) Espérate. Ayer, cuando venía en el tranvía, solo, pero soñando con Celia, compré dos boletos. Además... (*Pausa.*) Sí, Ernesto, sí que sé. Es que mi método comienza a darme resultados. Yo sabía que a la larga tenía que darme resultados. Tenía que ser así. Todo estaba previsto.

ERNESTO.—No me digas más. Ya sé de lo que estás hablando.

GERARDO.—Pues claro, hombre: me he engañado. Me he dicho una mentira y me la he creído. Aquellas veces que me veías hablando solo por la calle era parte del adiestramiento, de mis ejercicios. Cada vez que veía algo me lo decía en voz alta. Si estaba frente a una casa de tres pisos, me decía: Ojo de Gerardo, estás viendo una casa de tres pisos, así o asá. Mi ojo la miraba y veía que yo le había dicho la verdad.

ERNESTO.—(*Sonriéndose.*) ¿Y cómo sabías que la casa era de tres pisos?

GERARDO.—Suponte tú que porque subí sus escaleras, o por cualquier otro medio que no fueran mis ojos. Esos días se trataban los ejercicios sobre los ojos. Después me lancé contra los otros sentidos, con matemáticas, con estrategia.

ERNESTO.—Sí, pero ¿eso qué?

GERARDO.—Era parte de mi método. ¿No comprendes? Era necesario ganarme mi confianza, la de mis sentidos. Tú mismo has visto ahora cómo les puedo decir una mentira y ni siquiera la po-

nen en duda. La aceptan, ciegamente, porque me los he adiestrado con mi método científico. Ahora puedo decirle a mi nariz que huele un pañuelo perfumado y ella lo huele, aunque no exista, puede jurar que lo huele. O les puedo decir a mis ojos que están viendo una escena triste y me lo creen, me lo creen hasta el punto de llorar conmovidos, y todo por una mentira que invento yo. Pero, claro, uno no se dirá cosas tristes. Se nos dice cosas bonitas: países lejanos que quisiéramos conocer, pero que no podemos; en fin, hombre, lo que más nos gusta y nos ha sido negado.

(Ernesto se ríe para sus adentros. De vez en cuando se le sale un poco la risa y no la puede disimular bien.)

GERARDO.—*(Continuando.)* Si no tiene nada de raro, Ernesto. ¿Acaso no les creemos ciegamente a nuestros sentidos? ¿Cuántas veces no hemos llorado por lo que nos dicen nuestros ojos, sin saber si es cierto lo que nos han dicho, sin poderlo saber? *(Negándose a discutir esto último.)* Pero bueno, ya eso es otra cosa. ¿Te das cuenta, Ernesto, te das cuenta de las posibilidades de mi método? *(Medio soñando.)* Poder soñarse una vida...

ERNESTO.—¿Qué?, ¿no te basta la que tienes?

GERARDO.—¿No, no me basta!

ERNESTO.—Abre más los ojos y la verás más grande.

GERARDO.—¿Y con qué me los voy a abrir? ¿Con pinzas? Si precisamente es la vida esa abertura, y con el tiempo que nos dan se ve muy poco, y de una manera turbia, y ni los viejos llegan a saber o comprender, a ciencia cierta, qué es lo que han visto. Pero... *(soñando otra vez)* soñarse, no una vida, como te dije antes, sino que cientos de vidas. Pasarse la vida soñando, sacri-

ficarla, porque es un negocio ventajosísimo. Vidas como las quiera uno, del tamaño y la forma del deseo, libres del mezuquino orden de las circunstancias: vidas a la carta, a la medida de uno, mandadas a hacer expresamente para tal momento y humor. (*Despertando.*) Y no será sueño, Ernesto, porque también el cuerpo participará, y la nariz, y los ojos, y todos los sentidos. Es un nuevo método de transportación en el que cabe el cuerpo. Y quién sabe si cuando lo perfeccione no pueda llevarme aun cosas concretas, materiales, o traerlas. Cosas pequeñas, por supuesto, por lo menos al principio. Todo lo tengo previsto, calculado hasta detalles que te darían risa. A mí siempre me pareció injusto...

ERNESTO.—Pero, Gerar...

GERARDO.—No. Espérate. Siempre me pareció injusto, como te digo, dejar el cuerpo allí, tirado sobre la cama, mientras el espíritu de uno viajaba tan sabroso. Hombre, yo no soy cuerpo, pero la bondad cristiana..., siquiera por agradecimiento ...

ERNESTO.—(*Preocupado por la excitación física de Gerardo.*) No te pongas así, que te hace daño. Acuérdate de lo que te dijo el médico.

GERARDO.—Sí, está bien. Pero ¿te das cuenta, Ernesto, de las posibilidades? Quiero que te des cuenta.

ERNESTO.—Yo no creo que eso pueda ser, Gerardo, sinceramente hablando.

GERARDO.—(*Excitándose otra vez.*) ¡Ya lo es! ¡Comprende!

ERNESTO.—(*Excitándose él mismo.*) ¡Pero no te excites! ¡No ves que te hace daño? (*Calmándose un poco.*) De todos modos, me sabe a trampa.

GERARDO.—¿Trampa? ¿Y me lo dices a mí, que

sufro del corazón, y que me puedo morir en cualquier momento?

ERNESTO.—¡Sólo eso faltaba! Ya empiezas otra vez con tu pose de mártir. Sabes muy bien que no tienes casi nada, que probablemente vivas más de cien años.

GERARDO.—(*Bravísimamente.*) ¡Bueno pues! ¡Bueno pues! Pero es que quinientos años no me bastarían para agotar toda la capacidad de mi vida. Y como no se me va a acabar en el tiempo que generalmente tenemos, me he abierto un hueco en el sueño para que por ahí también se me salga la vida, y que cuando el cuerpo se me doblegue y rinda a alguna enfermedad, pues, muera ya vacío, como debe ser. Eso, ¿te sabe a trampa? (*Más bajo y para sí mismo.*) No hay nada que le tenga yo más pavor que a que me entie-rren vivo. Sería horrible. (*Ahora otra vez dirigiéndose a Ernesto.*) ¡Tú qué te vas a dar cuenta, hombre! Estás conforme con todo lo que se le ha impuesto a tu vida, que no creo sea mucha, por cierto.

ERNESTO.—Y ahora eres ofensivo.

GERARDO.—(*Amigablemente.*) No, Ernesto, no. Si es por tu propio bien. (*Ernesto se sonríe.*) ¿Tú crees que no me parece injusto que no te hayas ganado la beca, tú, que te la merecías más que cualquier otro? No me conformo. No permitiré que nos traten así. Quizás sea deshonesto apoderarnos de las cosas por medio del sueño, haciendo trampa, como dices tú, clandestinamente, a media noche y sin que nos vea nadie, como un ladrón. Sí, es muy posible que sea deshonesto, pero si nos merecemos esas cosas, esa beca, esa mujer que no nos quiere, si nos las merecemos, pues, ya no resulta tan deshonesto como parece.

ERNESTO.—Yo no sé, Gerar. Quizás tú tengas razón...

GERARDO.—(*Interrumpiéndolo.*) ¡Naturalmente que la tengo!

ERNESTO.—No. Si digo en eso de que yo, fuera de mi pequeño mundo de estudiante de medicina, no sepa nada.

GERARDO.—¡No, hombre! Si lo dije por decir nada más. Estaba alterado.

ERNESTO.—Pero de todos modos puede ser que tengas razón: puede ser que por falta de espíritu, no sé, pero estoy conforme, a gusto con lo de aquí, digo, con las posibilidades de aquí: mi mujer, mi casa de mampostería, un carro, cincuenta primaveras, los pájaros, el campo, y muchas otras cosas fáciles de tener y hasta de querer. Cosas que nos rodean, al alcance, que nos hacen compañía.

GERARDO.—(*Satírico.*) Como la vileza de los hombres, ¿verdad?

ERNESTO.—Sí, como la vileza y las vanidades de los hombres. Con un poco de buena fe y de humildad te puedes llenar el corazón con cosas de aquí, de manera que no te quede sitio para las cosas que nos son ajenas. Yo no sé si esto es orgullo, pereza intelectual o dignidad, Gerar; yo no sé... (*La empleada abre la puerta principal, se asoma por ella e interrumpiendo a Ernesto, le dice.*)

EMPLEADA.—Ernesto, me dijo que le avisara. Ya es la hora.

ERNESTO.—Ah, bueno, Margarita, muchas gracias. (*Se la queda mirando, sonriéndole, y esperando así que se fuera para continuar su discurso.*)

EMPLEADA.—(*Después de una pausa en la que buscaba qué decir.*) ¿Qué le pasa a su reloj? ¿Se le ha dañado?

ERNESTO.—No, es que tenía miedo distraerme.

GERARDO.—(*Al ver que la empleada se quedaba en la puerta.*) Bueno, ¿qué más quiere? (*La em-*

pleada, frunciendo el ceño, se va y cierra la puerta.)

ERNESTO.—No seas así con la pobre vieja.

GERARDO.—No me gusta darle confianza a la servidumbre.

ERNESTO.—*(Alistándose para salir.)* De eso parte tu conflicto. Deberías hacer las paces con el mundo donde vives, con esas «circunstancias» que llamas tú.

GERARDO.—Querrás decir, rendirme.

ERNESTO.—Yo lo único que te digo ahora es que te pongas a estudiar. Tú no eres como Pepe, Gerar. Te podrías hacer la vida muy cómoda. Si sólo estudiaras un poquito. *(Mirándose en el espejo de la cómoda con cierta coquetería.)* Por estar hablando no tuve tiempo de rasurarme. ¿Crees que se me nota mucho? Ya ves las cartas de tu papá. Todo el mundo en tu pueblo tiene esperanza en ti. Préstame tu corbata chocolate, ¿quieres?

GERARDO.—*(Sin hacerle mucho caso, medio disgustado.)* Sí, hombre, cógela.

ERNESTO.—*(Poniéndose la corbata.)* Me han dicho que me queda muy bien. Para dos años que te faltan. En un momentito los haces. Ya después te puedes dedicar a tus cosas; pero primero gradúate. A ti que te interesan tanto los sueños, haz realidad el de tu familia.

GERARDO.—Si pienso estudiar. Además, lo he prometido.

ERNESTO.—Eso es lo que te conviene. ¿A quién le prometiste, a tu mamá?

GERARDO.—No. *(Se da cuenta de que se está descubriendo y se corrige en seguida.)* Sí, a mi mamá. ¿A quién más va a ser? *(Mirándolo.)* Pero es que tú vas a salir con Celia, ¿verdad?

ERNESTO.—Sí. *(Nota la cara de extrañado que pone*

Gerardo.) Eso no tiene nada de malo, Gerar. Ponte a estudiar. Quiero verte con el libro cuando regrese. Acuérdate de tu promesa y cúmplela.

GERARDO.—(*Disgustado.*) Estudia tú, si quieres. A mí déjame en paz.

ERNESTO.—(*Mirándolo a la cara, seriamente.*) Yo me doy cuenta por qué estás así, Gerardo. Pero yo quiero a Celia de verdad. Date cuenta, por favor. Ella es todo lo que quiero. No espero nada más. Por lo tanto...

GERARDO.—¡Vete al diablo!

ERNESTO.—(*Mira su reloj, sin enojarse.*) Se me hace tarde. En caso de que no regrese a tiempo de tus píldoras, ya sabes dónde te las tengo. No se te vaya a olvidar. Chao. (*Sale.*)

(*Gerardo no contesta la despedida de Ernesto. Queda visiblemente indispuerto, bravo. Mira la revista y la bota al suelo. Luego, y mirando hacia la puerta principal, como dirigiéndose a Ernesto, dice.*)

GERARDO.—¡Imbécil! ¡Cómo no te ganaste esa beca y te moriste por allá! (*Se sonríe maquiavélicamente pensando en lo que acababa de decir. Después se pone su saco y sin arreglarse ni ponerse corbata ni nada, medio mangajo, sale, y cae el*

TELON

SEGUNDO ACTO

CUARTO CUADRO

La misma habitación de siempre, sólo que con el orden del segundo cuadro del primer acto; es decir, ligera pero visiblemente variada, sin las pertenencias de Ernesto. Cuando sube el telón el cuarto está vacío, pero inmediatamente entran Celia y la empleada, ésta con una escoba en la mano.

EMPLEADA.—(*Continuando una conversación.*) Creo que no. A menos que haya entrado sin darme cuenta. (*Van hacia la mesa.*) No. Aquí está donde la puse. Ya sabía yo que no había entrado. Como ese muchacho siempre anda hablando solo me doy cuenta cuando llega. (*Medio riendo.*) A veces se pone la mano sobre la boca para disimular (*lo imita*), así. Pero yo... (*Al ver que Celia ha cogido una carta que estaba sobre la mesa y después de examinarla ávidamente la pone a contraluz para ver si la puede leer.*) No, eso no. Usted me dijo que solamente quería verla. (*Se la quiere arrebatar, pero Celia se la lleva a la espalda.*)

CELIA.—Se trata de algo muy importante, Marga-

rita. Es una mala noticia que le ha de haber llegado.

EMPLEADA.—Usted no conoce a Gerardo. Si lo llega a saber me come. Y con lo grosero que es... No, no, deme usted. (*Se la quiere arrebatar otra vez, y ésta cede Celia y se la entrega.*)

CELIA.—Margarita, como sea ésa la noticia que me imagino que es, se enfermará Gerardo. Ya lo ha visto cómo está de nervioso en estos últimos días.

EMPLEADA.—(*Mirando la carta en sus manos.*) ¿Es muy mala dice usted? (*Celia asiente con la cabeza.*) Tómela usted mejor. (*Se la da.*)

CELIA.—(*Abre la carta y lee la firma.*) Sí. Era ésta.

EMPLEADA.—¿Algún muerto?

CELIA.—Sí.

EMPLEADA.—(*Persignándose.*) ¡Líbreme Dios! Pero ¿no lo llegará a saber, tarde o temprano? No me diga usted que es su mamá la que se le ha ido.

CELIA.—No. Un amigo. Pero Gerardo lo quiso mucho. Usted se debe acordar, Margarita: Ernesto.

EMPLEADA.—(*Muy afectada.*) ¡No! ¿Ernesto? ¿Ernesto Zapata? ¿El que vivía aquí con don Gerardo? (*Celia asiente con su silencio.*) ¿El que se fué a Alemania, o Estados Unidos?

CELIA.—Sí. El mismo. (*Abraza consolando a la empleada.*)

EMPLEADA.—(*Quitándose el abrazo para poder mejor decir.*) ¡Ay, no, señorita! ¿Está segura? (*Entre llanto y sollozos va hacia la puerta principal diciendo.*) Si era el más bueno de todos. Dios lo tenga en su gloria. (*Sale.*)

(*Casi inmediatamente después de salir la empleada entra por la puerta principal Gerardo, vestido de la misma forma mangaja que al final del cuadro anterior. Entra y vuelve para atrás la vista, mirando a la empleada, con la que se*

ha de haber tropezado en el camino. Celia, apenas vió a Gerardo, ha escondido rápidamente la carta en alguna parte de su ropa.)

GERARDO.—*(Medio disgustado.)* ¡Tenías que decírselo a la pobre vieja! ¡No ves que lo quería mucho? Y con lo llorona que es.

CELIA.—*(Yendo a abrir la puerta que Gerardo había cerrado.)* Pero ¿tú sabes ya, Gerar?

GERARDO.—¿Lo de Ernesto? *(Pausa.)* Sí.

CELIA.—*(Después de una pausa.)* Bueno, ¿y cómo lo supiste?

GERARDO.—No sé. Alguien me dijo. Me escribieron.

CELIA.—¡Y yo tomando precauciones...!

GERARDO.—*(Sin haberla oído bien.)* ¿Mmm?

CELIA.—No, nada. *(Saca la carta que había escondido y la pone sobre la mesa.)* Gracias a Dios que no te ha afectado mucho. *(Gerardo, descuidadamente, ve la carta; la toma y la lee, pero muy rápidamente, sin mucho interés, de manera que es imposible que se haya podido enterar de su contenido. Después la vuelve a poner sobre la mesa.)* ¡Y de qué fué lo que murió?

GERARDO.—De... *(Consulta la carta que acababa de dejar sobre la mesa.)* De neumonía distelectásica.

CELIA.—*(Señalando la carta con un gesto.)* También a mí me escribió, y por eso supuse... *(La interrumpe Pepe, que entra un poco agitado.)*

PEPE.—*(A Gerardo.)* ¿Es cierto eso de Ernesto?

GERARDO.—*(Quitándole la cara, como avergonzado.)* Sí. Murió. Lo acabamos de saber.

PEPE.—*(Como disgustado, como culpando a Gerardo.)* ¡Ya no la friegues, Gerardo! ¿De veras? *(Gerardo le da la espalda y rehusa verlo a la cara.)*

CELIA.—Sí, Pepe. Parece que fué una pulmonía muy complicada.

PEPE.—*(Resignándose a la verdad y a no culpar a*

Gerardo.) Me parece increíble. Yo no lo puedo creer. Nunca, nunca, he conocido a un amigo más sincero, inteligente, buena fe. ¡Es que no puedo creerlo, simplemente!

GERARDO.—(*Explotando en ira y mirando a Pepe por fin.*) ¡Claro que ha muerto! ¿Qué tiene de raro morir de neumonía distelectásica? ¡Yo no lo maté! ¿Por qué me miras así?

CELIA.—(*Agarrando a Pepe cortésmente del brazo y llevándolo hacia la puerta. Pepe se deja llevar, pero mirando hacia atrás, a Gerardo, extrañado de verlo así.*) No te enojés, Pepe; tú sabes cómo se querían. Y en estos últimos días Gerardo ha estado muy nervioso. (*Pepe sale, pero siempre con la vista clavada en Gerardo. También éste, por su parte, lo siguió con la mirada, bravo, desafiante, con los puños cerrados. Celia, al salir Pepe, cierra la puerta, pero después de entreabrir la y cerciorarse de que Pepe se había ido ya, la vuelve a abrir y la deja abierta. Luego mira a Gerardo en su belicosa actitud y le dice.*) Ya me imaginaba yo que no podías coger la cosa con serenidad.

GERARDO.—(*Rompiendo la inmovilidad en la que había caído.*) Pero ¿qué diablos piensa ese tipo? ¿Qué culpa tengo yo si el muchacho se muere?

CELIA.—Si nadie te echa la culpa, Gerar. Es que lo siente como tú, y no se puede hacer a la idea. Incluso a mí misma, que no lo conocía bien, me parece increíble que haya muerto. Quiero decir, que cuando una está acostumbrada, pues es muy difícil, de pronto...

GERARDO.—(*Calmando.*) Sí, sí sé lo que quieres decir. También a mí me parece mentira. ¿Te das cuenta? Podría ser mentira. Todo esto podría ser imaginación mía nada más. Podría serlo perfectamente bien.

CELIA.—Bueno, pero es verdad, Gerar, y hay que acostumbrarse a la verdad.

GERARDO.—Sí, de acuerdo, pero ¿quién me dice la verdad? ¿Quién me la dice? Me dices tú que se ha muerto Ernesto, y yo ¿por qué te voy a creer?

CELIA.—No fui yo la que te lo dijo.

GERARDO.—Está bien, me lo dijeron mis ojos, que leyeron esa carta. (*La señala.*) Pero ¿por qué tengo que creerles? Tú, mis ojos, mis sentidos, todos son unos mentirosos. Me consta; me consta a mí, personalmente. (*Cambiando el tono medio bravo de su voz por otro más dulce.*) Hoy yo no les quiero creer, Celia. Yo quería a Ernesto.

CELIA.—Yo sé, Gerardo. Pero estas cosas hay que encararlas como son y admitirlas, por más dolorosas que te resulten.

GERARDO.—No, si lo creo; sé que está muerto. Es que yo lo quería tanto. Además, me siento como culpable. Nunca me porté con él como debía. Era un chico tan excelente. (*Pausa.*) Recuerdo que una vez deseé que no se ganara la beca. Yo creía entonces que era maldad mía, pero ahora veo que de alguna manera presentía esto. Ha de haber sido horroroso. Solo él ahí, entre tanta gente extraña que tenían alguna otra cosa que hacer. O a medianoche, en su habitación, sin nadie, cuando el reloj daba las tres. (*Se oyen tres lentas campanadas de reloj.*) O las cuatro. (*Se oye otra campanada más.*) ¡Ha de haber sido horrible!

CELIA.—¿Y es muy dolorosa esa enfermedad que dices?

GERARDO.—(*Medio despertando.*) Ah, pues no sé. Es una neumonía, una especie de pulmonía muy rara. Dicen que en Nueva York los inviernos son muy fuertes. Si por esta temporada siempre an-

daba resfriado aquí, imagínate allá. Casi era de esperarse.

CELIA.—(*Que había comenzado a arreglar el cuarto, con indiferencia dice.*) Se me olvidaba decirte que viene la mamá de Ernesto a verte.

GERARDO.—(*Extrañándose.*) ¿Que viene la mamá de Ernesto? ¿A verme a mí? ¿Quién te dijo eso?

CELIA.—Ella misma. Esta mañana telefoné a papá.

GERARDO.—¿Y para qué quiere verme?

CELIA.—(*Encarándose con él.*) Pues a mí me parece muy natural. ¿No te das cuenta de lo que sufre la señora? Era su único hijo.

GERARDO.—Sí, ya sé.

CELIA.—Querrá verte a ti, que eras su mejor amigo, la pieza ésta.

GERARDO.—Pero ¿qué vino a hacer a la capital? Un viaje tan largo, y en ese estado. ¡Pobre señora!

CELIA.—Creo que viene a pedirle a la Federación de Estudiantes que le manden a buscar el cadáver. Ella parece que no tiene medios. Yo lo supe por papá.

GERARDO.—(*Sin esperar contestación.*) ¿De qué vivirá esa señora ahora? Su esposo y su hijo muertos. Toda la poquita plata que tenían la gastaron en la educación de Ernesto. ¿Y ahora? (*Preguntando de veras.*) ¿Y a qué horas viene?

CELIA.—(*Consultando su reloj de pulsera.*) No debe de tardar ya. Cuando venga, tú procura portarte bien y consolarla, y, por lo que más quieras, no salgas con eso de que Ernesto está muerto sólo en tu imaginación. Dile que lo sientes, que compartes su dolor, cosas así. Ofrécete de corazón. En fin, sé amable con ella, y que se dé cuenta de que sientes su desgracia.

GERARDO.—(*Medio bravo.*) ¿Y es que tú te imaginas que tengo que forzarme mucho para sentir-

la, o para hacérselo saber? (*Celia quiere empezar a decir algo, pero Gerardo no le hace caso y abandona otra vez el tono bravo por uno melancólico.*) Yo lo quería, Celia. (*Se pone en actitud de recordar.*) Me acuerdo de cuando nos poníamos a hablar de todo lo que íbamos a hacer. El me platicaba de sus planes para el futuro, la disposición de la casa que iba a tener y la marca del auto que más le gustaría. No pedía mucho. Nunca pidió más de cincuenta primaveras para su vida. Yo, por mi parte, le contaba los argumentos de los libros que pensaba escribir. Por cierto que íbamos a hacer una obra de teatro juntos. Íbamos a representar nosotros mismos los papeles principales. Y nos quedábamos así platicando durante horas y horas. (*Pausa. Carga su pipa y fuma. De veras.*) Lo quise más que a un hermano, Celia.

CELIA.—Yo estoy segura de que también él te quiso mucho.

GERARDO.—¡Que si me quería! (*Continúa recordando, y poco a poco se deja oír la música de fondo.*) Te aseguro, Celia, que si hubiera estado enfermo... (*se apercibe por primera y única vez durante toda la obra de la música*)... me hubiera cuidado como a un hijo. ¿No oyes tú una musiquilla? (*Celia lo mira extrañada.*) Si hubiera estado enfermo... (*busca con la mirada a la música por el techo y las paredes, sin dejar de hablar*)... de alguna enfermedad como, como... (*cuando dice «como del corazón» reacciona como si hubiera encontrado el sitio de donde salía la música, y no la busca más*)... como del corazón, sí, del corazón, eso es. (*De aquí en adelante la música comienza a crecer rápidamente en volumen al par de la voz de Gerardo, que al final del discurso ya está gritando. Al dejar de hablar brus-*

camente Gerardo también la música se calla.)
Si hubiera estado enfermo del corazón él me hubiera cuidado mucho, como a un hijo, y no me hubiera dejado fumar mi pipipaaaaaa. *(Violentamente arroja al suelo su pipa y esconde su cara entre las manos, dejándose caer en el sillón.)*

CELIA.—*(Muy alarmada por la excitación de Gerardo.)* Pero ¿qué te pasa, Gerardo? *(Al ver que no le contesta se asusta aún más y, sacudiéndolo, le dice.)* ¡Gerar! ¡Gerar!

GERARDO.—*(Levantá la cabeza y, antes de comenzar a hablar, busca la música con los ojos, pero ésta ha cesado ya.)* Nada, nada. Es que estoy muy nervioso con la venida de la mamá de Ernesto. ¿Qué le voy a decir yo? A lo mejor piensa como Pepe: que yo lo maté.

CELIA.—Gerar, por Dios. Estás enfermo. Deberías ir a ver a papá.

GERARDO.—*(Sonriéndose sarcásticamente, pero cansado.)* ¿El Pipo?

CELIA.—Será todo lo pipón que quieras, pero es un gran médico. Y tú estás enfermo, Gerar.

GERARDO.—Perdóname. Son cosas de los muchachos. Yo sé que es un gran médico, pero yo no estoy enfermo, nervioso solamente. Además, ¿cuándo se ha visto que hay remedio para la maldad?

CELIA.—Tú no eres malo, Gerardo. Te he visto que das limosna cuando crees que no te ve nadie. Nunca has hecho la maldad.

GERARDO.—No he hecho acciones malas, de acuerdo, pero las he pensado, las he deseado, y eso es perverso, es peor, porque el que hace el daño al prójimo en la realidad tiene que hacérselo personalmente, de hombre a hombre, exponiéndose al castigo de la ley. Pero el que lo sueña, el que lo hace en su corazón, ése no tiene nombre; lo hace a mansalva, en secreto. Y como es su pro-

pia conciencia la que lo juzga, se perdona el delito, se lo justifica de alguna forma, porque para juzgarse a sí mismo sí conoce la bondad.

CELIA.—(*Queriendo convencerlo.*) Pero el daño que hace es a fantasmas, a sueños, y no a personas reales.

GERARDO.—Acuérdate de lo que dice Cristo en uno de los Evangelios: «Habéis oído a los antiguos que el que hace tal o cual daño al prójimo merece no sé qué pena, mas yo os digo que con querer el daño en el corazón ya habéis pecado.»

CELIA.—Que se castigue al corazón, entonces.

GERARDO.—(*Poniéndose una mano sobre su corazón y mirando a Celia, preocupado.*) ¿Que se castigue al corazón, Celia?

CELIA.—No empieces a sugestionarte, por favor.

GERARDO.—(*Levantándose del sillón.*) Yo no sé hasta dónde va a llegar esto. Me dan ganas a veces de terminarlo de una vez por todas. Es hasta posible que muriéndome yo resucite Ernesto. Es muy posible. La idea me zumba como un mosquito, Celia; pero no estoy seguro.

CELIA.—¿Y tú sabes por qué te ha venido toda esa confusión que tienes, verdad? Por esos ejercicios que le prestaste al amigo de Ortega.

GERARDO.—¿Entonces no fué imaginación mía? ¿Se los presté de veras? ¿Tú te acuerdas?

CELIA.—Claro que me acuerdo. Y me acuerdo también que me prometiste quemarlos y olvidarte de todo ese lío que tenías, que te hacías, mejor dicho.

GERARDO.—Ernesto también me decía lo mismo.

CELIA.—Ernesto te quería. Te aconsejaba bien, no como tus amigotes esos.

GERARDO.—Sí, me quería bien. Era una bellísima persona. Yo nunca lo traté como es debido. Algunas veces hasta fui grosero con él. No te pue-

des imaginar lo excelente que era ese muchacho.

CELIA.—(*Medio soñando.*) Se veía. Las muchachas de la Facultad siempre hablábamos de él. No sé, tenía algo maduro que inspiraba confianza, seguridad.

GERARDO.—(*Medio celoso.*) ¿También tú lo querías?

CELIA.—Sí, de lejos. Nos hubiéramos llevado muy bien.

GERARDO.—(*Celoso, intrigante.*) ¿Te hubieras enamorado de él?

CELIA.—(*Dándose al fin cuenta de la actitud de Gerardo.*) ¿Cómo?

GERARDO.—(*Explotando.*) ¿Eso mismo! ¿Que si te hubieras enamorado de él; que si acaso no estabas enamorada de él; que si no salían juntos todas las tardes, dizque para pasear tu perro!

CELIA.—Pero ¿qué es lo que te pasa, Gerar? ¿Se te mete el diablo de pronto? ¿De qué perro estás hablando?

GERARDO.—Pues de tu idiota perro ese, que se parece a una salchicha. (*Amanerado, burlándose.*) A una salchichita.

CELIA.—(*Dulcemente.*) Yo no tengo perro, cariñito. Lo sabes tú muy bien.

GERARDO.—(*Calmado otra vez.*) Entonces, ¿tampoco me dijiste aquello de los libros de tu papá para Ernesto?

CELIA.—No sé de lo que estás hablando, pero todo eso es imaginación tuya.

GERARDO.—Podría ser, claro.

CELIA.—Lo es, Gerar, por más que quieras lo contrario. (*Como si no pudiera encontrar las palabras para expresarse.*) Si yo puedo comprender cómo te es dolorosa la realidad, con la muerte de tu mejor amigo. Y como eres poeta, idealista, pues te resulta muy fácil escaparte de esa realidad amarga, pero auténtica, auténtica, Gerar,

única. Tú te dejas convencer que no por tus buenas intenciones, pero quiero que veas que eso no remedia en nada la situación.

GERARDO.—(*Sin haberle prestado mucho cuidado a los razonamientos de Celia.*) Era tan bueno Ernesto, y yo a veces fui tan grosero con él.

CELIA.—¿Ya te sientes mejor?

GERARDO.—Sí, yo creo que ya estoy bien.

CELIA.—Procura controlarte. Sobre todo cuando venga la mamá de Ernesto. (*Comienza otra vez a arreglar el cuarto.*) Vamos a ver si termino de arreglar esto un poco. No vaya a creer la señora que su hijo vivía con un puerco.

GERARDO.—(*Medio soñando otra vez.*) ¡Ah, chispas! ¡Si yo pudiera remediar tanta canallada que le hice a Ernesto! Es muy cierto eso de que las cosas no se saben apreciar sino hasta después de perdidas. Yo me acuerdo que hasta los zapatos me limpiaba ese muchacho, y yo, en cambio, nunca le pude hacer ni un favor.

CELIA.—(*Sin haberlo atendido.*) ¿Ustedes no tienen escoba aquí?

GERARDO.—Sí. Pídesela a Margarita. Mira (*señalándosela*), ésta era la cama de Ernesto. (*Pero Celia no le presta atención.*)

CELIA.—(*Mirando por la puerta principal, indecisa.*) Pero es que no quisiera molestar a la señora; debe de estar muy apenada.

GERARDO.—(*Sin apartar la vista de la cama de Ernesto.*) Creo que hay una en el servicio. (*Llamándole la atención a Celia con la mirada y el dedo.*) Mira, ésta era la cama de Ernesto.

CELIA.—(*Viendo la cama de la izquierda, pero sin prestarle toda la atención que le pide Gerardo. Va hacia el servicio a buscar la escoba.*) Sí, Gerardo, sí.

GERARDO.—(*Hablando solo, porque Celia ha entra-*

do ya en el servicio.) ¿Qué estaríamos haciendo a estas horas? (*El tema musical de fondo suena sin que se aperciba de él Gerardo.*) Me portaría bien con él, como se lo merece. Sí, como se lo merece.
(*Cae el*

TELON

QUINTO CUADRO

Poco antes de subir el telón se oye la música de fondo, que comienza a desaparecer conforme va subiendo el telón. Gerardo está parado exactamente donde lo dejamos en el cuadro anterior, frente a la cama de Ernesto. Ernesto está sentado en su cama, leyendo un libro, sin apercibirse de Gerardo. En alguna silla por ahí está Pepe sentado, leyendo también. La decoración del cuarto vuelve a ser ésa de cuando trabaja Ernesto. Después de un breve momento, cuando la música acaba de desaparecer, Ernesto se apercibe de Gerardo, vuelve hacia arriba la mirada y le dice:

ERNESTO.—¿Por qué me miras así?

GERARDO.—(*Sacudiéndose los pensamientos.*) Pensaba. (*Inmediatamente procede a arreglarle las cosas a Ernesto, como su mesita de noche, etcétera... Ernesto lo mira extrañado. Mientras está ordenando las cosas, dice.*) Me he quedado todo el día estudiando. Hasta ahora, hace poco, he dejado el libro.

ERNESTO.—(*Extrañado de ver a Gerardo arreglándole sus cosas.*) Bueno, pero ¿qué bicho te ha picado hoy?

GERARDO.—¿Por qué? ¿Porque no me gusta el desorden y quiero arreglar esto un poco? Vivimos como puercos.

ERNESTO.—Déjalo, Gerar; ya lo arreglaré yo luego.

GERARDO.—Hombre, si no me importa. Cuántas ve-

ces no me has arreglado tú mis cosas. Hasta me has limpiado los zapatos. (*Saca un par de zapatos de Ernesto y procede a limpiárselos.*)

ERNESTO.—¡Qué raro estás hoy! Deja esos zapatos, amigo. Al cabo, no usaré éstos hoy. Un millón de gracias de todas maneras.

GERARDO.—De nada, hombre, de nada. A mí me gusta. He estado todo el día estudiando patología general. Pregúntale aquí a Pepe si he dejado el libro.

PEPE.—(*Sonriéndose con Ernesto.*) Pues sí, estuvo un gran rato con el libro. Lo que no te aseguro es que lo haya estado leyendo. Tú conoces la habilidad que tiene este tipo para quedarse horas frente a un libro sin enterarse de nada.

GERARDO.—¡Qué va! Estudiaba. Estudiaba de veras. (*A Ernesto.*) Pregúntame algo y verás.

ERNESTO.—Si te creo, Gerardo.

PEPE.—(*Después de una pausa, y como continuando una conversación con Ernesto.*) Yo no sé, Ernesto; no puedo decidirme. Todos los días me siento menos a gusto con esta clase de vida, pero no puedo decidirme todavía.

ERNESTO.—Yo tampoco sé. Como no he tenido nunca conflictos o inquietudes religiosas, pues no sabría aconsejarte. Debe de ser porque tengo una visión muy débil y su campo es estrecho, o quizás porque me conformo con poco, con lo que veo, pero no he tenido nunca, como te digo, ninguna clase de conflicto.

PEPE.—A mí me parece un caso de modestia.

ERNESTO.—Quizás.

GERARDO.—(*Mientras limpia los zapatos de Ernesto.*) Estoy de acuerdo contigo, Pepe.

PEPE.—Pero no yo contigo, Gerardo.

GERARDO.—Bueno, no importa. Pero este Ernesto

no se quiere en absoluto. No pide nada, ni siquiera lo que le corresponde.

PEPE.—¿La inmortalidad? De acuerdo.

GERARDO.—La beca esa que perdió. Yo ya me la hubiera robado.

ERNESTO.—Déjate de tonterías, Gerar. Es más, ahora me sobran motivos para alegrarme de haberla perdido. Han sucedido cosas que si me hubiera ido... No, amigo, no. Me alegro muchísimo no habérmela ganado. Ustedes creen que pido poco y soy el que más tengo. Lo que pasa es que yo le pido a lo que puede dar.

PEPE.—Ciertas cosas, Ernesto, no se le pueden pedir sino a Dios.

GERARDO.—No hay necesidad de pedirselas a Dios, hombre, no hay necesidad. Uno mismo se las puede conseguir. Con un método que estoy haciendo, un método científico, se podrá conseguir lo que tu corazón desee. *(Pepe y Ernesto se cruzan, sonriéndose, una mirada de inteligencia.)* ¿Se acuerdan de esa pistola Luger que venden en la armería cerca del cine Iris? ¿Que ustedes dijeron que era lástima que costara tanto? Pues, en sueños, la poseo, la tengo. *(Señalando la cómoda.)* La tengo ahí, en la primera gaveta de la cómoda.

(Apenas dijo Gerardo que tenía la pistola, Pepe, alegrándose, hizo un gesto para ir a buscarla, pero Ernesto lo detiene, diciéndole.)

ERNESTO.—En sueños, la tiene en sueños. ¿No comprendes? Y tiene también pañuelos perfumados, y qué sé yo cuántas cosas más. Lo único que le falta es un elefante. ¿Cuándo te consigues uno, Gerar?

GERARDO.—Sé que te estás burlando.

ERNESTO.—*(Burlándose más todavía, pero con buenos sentimientos.)* ¿No? ¿De veras?

GERARDO.—(*Completamente serio.*) Te burlas, pero si vieras que no me sería imposible conseguir ese elefante. Claro, sería un poco difícil, pero no imposible. Tendría que convencer a mi corazón nada más. No hay nada que no esté al alcance de mi deseo.

ERNESTO.—(*Serio ya.*) Tú ponte a estudiar de una vez por todas y déjate de esas cosas. Piensa en tu salud, en tu familia. (*A los dos.*) Solamente el verdadero esfuerzo, sólo los libros, pueden rendir frutos. Si yo no digo que no se deban ambicionar esas grandes cosas que dicen ustedes, sólo que me parece que se pueden conseguir aquí mismo. O será, como les digo, que tengo un criterillo de estudiante de medicina. (*Le sonríe a Gerardo.*) Pero yo estoy conforme.

PEPE.—(*Disponiéndose a salir y refiriéndose a sus asuntos.*) Bueno, al fin, todo depende de lo que piense el viejo. Yo sé que mi mamá sí me comprende. (*Mirando el libro que lleva en las manos y que había estado leyendo.*) Además, a mí estos estudios no me entran ni a empujones. (*Ya en el umbral de la puerta. A Ernesto.*) ¿Quieres que salgamos a dar una vuelta por la noche?

ERNESTO.—No, no. Esta noche no puedo.

PEPE.—¡Ah, sí! Se me olvidaba. Que te vaya bien, pues. Salúdamelos. Hasta luego.

ERNESTO.—Chao, Pepe. (*Pepe sale.*)

GERARDO.—¿De veras que se quiere meter a cura Pepe?

ERNESTO.—No sé. Pero estaría bien. Tiene verdadera vocación.

GERARDO.—A él le caerían muy bien mis ejercicios. Se los prestaré cuando los escriba. (*Termina de limpiar el par de zapatos.*) Quítate los que llevas puestos y te los limpio también.

ERNESTO.—Pero ¿qué te pasa hoy? ¿De dónde has sacado tanta amabilidad?

GERARDO.—(*Después de haber forcejeado inútilmente con Ernesto para quitarle los zapatos.*) ¿Acaso no haces tú lo mismo conmigo? Yo no le veo nada de particular que por una vez me porte decente.

ERNESTO.—¿Y quién te ha dicho que no lo eres?

GERARDO.—Mi propia conciencia. (*Forcejeando otra vez, pero inútilmente.*) Anda, déjame esos zapatos.

ERNESTO.—No. Yo los limpiaré después. De todos modos, un millón de gracias. (*Refiriéndose a los que ya había limpiado Gerardo.*) Te han quedado muy bien.

GERARDO.—Bueno, te limpiaré los otros, los viejos. (*Saca de debajo de la cama otro par que había y procede a limpiárselos también. Al principio, Ernesto se los quiere quitar, pero Gerardo no se los da. Ernesto se resigna, pues.*) ¿Sabes? Últimamente he tenido una gran idea.

ERNESTO.—Ya me figuro. Otro capítulo para tus ejercicios.

GERARDO.—No. Ahora escribiré una obra de teatro. Sobre el mismo tema, claro, pero me parece mejor exponerlo en una obra de teatro al estilo moderno. Se comprendería mejor, ¿sabes? La mitad de los actos se desarrollarían en la realidad y la otra mitad en el sueño del protagonista, es decir, en la realidad que le forja su fantasía. ¿Qué te parece?

ERNESTO.—En primer lugar, que esos trucos ya están muy usados, y en segundo, que tu tesis es falsa; y en tercer lugar...—debí haberlo puesto en primer lugar—, que lo que tú necesitas es ponerte a estudiar. (*Sonriéndose.*) Hasta con rima me salió.

GERARDO.—Eso de que el truco esté muy usado a mí no me importa; y en cuanto a que sea falsa mi tesis, pues no sé. Claro, antes de escribirla le daría mucho pensamiento. A lo mejor termino por defender tu punto de vista, y de que hay que estudiar.

ERNESTO.—No tienes que darle mucho pensamiento para llegar a eso. Un poquito de sentido común basta.

GERARDO.—(*Distrayéndose un poco de su tarea de limpiar los zapatos. Soñando otra vez.*) Es una gran idea, hombre, una gran idea. Habrá un personaje como tú; una cosa necesaria, para que el otro pueda exponer sus teorías. Un como pretexto.

ERNESTO.—(*Sonriéndole.*) Gracias.

GERARDO.—Entiéndeme. Serías el personaje más simpático de la obra. El más noble.

ERNESTO.—Tú ponte a estudiar.

GERARDO.—Incluso te llevarías la muchacha, porque tiene que haber una muchacha, claro.

ERNESTO.—(*Sonriéndose.*) ¿Y Pepe? ¿Qué papel le darías a Pepe?

GERARDO.—(*Viendo hacia la puerta principal por donde había salido Pepe.*) ¿Pepe? No sé. No acabo de comprenderlo, ¿sabes? Tendría que dejarlo incompleto, imperfecto. (*Se queda meditando.*)

ERNESTO.—Ponte a estudiar, Gerardo. Sólo a través de los libros se puede descollar. Y aunque no llegues a ser famoso, a la hora...

GERARDO.—(*Interrumpiéndolo.*) Si no se trata de ser famoso. Incluso publicaría la obra con un seudónimo, y la representaría con otro. Algún nombre vulgar, corriente, como... como Martínez, por ejemplo, o—el apellido real del actor

que representa el papel de Gerardo—. (*Soñando a toda máquina. Levantándose.*) Porque yo haría el papel del individuo que sueña. Siempre he soñado con ser actor. Ya me imagino yo el teatro: (*Vuelve a ver cara a cara al público, la platea, etc., y comienza a describir con detalle, pero como soñando, el interior del teatro donde se representa la obra. Puede también referirse a cualquier suceso accidental durante la función. Incluso se puede llegar hasta cometer adrede el error para comentarlo Gerardo aquí. Después dice.*) Y mujeres hermosas viéndome trabajar. (*De pura satisfacción.*) ¡¡Aaaaah!! (*Viéndolo, efectivamente.*) Si me parece estar viéndolo. (*Volviéndose otra vez a Ernesto.*) Me posesionaría del papel. En el último acto moriría. Y habré estado tan poseído que me quedaré ahí, tirado en el suelo, aun después de haberse terminado la función, convencido de que de veras estoy muerto.

ERNESTO.—(*Burlándose.*) Mejor muérete en una cama. Te ensuciarías menos.

GERARDO.—(*Sin dejarse sacar del tren de sus pensamientos.*) Bueno, hombre, en la cama. Y tú tendrás que venir después de haberse terminado la función para sacudirme y convencerme de que en realidad no estoy muerto. (*Despertando.*) ¿Qué te parece? Uno de estos días la escribiré, ya verás.

ERNESTO.—Ponte a estudiar, Gerardo, ponte a estudiar.

GERARDO.—(*Para hacer la descripción del teatro, Gerardo se había parado, dejando los zapatos que limpiaba tirados en el suelo. Ahora, al querer cogerlos otra vez para terminar de lustrarlos, Ernesto se los ha guardado y no quiere dárselos.*)

Préstame los zapatos para terminar de limpiártelos.

ERNESTO.—Lo que debes ponerte a limpiar son los libros, que bien empolvados deben de estar.

GERARDO.—(*Agotada su voluntad por el sueño, sigue el consejo de Ernesto y va al estante de libros a coger uno.*) Bueno, pero me hubiera gustado escribir una obra así. Quizás algún día, si me alcanza el tiempo. A veces me da frío de pensar en que a lo mejor no llegaré nunca a hacer nada. (*Saca un libro del estante y le pasa la mano por la cubierta para ver si estaba sucio. Efectivamente, estaba lleno de polvo. Lo sopla para limpiarlo. La mano se la limpia en su misma ropa.*)

ERNESTO.—Animo, amigo. Hoy no quiero tristes en casa.

GERARDO.—No, si no estoy triste.

ERNESTO.—Te he visto muy contento últimamente, muy satisfecho; quizás un poquito pálido sí. Ya te lo decía yo que con medio olvidarte de aquellas cosas te mejorarías.

GERARDO.—Pero no creas que he mejorado mucho. Lo que pasa es que ahora me he dado por vencido. (*Pausa.*) Es curioso. Antes me parecía que iba; ahora, que vengo. No sé cómo explicártelo mejor. (*Pausa.*) Ahora que vine, por ejemplo, me alegré muchísimo de que no estabas muerto. Además, me hubiera sido tan difícil ver a tu mamá. Tuve que salir corriendo.

ERNESTO.—Sí, ya veo que no has mejorado mucho. ¿De qué estás hablando?

GERARDO.—No, de nada. ¿Qué es eso tan importante que tienes que hacer esta noche?

ERNESTO.—Pero si ya te lo dije. Que voy a salir con Celia y su papá.

GERARDO. (*Extrañado.*) ¿Con el Pipo?

ERNESTO.—La cosa anda muy bien, ¿no te digo?

GERARDO.—¿Entonces...?

ERNESTO.—Sí. Yo creo que nos casamos a fines de año, apenas termine la especialidad.

GERARDO.—(*Cogiendo la cosa en broma.*) ¿Cómo? Pero eso no puede ser. ¿No te das cuenta, hombre? Celia no se casaría contigo nunca.

ERNESTO.—(*Disgustado por la actitud de Gerardo.*) ¿Cómo que no se casaría conmigo nunca?

GERARDO.—(*Después de pensar un momento en el asunto, riéndose.*) ¡Pues eso! Todo lo que te dije de ella era mentira. Lo había soñado yo. Todo era mentira. Y tú me lo creíste. (*Esto especialmente le da risa a Gerardo.*) Tú me lo creíste. Ella no me dijo nunca que te prestaría los libros de su papá. Todo era mentira mía. Me dió tanta lástima verte fracasado con la beca. Una mentira piadosa; fué una broma mía, hombre.

ERNESTO.—(*Francamente disgustado.*) Yo no sé de qué diablos te estás riendo tú.

GERARDO.—(*Riéndose.*) Era mentira. Una mentira mía.

ERNESTO.—En primer lugar, yo comprobé con ella lo de los libros y era cierto. En segundo lugar, ya hace tiempo que decidimos casarnos.

GERARDO.—(*Cortándosele la risa de pronto.*) ¿Ya hace tiempo?

ERNESTO.—Hace ya tiempo de eso.

GERARDO.—(*Desconcertado.*) Es que no puede ser. Me hubiera yo dado cuenta.

ERNESTO.—Yo no te lo había dicho porque estas cuestiones íntimas...

GERARDO.—(*Continuando la conversación consigo mismo, sin enterarse de lo que le decía Ernesto.*)

¡Claro que me di cuenta! ¡Ya lo sospechaba yo! ¡¡Traicionera!!

ERNESTO.—¿De qué estás hablando tú?

GERARDO.—(*Dirigiéndose a Ernesto, pero siguiendo su monólogo.*) No, hombre, si momentos después me dijo... Ella no te quiere, Ernesto. ¿Cómo te vas a casar con una mujer que no te quiere?

ERNESTO.—(*Enojándose.*) Pero ¿de qué diablos estás hablando tú?

GERARDO.—¿Que no te quiere! ¿Que no te quiere! ¿Quieres que te lo diga más claro? ¿Que es a mí a quien quiere ella!

ERNESTO.—(*Calmándose y procurando calmar a su amigo.*) Yo no me quiero enojar, Gerardo, pero tampoco te voy a permitir que hables así. Ya Pepe me había dicho que tú andas diciendo por ahí cosas de Celia que no son ciertas. Y eso yo no se lo tengo que aguantar ni a ti.

GERARDO.—(*Que a todo esto se ha ido enfermado poco a poco del corazón, sin que lo notara Ernesto, de manera que cuando la acción llega hasta aquí, Gerardo habla con poco aliento y algo difícilmente.*) No te quiere, Ernesto. Yo lo sé. Pregúntaselo y verás. Dile que has hablado conmigo, que yo te he dicho toda la verdad. (*Llamando a Celia.*) ¿Celia!

ERNESTO.—(*Apercibiéndose del mal estado de Gerardo.*) ¿Te sientes mal?

GERARDO.—No, si no tengo nada. Llámala, Ernesto; llámala y pregúntaselo. (*Llamando.*) ¿Celia!

ERNESTO.—(*Forzándolo un poco a que se siente.*) Quédate quieto. Siéntate. Déjame ver.

GERARDO.—(*Llamando cada vez más fuerte.*) ¿Celia!

ERNESTO.—Quédate ahí sentado. (*Ernesto va a buscar las píldoras a su mesita de noche y luego al baño por un vaso de agua.*)

GERARDO.—(*Sin darse cuenta de que su amigo se había separado, le sigue hablando.*) Pregúntase-

lo. Anda. Convéngete. Ella me quiere a mí. Se va a casar conmigo. ¿Por qué no se lo preguntas? (*Luego, al ver que Ernesto salía del cuarto de baño con el vaso de agua, le dice.*) ¡Qué!, ¿no estaba en el baño?

ERNESTO.—Procura controlarte. (*Dándole el vaso y píldora, que Gerardo se bebe.*) A ver, tómate esto. (*Cuando está bebiendo Gerardo.*) Yo tuve la culpa, amigo. Perdóname.

GERARDO.—(*Inmediatamente después de haberse tragado la píldora.*) Llámala, que por ahí debe de andar. Fíjate bien en el baño. (*Llamando.*) ¡Celia!

ERNESTO.—(*Mandándolo callar con algún gesto, mientras queda un momento pensativo. Luego va al teléfono y marca un número. Gerardo queda mirando a todas partes, como buscando algo en el aire.*) ¿Haló? ¿No está el doctor González, por favor? (*Pausa.*) ¿Y su hija, la señorita Celia? (*Pausa.*) ¡Ah, caramba! (*Pausa.*) Sí, era algo muy urgente. (*Pausa.*) ¿Dónde? (*Pausa.*) ¿No tienen teléfono? (*Pausa.*) ¿No? Deme usted la dirección entonces.

GERARDO.—(*Gritando.*) ¡Celia!

ERNESTO.—(*Al ser interrumpido por Gerardo, le hace un gesto para que se calle. Luego continúa su conversación por teléfono.*) ¿Cómo dijo? (*Pausa.*) Espérese que lo apunte, por favor. (*Busca rápidamente a su alrededor un lápiz, pero no lo encuentra.*) Bueno, no importa. Repítamelo otra vez. (*Pausa.*) Calle de San Jerónimo, setenta y cuatro. (*Pausa.*) Bueno, un millón de gracias. (*Pausa.*) Sí, sí, gracias. (*Pausa en la que se impacienta, pues aparentemente la persona al otro lado de la línea quiere prolongar la conversación.*) Bueno, bueno. Sí. Adiós. (*Cuelga. Para sí mis-*

mo.) Calle de San Jerónimo, setenta y cuatro.
(*A Gerardo.*) ¿Cómo te sientes?

GERARDO.—Pregúntaselo. Convéncete tú mismo de que es a mí a quien quiere ella. (*Llamando.*) ¡Celia! (*A Ernesto.*) Búscala ahí en el baño. Ahí debe de estar. Fué sólo a coger la escoba. (*Ernesto se dirige hacia la puerta principal sin hacerle caso. Al verlo, le dice Gerardo.*) No, hombre, no; en el baño.

ERNESTO.—(*Desde la puerta principal y hacia afuera.*) ¡Pepe! (*Viene otra vez a Gerardo y le dice.*) Mira, procura calmarte. Yo regreso en seguida. Ahí te mando a Pepe. (*Para sí mismo y conforme va otra vez hacia la puerta principal.*) Calle de San Jerónimo, setenta y cuatro. (*Cuando llega a la puerta se encuentra con Pepe, libro en mano, entrando.*)

PEPE.—¿Quihubo?

ERNESTO.—Quédate aquí con Gerardo. Se ha enfermado. (*Pepe vuelve a ver a Gerardo, extrañado.*) Yo vuelvo en seguida. Voy a buscar a tu tío para que lo vea, pero regreso en seguida. (*Sale.*)

PEPE.—(*Dando una vuelta alrededor de Gerardo, mirándolo muy extrañado.*) Pero ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal otra vez?

GERARDO.—(*Hablando difícilmente.*) No, no es nada. Disnea. (*Señalándose.*) El corazón, ¿sabes? (*Pausa. Llamando.*) ¡Celia!

PEPE.—¿Cómo?

GERARDO.—(*Primeramente intenta incorporarse, pero al no poderlo hacer, le dice.*) Mira, Pepe, fíjate ahí, en el baño, por favor.

PEPE.—¿En el baño? (*Gerardo asiente con la cabeza.*) ¿Qué cosa?

GERARDO.—Fíjate, por favor.

PEPE.—(*Obedece a Gerardo y va al baño. Inmediatamente después sale.*) Pero ¿qué cosa, Gerardo?

GERARDO.—Fíjate bien. (*Pepe se vuelve a meter en el cuarto de baño y esta vez tarda más tiempo en él. Al verlo salir desorientado, Gerardo interpreta su silencio y deja caer vencidamente la cabeza.*) ¿Dónde se habrá metido?

PEPE.—¿Qué cosa, Gerardo? ¿Quién?

GERARDO.—No. Nada. Nada.

PEPE.—(*Después de una larga pausa en la que ha contemplado detenidamente a Gerardo, que permanecía ahora como con su atención fija en algo interior.*) No es por nada, pero ¿no quieres que te vaya a buscar un sacerdote? (*Cuando Gerardo oye esto se impresiona un poco y levanta la cabeza.*) Esas cosas nunca están de más. Precisamente el otro día me contaba mi tío un caso... (*Se da cuenta de que va a meter la pata.*) De todos modos, lo que se arriesga es mucho. Aunque, claro, estoy seguro que no te pasará nada.

GERARDO.—(*Después de una pausa en la que meditó.*) Sería la salvación.

PEPE.—Sí, tu salvación. No te pasará nada, te repito, pero siempre conviene.

GERARDO.—(*Sin haberlo escuchado.*) ¿Sí, anda búscalo! Tengo toda la vida aún, y, ¿qué le pasará si me muero, si me voy? Búscalo, Pepe; sí, búscalo. Para encomendársela.

PEPE.—(*Después de varios gestos de indecisión.*) Déjame esperar que regrese Ernesto, sí. Yo no creo que tarde. Se puede enojar si te dejas solo. Además, te veo mejorado. Pero apenas regrese iré, no te preocupes. Trata de descansar ahora. (*Gerardo, sin fuerzas para discutir, vuelve a inclinar la cabeza.*)

GERARDO.—(*Después de una pausa en la que de nuevo se deja escuchar la música de fondo que viene*

a darle a Gerardo nuevas fuerzas para inquietarse. Animado por ella pues, pero sin verla, oyéndola solamente, dice.) Que se lo pregunte, Pepe; que se lo pregunte. *(Llamándola nuevamente.)* ¡Celia! ¡Celia! *(Pepe lo queda mirando, extrañado, y cae el*

TELON

SEXTO CUADRO

Al ir subiendo el telón se oye otra vez la música de fondo, que permanece terca en el ambiente aun después de hablar Gerardo. Cuando se retira lo hace poco a poco. Gerardo está sentado en el mismo sillón donde lo dejamos en el cuadro anterior y de la misma manera. Pepe no está. Naturalmente el orden del cuarto ha sufrido las modificaciones consecuentes.

GERARDO.—(*Llamando, más débilmente que antes.*)
¡Celia!

CELIA.—(*Apareciendo por la puerta del servicio, escoba en mano.*) ¿Qué te pasa? ¿Por qué gritas? (*Va a la puerta principal, que había cerrado Ernesto en el cuadro anterior, y la abre.*)

• GERARDO.—(*Al verla ha recuperado inmediatamente la salud. Se dirige a Pepe, al que busca en su alrededor.*) Pregúntaselo tú, Pepe. Que te conste. (*Al no poder hallarlo, pregunta, extrañado, a nadie.*) ¿Pepe?

CELIA.—(*Dándose por vencida.*) No, Gerardo; yo ya no puedo más.

GERARDO.—Es que nos había engañado, Celia. Es mentira, no se ha muerto. Ni se ganó la beca, ni se fué, ni nada. Todo es mentira. Está vivo. Lo acabo de ver.

CELIA.—Otra vez soñando. Date ya por vencido, Gerar; ríndete.

GERARDO.—Te digo que lo acabo de ver.

CELIA.—¿Y no eres tú el que tanto desconfiaba de los ojos?

GERARDO.—Pero ¿qué interés van a tener mis ojos en engañarme?

CELIA.—Pues para complacer tu corazón, Gerardo. Tu buen corazón que quisiera vivo a Ernesto. Y luego dices que tienes malos pensamientos. Tú eres bueno, pero convéncete de que todo el amor de la tierra no bastaría para moverle un dedo a un muerto.

GERARDO.—¡Oh!, ¿en dónde estoy, Celia?

CELIA.—(*Consolándolo.*) Aquí, conmigo, en la realidad. Pínchate. Convéncete. No será esto lo mejor, pero es todo lo que tenemos. Acéptalo, pues. Hay cosas que se pueden hacer de provecho. (*Admirándose de esas cosas y de su número.*) ¡Huy! Hay un montón de cosas; y tú las puedes hacer. Pero antes tienes que adaptarte, sentirte en paz, como en tu propia casa.

GERARDO.—Pero ¿no te das cuenta que allá me dice lo mismo Ernesto?

CELIA.—Ya déjalo reposar.

GERARDO.—Si te digo que allá no ha muerto, ni se ganó la beca. Allá está aquí, en este mismo cuarto. Y yo no sé dónde es que estoy yo de veras. Me halan, me empujan sombras de aquí para allá, y me he mareado, y no sé ni dónde es arriba y abajo o verdad y mentira.

CELIA.—Pues suma los acontecimientos y verás que te suma esto, que te trae aquí. Pero ¿es que tú crees que Ernesto, con lo buen estudiante que era, iba a perder esa beca?

GERARDO.—Oye, eso sí es cierto. ¿Cómo iba a perder esa beca con lo buen estudiante que era?

CELIA.—Naturalmente. Y con el afecto que le tenía papá. Si no la podía perder.

GERARDO.—Tú estás aquí, Celia, y eso posiblemente

te me pueda hacer ver las cosas como yo quisiera que fueran y no como son, y yo necesito estar seguro, agotar todas las posibilidades de engaño. Mientras no esté seguro de que esto sea la verdad, la verdadera verdad, no querré hacer nada en ella. Me parece estúpido esforzarme yo en estudiar y hacer una obra aquí para que después resulte que no tengo nada, sólo remordimientos de haberme pasado la vida soñando como un tonto. Así es que suponte tú que la muerte de Ernesto es un sueño.

CELIA.—Pero ¿quién te imaginas va a tener un sueño tan macabro?

GERARDO.—Yo.

CELIA.—¿Tú? ¿Su mejor amigo? No seas tonto.

GERARDO.—(*Con remordimientos.*) Sí, yo, el que él creía que era su mejor amigo.

CELIA.—Hemos quedado en que tenías buen corazón. Yo te conozco, Gerar, tú no soñarías eso nunca.

GERARDO.—(*Sopesando las cosas con espíritu científico.*) Bien, de acuerdo, pero ¿si me halaras tú hasta aquí cuando estoy dormido, o distraído...? ¿Si de la mano del corazón me guiaras hasta aquí?

CELIA.—¿Y yo, para qué te voy a traer aquí? Si aquello fuera la realidad también allá existiría yo.

GERARDO.—(*Explotando.*) ¿Porque allá no me quieres! ¿No te das cuenta, idiota? Porque allá es a Ernesto... (*Dulcifica el tono de su voz al ver que se ha ofendido Celia con lo de idiota.*) Perdóname. Quiero decir que allá; mejor dicho, que aquí; que el tenerte a ti, Celia... Yo no sé. Ayúdame. Sácame de este atolladero. Casémonos de una vez. Podemos vivir con mi mensualidad

mientras termino. Dile a tu papá. Ayúdame, Celia.

CELIA.—(*Amorosamente.*) Si yo te quiero ayudar. Yo sí te quiero ayudar, porque me parece, a veces... ¡Oh, yo no sé, Gerar! (*Prorrumpe en sollozos.*) Pero me da miedo y lloro por las noches. (*Se recuesta en el hombro de Gerardo.*)

GERARDO.—Ya, mi vida, ya.

CELIA.—Tú sufres. Me parece como si no fueras de este mundo y te sientes extraño en él y no te comprende nadie. Tú sufres mucho. Yo lo veo en tus ojos a veces, que estás como soñando. Entonces me das todavía más la impresión de que no eres de este mundo.

GERARDO.—Te prometo no regresar más nunca allá. Que se queden allá, solos, esos fantasmas.

CELIA.—¿Es que alguno de ellos te quiere más que yo? ¿Estás incómodo aquí? ¿Por qué sueñas tanto? ¿Te falta algo, corazón?

GERARDO.—No, mi vida, no. Tú estás aquí.

CELIA.—¿No hablaremos más nunca de esto?

GERARDO.—Más nunca.

CELIA.—¿No te irás más nunca de mi lado, ni aun en sueños?

GERARDO.—No me iré más nunca de tu lado, ni aun en sueños.

CELIA.—Seremos felices, Gerardo. Tú serás un gran médico, y un gran poeta también. (*Limpiándose las lágrimas.*) Y cuando quieras una cosa, en vez de soñar que la consigues, me la pedirás a mí; ahorraremos y tú verás que la podremos conseguir de veras.

GERARDO.—(*Muy conmovido.*) Claro que sí, vidita, claro. Además, sólo querré lo que tengamos.

CELIA.—Y iremos a misa todos los domingos, y comulgarás una vez al mes. Porque estoy segura

que parte de tu conflicto se debe a eso, a que no tienes una convicción firme de la vida del más allá, y quieres agotarte todo aquí.

GERARDO.—Sí, puede ser. Creo que ya me habían dicho eso.

CELIA.—Yo, estas cosas las sé desde hace tiempo. Por eso es que te pido que me acompañes a misa los domingos.

GERARDO.—(*Cogiendo la cosa medio en broma.*) ¿Y tú crees que después de haber vivido unos ochenta años con intensidad, y de haber dado vida a una docena de hijos, porque no te admitiré menos, tú crees que después de todo eso me sobre vida para tener en el cielo?

CELIA.—(*Cogiendo la cosa en serio.*) Te sobrará toda, Gerar, porque el alma es inmortal.
(*Entra Pepe.*)

PEPE.—(*Parándose en el umbral de la puerta principal. Primero mira con recelo a Gerardo, después dice.*) Celia, la mamá de Ernesto.

CELIA.—¡Ay, Dios! Casi se me olvida. Dile que pase. No, espérate. (*Se medio arregla el cabello, guarda la escoba, etc.*) Ya, dile que pase, Pepe. (*Pepe sale. Luego le dice a Gerardo, que desde que se avisó la llegada de la señora se le cortó el buen humor que comenzaba a tener.*) Acuérdate de todo lo que te dije, Gerar, por favor. Dile que lo sientes mucho y que compartes su dolor. Y... (*En voz baja, al sentir ya las voces y los pasos de la señora y de Pepe.*) Y trata de ser amable. Ofrecete. (*Aparecen en la puerta principal la mamá de Ernesto y Pepe. Celia va hacia ellos y, dándole la mano a la señora, le dice.*) Yo soy la hija del profesor González, señora.

SEÑORA.—¡Ah, sí! Mi hijo me habló mucho de su papá en sus cartas.

CELIA.—Papá le tenía mucho afecto. Y me ha encargado ponerlo a sus órdenes, señora, y expresarle su más sentido pésame, ya que no lo puede hacer personalmente por su trabajo.

SEÑORA.—Estoy muy agradecida, hija. Gracias. *(Pausa en la que mira a Gerardo, que se había mantenido lejos.)* Ese es Gerardo, ¿verdad?

CELIA.—Sí, señora. *(Llamándolo.)* ¡Gerardo! *(Gerardo se acerca, pero con la misma cara de disgusto.)*

SEÑORA.—*(A Celia.)* Lo reconocí por una fotografía que me mandó mi hijo poco antes de irse a los Estados Unidos. *(A Gerardo.)* Tú no te acuerdas, Gerardo. Están ustedes dos sentados frente a unas botellas de cerveza.

GERARDO.—Sí, señora, sí me acuerdo. Fué en un bar-sito donde celebramos el triunfo de su beca. Aquí cerca es, se llama Tanis. No crea usted que celebrábamos a menudo. Ernesto siempre fué muy correcto.

SEÑORA.—Ya lo sé, hijo. Es la última fotografía que tengo de él. *(El llanto se le quiere salir, y para disimularlo, les quita la cara, volviendo a ver a su alrededor.)* ¿Cuál era su cama?

PEPE.—*(Señalando la de la izquierda.)* Esta, señora. Ahora la tengo yo.

SEÑORA.—*(Por fin dice lo que desde un principio había estado queriendo decir.)* Perdónenme que los haya venido a molestar.

CELIA.—No, señora, ¿cómo va a creer? Al contrario.

SEÑORA.—Como tuve que venir a la capital a hacer unos negocitos, me dieron ganas de ver su cuarto. *(Mirando tiernamente a Gerardo.)* Y de conocer a Gerardo.

GERARDO.—*(Abrazando de pronto, emocionado, a la mamá de Ernesto.)* Perdóneme usted a mí, señora. No fué culpa mía. Pregúntele usted a Ce-

lia. No fué culpa mía. Yo lo quería más que a un hermano. (*La señora lo consuela dándole palmaditas en la espalda.*) ¡Si yo pudiera ayudarla! (*Pausa.*) Haría cualquier cosa porque viviera Ernesto. Cualquier cosa. (*Separándose de los brazos de la señora y dirigiéndose a Celia.*) Explícale tú, Celia, cómo todo el amor y la buena fe son inútiles en estos casos. (*La señora vuelve a ver a Celia como para pedir explicación, pero Celia no la mira. Ahora se dirige a la señora.*) Señora, si yo estuviera seguro de que esto todo no es más que una pesadilla mía, con gusto, créame usted (*con un gesto señala todo lo que los rodea*) haría desaparecerlo todo. Me dispararía un tiro en la oreja para despertarme.

CELIA.—Gerar, me prometiste... (*A la señora.*) Está enfermo, señora. Usted más que nadie lo podrá comprender. (*Pero la señora no lo puede comprender.*)

GERARDO.—Lo haría desaparecer todo. (*Sin mirarla, con una mano agarra la de Celia.*) Aunque eso implicara la pérdida de lo que más amo. Aunque me muriera yo. (*Pausa.*) Yo quería a Ernesto. (*Medio bravo.*) ¿Por qué no me lo quieren creer? Yo lo quería.

CELIA.—Cálmate, Gerar.

(*Gerardo obedece y se va a parar lejos del grupo. Recoge su pipa, la carga y fuma. Como sucede siempre en los cuadros en que no trabaja Ernesto, Gerardo fuma de veras. Alguien del grupo donde se hablaba en voz baja lo vuelve a ver. En algún momento Pepe le da algo a la señora. Cualquier cosa que se entienda que perteneció a Ernesto y que haya estado bien visible. Así las cosas por no mucho tiempo.*)

GERARDO.—(*Aproximándose otra vez al grupo.*) De

todos modos, señora, si usted quiere me arriesgo.
SEÑORA.—¿A qué, hijo? No pienses más en esas cosas.

GERARDO.—Arriesgaría la vida, porque si la realidad es ésta, como dice Celia, y no pesadilla, como todo me hace sospechar, si ésta es la realidad, me moriría del todo. Pero no me importa. Habiendo la más remota posibilidad de poder devolverle a su hijo, no me importaría.

SEÑORA.—(*Sin querer darle ya más atención a Gerardo. Dirigiéndose a Celia.*) Hice mal en venir. Yo sólo quería ver esto, y... (*señalándolo con un gesto y mirándolo*) conocerlo a él. Pero este muchacho está enfermo.

PEPE.—Es que quería mucho a su hijo, y le ha afectado... (*No quiere hablar más para no meter la pata.*)

SEÑORA.—También los quería invitar a misa de siete, mañana. Es por él.

CELIA.—Claro que sí, señora. Muchas gracias.

PEPE.—(*Más emocionado que Celia.*) Naturalmente. ¿En cuál iglesia?

SEÑORA.—En la del Carmen. Cerca de la Facultad.

PEPE.—Sí, sí. Las misas de difuntos ahí son muy impresionantes. Precisamente, conozco al Padre que las oficia... (*Callándose de pronto al ver que Celia lo miraba con una expresión que le daba a entender que era de muy mal gusto manifestar entonces su afición a las misas de difuntos.*)

GERARDO.—(*Haciendo caso omiso de que se le hacía caso omiso.*) No se preocupe usted, señora. Me arriesgaré. Es posible que antes de las siete de la mañana tenga otra vez a su hijo, vivo, sin haberse ganado la beca, sin haberse ido, y a punto de casarse con una mujer excelentísima. (*Hablando lenta y dolorosamente. Mirando a Celia.*)

Hará muy feliz a Ernesto y usted la querrá mucho.

SEÑORA.—(*Sin prestarle atención a Gerardo, pese a que estuvo mirándolo cuando hablaba. Dirigiéndose a Celia.*) Debo irme. (*Refiriéndose a lo que le había dado Pepe de Ernesto.*) Y muchas gracias. No saben cómo les agradezco esto.

PEPE.—Me pondré el saco y la acompañaré al hotel, señora.

SEÑORA.—(*Caminando hacia la puerta.*) No se moleste, hijo. Me esperan abajo. No quise que subieran, porque... (*Naturalmente, la señora está muy acongojada y a veces un llanto próximo le impide hablar bien.*) Si quiere usted acompañarme a las escaleras. Por nada me caigo subiéndolo.

PEPE.—Con muchísimo gusto.

CELIA.—Permítame a mí también!

SEÑORA.—(*Dirigiéndose a Celia, pero mirando a Gerardo, que les había dado la espalda.*) No; quédate con Gerardo. Necesita que le den atención. Que vea a un médico.

CELIA.—Sí, señora. Entonces, hasta la puerta. (*Antes de salir, la señora mira por un momento más a Gerardo. Celia hace un gesto como para ir a buscarlo para que se despida de la señora, pero ésta se lo impide dulcemente. Luego sale todo el grupo por la puerta, que queda abierta.*) (*Inmediatamente va Gerardo a ella y la cierra, le pone tranca y se asegura de que está bien cerrada. Después va a la cómoda y se queda parado frente a ella. Abre la gaveta donde tiene la pistola y en ese momento se oye que quieren abrir la puerta y que desde afuera le dice Celia.*)

CELIA.—¡Abre la puerta, Gerardo! (*Pausa.*) ¡Qué vas a hacer? (*Pausa.*) ¡Te tengo que decir algo! ¡Abre la puerta! ¡Abre!

(Gerardo primero se sobresaltó un poco, pero después prosigue, inmutable, en su tarea de abrir la gaveta y buscar la pistola. Estando en eso, buscando entre la ropa, y Celia tocando en la puerta, baja el

TELON

SEPTIMO CUADRO

El telón sube en silencio. Gerardo está en la misma posición del cuadro anterior. Es decir, frente a la cómoda, buscando en la gaveta la pistola que aparentemente no puede encontrar. Pepe está directamente detrás, como esperando. Gerardo no se ha apercebido de Pepe. Naturalmente, la decoración y el orden de cosas vuelven a ser esas de cuando trabaja Ernesto. Está bien a la vista, como antes, lo que la mamá de Ernesto se llevó en el cuadro anterior.

PEPE.—(*Después de haber estado mirándolo por un buen rato.*) Mejor dímelo a mí. (*Gerardo se sobresalta violentamente.*) Yo te lo busco. ¿Era lo que estaba en el baño?

GERARDO.—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has entrado?

PEPE.—(*Extrañado.*) ¿Mmm?

(*Gerardo mira fijamente a Pepe y comienza otra vez a respirar con dificultad. Después se oye primero una intención de abrir la puerta y luego que tocan insistentemente en ella, con los mismos intervalos de antes, de manera que se crea que es la misma persona. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado en no exagerar. Pepe quiere ir a abrir la puerta, pero Gerardo lo detiene por un brazo.*)

GERARDO.—¿No, por favor, no abras! Esa es Celia.

PEPE.—¿Celia? Debe de ser Ernesto. Suelta. (*Qui-*

tándole el brazo por donde lo tenía asido. Libre ya, se dirige a abrir la puerta.)

GERARDO.—¡No abras, por favor!

(Pepe no le hace caso y abre la puerta. Tenía tranca. Entra rápidamente Ernesto, seguido del doctor. El doctor es tío de Pepe y, por lo tanto, le hace cualquier saludo familiar, pero rápido. También es algo barrigón. Lo suficientemente para que sea justificado su apodo de «el Pipon».)

ERNESTO.—(A Pepe, sin esperar contestación.) ¡Por qué cerraste con tranca?

PEPE.—Si ha de haber sido él mismo, cuando fui al baño.

ERNESTO.—(Al doctor.) Este es Gerardo, doctor.

DOCTOR.—(Se acordaba de él.) Sí, sí.

GERARDO.—(A Ernesto.) Lo has echado todo a perder. El asunto se iba a resolver. Ibamos a saber la verdad y ahora ya no encuentro mi pistola.

ERNESTO.—¡Cuál pistola?

GERARDO.—La Luger, la que tenía ahí, en la gaveta de la cómoda.

ERNESTO.—(Llevándole la corriente.) ¡Ah, ésa! Bueno, bueno, ahora después la buscamos. Te traje al doctor González para que te viera.

DOCTOR.—(A Gerardo.) Quédese usted quieto un momento para auscultarlo. Aunque así parados no vamos a poder. (Señalándole el sillón.) Siéntese ahí, vea. No, mejor en la cama.

(Desde que entró la gente, Gerardo había quedado mirando la puerta que quedó abierta, como esperando o temiendo que entrara alguien más. Ahora, obedeciendo al doctor, se sienta en su cama, pero siempre mirando hacia la puerta.)

GERARDO.—Cierren esa puerta, por favor. (Pepe la cierra.) Ponle tranca. Ponle tranca.

(Pepe no acaba de comprender esta petición tan rara y no la obedece.)

ERNESTO.—(*A Pepe.*) Sí, ponle la trancá, por favor.
(*Pepe obedece. A Gerardo.*) Ya está atrancada,
no tengas miedo. Ahora hazle caso al doctor y
déjate auscultar.

DOCTOR.—(*Después de haber querido auscultarlo
directamente con la oreja.*) No se puede saber
bien sin el estetoscopio. Pero es mejor que se
acueste.

(*Suena el teléfono y Pepe va a contestarlo.*)

ERNESTO.—(*A Gerardo.*) Ya oíste al doctor. Acuéstate.
(*Gerardo obedece.*)

PEPE.—(*Por teléfono.*) ¿Haló? (*Pausa.*) Sí, sí, Celia,
soy yo. (*Pausa. Gerardo y Ernesto quedan a la expectativa cuando oyen el nombre de Celia. También el doctor, pero menos.*) Sí, sí, ya llegaron. (*Pausa.*) Espérate un momentito, por favor.
(*Le da el aparato a Ernesto, que estaba ahí cerca, esperando ansioso.*)

ERNESTO.—Hola, Celia. (*Pausa.*) Sí, sí. (*Pausa.*)
¿Cómo? (*Pausa.*) Espérate un segundo. (*Al doctor.*) Es Celia, doctor. Pregunta que dónde es
que tiene el maletín.

DOCTOR.—Al lado del estante chico de los libros,
dile. Pero mejor déjame a mí, si no, no lo van a
encontrar nunca. Debí haber ido yo mismo a
buscarlo. (*Coge el teléfono.*) ¿Celia? (*Pausa corta.*)
Mira, pon atención: está al lado del estante
de los libros, pero no el del consultorio, el de la
sala. (*Pausa.*) Sí. Ahora, apúrate. Coge un taxi
y vente lo más pronto que puedas. Es aquí, en
la casa de huéspedes donde vive tu primo Pepe.
¿Ya sabes, verdad?

GERARDO.—(*Pero sin acabar de comprender lo que
sucede.*) Claro que sabe.

DOCTOR.—(*A Ernesto.*) ¿Qué número es esta casa?

ERNESTO.—Ciento uno. Donceles, ciento uno, aparta-
mento quince.

DOCTOR.—(*Por teléfono.*) Donceles, ciento uno, apartamento quince. (*Pausa.*) Sí, sí, quince. Ahora, vente pronto. Coge un taxi. (*Cuelga. Va otra vez a sentarse cerca de Gerardo. A Gerardo.*) Ya pronto me traerán el maletín y lo reconoceré mejor. Pero no se preocupe, no es nada serio. Le daré un sedante para que descanse y duerma un poco. Mañana amanecerá mejor y podrá ver a su médico.

GERARDO.—(*Respirando y hablando dificultosamente.*) Si no tengo más que un fuerte disgusto. Ya me pasará.

ERNESTO.—(*Reprimiéndolo.*) Te ha dicho el doctor mil veces que vivas tranquilamente, que no te sobresaltes por nada, pero tú no, qué va, tú insistes en enfermarte. (*Al doctor, aclarándole.*) Es el doctor Olivo el que ve a Gerardo, doctor.

DOCTOR.—Sí, él es especialista en estos casos. ¿Por qué no le han avisado?

ERNESTO.—Ahora está de vacaciones.

DOCTOR.—Entonces mañana me lo llevas tú al consultorio temprano. (*Cambiando de parecer.*) O no, mira, mejor lo llevas por la tarde, a las tres, a la clínica. (*Mirando a Gerardo.*) Así le hacemos un chequeo general.

ERNESTO.—Sí, doctor, cómo no.

DOCTOR.—(*Escribe algo en una tarjetita y se la da a Ernesto.*) Le das esto a la señorita del departamento de rayos X.

ERNESTO.—Bien, doctor. A las tres estaremos ahí.

DOCTOR.—(*Mirando a Gerardo.*) Si amanece bien, claro. (*Pausa. A Gerardo.*) ¿Y qué disgusto es ése que se llevó?

ERNESTO.—Una discusión que tuvimos. Pero yo no me imaginé que le iba a afectar así.

GERARDO.—(*A Ernesto.*) No, hombre, no fué por

eso. Es que vino tu mamá y yo no sabía cómo ayudarla.

ERNESTO.—¿Mi mamá?

GERARDO.—Sí. ¿No ves que te moriste y ella quería ver el cuarto este. *(El doctor le lanza a Ernesto una mirada interrogativa, pero éste le hace saber con algún gesto que no sabe nada.)* Vino a pedirle a la Federación de Estudiantes que le mandaran a buscar tu cadáver. *(Con mucho dolor.)* Y nos decía que a unos negocitos. *(Ernesto quiere decirle algo, pero el doctor se lo impide con algún gesto.)*

DOCTOR.—*(A Gerardo.)* Bueno, pero por ahora no piense más. Trate de descansar un momento. *(Mira su reloj, se levanta y de un brazo se lleva a Ernesto aparte, para decirle.)* Este muchacho está malo, aunque más que nada de nervios. Yo, francamente, creo que no hay peligro. Al menos por ahora. Lo que sucede es que estas crisis nerviosas son lo peor que puede haber para su enfermedad. Debería irse a reposar a su casa este muchacho.

ERNESTO.—Si yo se lo he dicho, doctor, pero no hace caso. Ya ve usted cómo está con sus imaginaciones. Se ha hecho un mundo para él solo y no hay quien lo saque de ahí. Está todo confundido.

DOCTOR.—Sí, pero no hay que llevarle la contraria. Más bien invítalo a que razone la cosa por sí solo.

ERNESTO.—Si él es muy inteligente, doctor; razona, pero con todo y eso no quiere darse por enterado.

DOCTOR.—*(Agarrando a Ernesto paternalmente del brazo y llevándolo a la cama de Gerardo.)* Bueno, ven, vamos donde él.

(El doctor va a la cama de Gerardo y lo vuelve a auscultar directamente con la oreja. Pepe entonces le hace señas a Ernesto y se lo lleva a una esquina, al lado de la ventana, y en voz baja le dice.)

PEPE.—Oye, ¿no crees que debemos llamar a un sacerdote?

ERNESTO.—*(Extrañado.)* ¿Para qué?

PEPE.—Sería una gran responsabilidad para nosotros si le pasara algo a Gerardo sin recibir los sacramentos. Yo soy de opinión que lo debemos llamar. Tú ¿qué dices?

ERNESTO.—*(Medio bravo.)* Que a Gerardo no le va a pasar nada. *(Se separa bruscamente de su lado y va a reunirse con el doctor y Gerardo. Pepe se queda ahí, cerca de la ventana.)*

DOCTOR.—*(Continuando una conversación cuyo principio no oímos por estar atendiendo a Pepe y a Ernesto.)* Olvídense de eso, que es pura imaginación suya. A Ernesto no le ha pasado nada. Mírelo usted; está aquí. *(Se lo señala con algún gesto.)*

(Gerardo vuelve a ver a Ernesto. Quiere hablarle, pero la disnea no se lo permite.)

DOCTOR.—No se empeñe en hablar. Descanse.

GERARDO.—*(Venciendo la disnea.)* Pero con ese frío. Casi era de esperarse. ¿Son muy dolorosas las neumonías distelectásicas?

ERNESTO.—¿Las neumonías distelectásicas? ¿Por qué? *(Cayendo en la cuenta de pronto.)* ¿Cómo? ¿Es que yo morí de neumonía distelectásica? *(Gerardo asiente con la cabeza.)* Mira... *(Medio riéndose y sentándose en la cama para mejor convencerlo.)* ¿No sabes tú que ésa es una enfermedad que les da sólo a los niños recién nacidos? *(Al doctor.)* Es la enfermedad que no su-

pe describir en el examen de la beca. Yo no sé a qué horas se le metió a éste. (*A Gerardo.*) Además, en los Estados Unidos no hace frío ahora. Allá están en verano. ¿No ves que las estaciones son contrarias? Eso lo sabes tú, Gerardo. Cualquiera niño lo sabe. Analiza el asunto con calma, con inteligencia; suma los acontecimientos y verás que todo es imaginación tuya.

GERARDO.—Lo mismo, lo mismo me dice Celia, pero de la otra parte.

(*Cuando oye el doctor el nombre de su hija vuelve la vista a Ernesto, como pidiendo explicación.*)

ERNESTO.—(*Al doctor.*) Después se lo explicaré, doctor. (*A Gerardo.*) Pero yo te doy los hechos.

GERARDO.—Lo mismo en la otra parte, hombre, lo mismo. Todo estaba a punto de resolverse. Si no hubieran entrado ustedes. Yo me iba a arriesgar. Ahora quizás ya no lo quiera hacer y no sabré la verdad nunca.

ERNESTO.—Ya no hables más, Gerar, que te hace daño. Procura olvidarte de esas cosas. Verás cómo se te aclarará todo.

GERARDO.—(*Dándose por vencido.*) A lo mejor han hecho bien ustedes interrumpiéndome. Si el sueño es éste, como parece, porque no me vas a negar que esto parece una pesadilla, me hubiera muerto del todo. (*Reflexionando.*) Y si es aquél, hubiera perdido a Celia. (*Cada vez con más dolor.*) Hubiera perdido a Celia. La hubiera perdido para siempre. (*Llamando, no muy alto.*) ¡Celia!

(*Al oír otra vez el nombre de su hija, el doctor vuelve a mirar su reloj. Inmediatamente comienza a sonar la música. Después de un rato, bastante largo en el que el doctor mira a menudo su reloj y en el que, junto con el público, comien-*

za a impacientarse nerviosamente, se oye que tocan a la puerta con los mismos intervalos de antes, sin exagerar la similitud sin embargo.)

DOCTOR.—Al fin. Esa debe de ser Celia. (*A Ernesto.*) Abrele.

GERARDO.—(*Con la respiración ya sumamente alterada.*) ¡Al fin!

(*Pepe, que continuaba cerca de la ventana observando la escena, hace un primer gesto para ir a abrir la puerta, pero Ernesto le hace señas que no vaya. Pepe obedece y regresa a su sitio.*)

ERNESTO.—(*Llamando al doctor aparte.*) Doctor. Que no entre Celia, doctor; el choque le puede hacer daño. Después le explicaré el asunto, pero no conviene que la vea.

(*A todo esto, Celia ha seguido tocando a la puerta. Desde el primer momento, Gerardo se sobresaltó, e, incorporándose, quedó llevando la mirada de la cómoda a la puerta y de la puerta a la cómoda. Cuando el doctor regresa otra vez a la cama de Gerardo, después de hablar con Ernesto y quedar un poco confuso por lo que éste le dijo, la música se ha hecho ya muy patente. Gerardo, entonces, intenta bajarse de la cama, pero el doctor no se lo permite, en vista de su estado, que cada vez se pone peor.*)

GERARDO.—¡Abranle! ¡Abranle, que si no se dispara y la pierdo para siempre!

ERNESTO.—(*Bastante nervioso él mismo.*) Cálmaté. No es Celia.

GERARDO.—¡Sí, es Celia!

CELIA.—(*Desde el otro lado de la puerta.*) ¡Papá! ¡No están ahí?

GERARDO.—¡No oyes? ¡No oyes? ¡Es Celia! ¡Abrele, pronto! ¡Antes que sea demasiado tarde!

DOCTOR.—(*A Ernesto. Luchando con Gerardo, que intenta levantarse de la cama.*) ¡Que te dé el maletín, rápido!

(*Ernesto va a abrir la puerta.*)

GERARDO.—(*Mirando hacia la cómoda.*) ¡No, tonto, no! (*Ernesto, creyendo que la cosa era con él, desiste de su intención de ir a abrir la puerta. Al verlo, le dice Gerardo.*) ¡Sí, abre, que no es contigo! ¡Abre! (*Agarrándose la garganta, ahogándose.*)

(*Antes de llegar a abrir la puerta, porque Ernesto se había olvidado en su nerviosismo que estaba cerrada con tranca, se oye un tiro. La música cesa de pronto. Pepe vuelve a ver por la ventana, por donde había entrado el ruido. Ernesto, por fin, abre la puerta y toma el maletín que traía Celia.*)

CELIA.—(*Refiriéndose al ruido.*) ¡Huy, qué susto! ¡Qué fué eso?

PEPE.—(*A Celia.*) Fué una llanta de carro.

(*Cuando sonó el tiro, Gerardo murió, naturalmente, pero nadie más que el doctor se ha dado cuenta de ello.*)

DOCTOR.—¡Ernesto, pásame la adrenalina!

(*El primer gesto de Ernesto fué el de correr hacia Gerardo, sospechando la verdad, pero se arrepiente y regresa a traerle la inyección de adrenalina del maletín que había dejado en el suelo. El doctor inyecta rápidamente a Gerardo, pero el estimulante cardíaco no hace efecto. Pepe ha quedado como hipnotizado. Ernesto exterioriza su sentimiento en rabia, disgusto.*)

CELIA.—(*Horrorizada ante el espectáculo.*) ¡¡Aquí huele a pólvora, Ernesto!!

ERNESTO.—(*Disgustado.*) ¡Vente, vámonos de aquí!

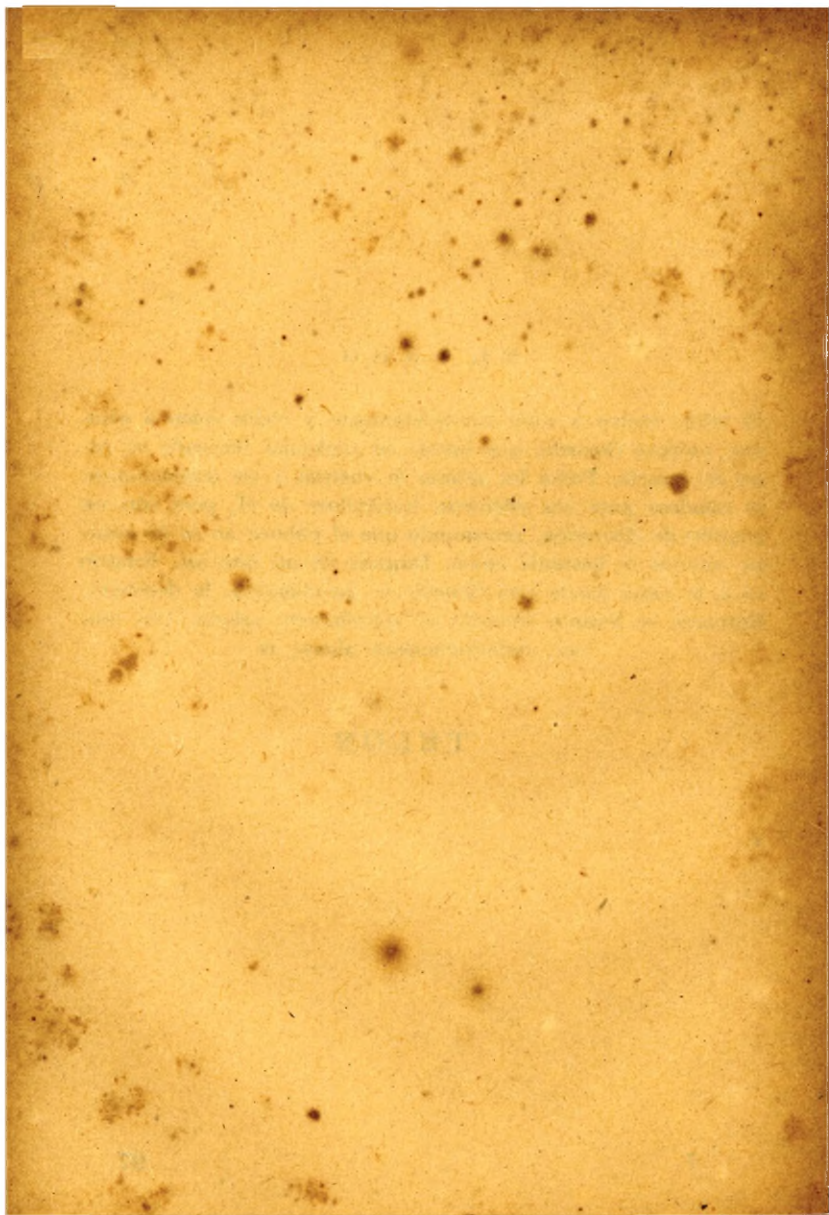
(Celia, trémula, medio histérica, se abraza a Ernesto. Tiernamente, amorosamente, lentamente, salen los dos, abrazados. El doctor, entonces, con serenidad profesional, marca un número por teléfono, y cae el.

TELON

EL R A B O

El telón vuelve a subir inmediatamente y todos salen a saludar, excepto Gerardo, que insiste en continuar haciendo su papel de muerto. Todos los actores lo vuelven a ver solapadamente riéndose para sus adentros, burlándose de él, pero con un poquito de discreción, procurando que el público no se dé cuenta, aunque es bastante obvio. Después de un rato así, Ernesto va a la cama donde está Gerardo y, sacudiéndolo, lo despierta. Entonces se levanta Gerardo y, sonriéndose, saluda. Cae otra vez, definitivamente ahora, el

TELON



LA PERRERA

Drama en un acto.

A Armando Díaz Wong

P E R S O N A J E S

(según el orden en que aparecen)

CARLOS.

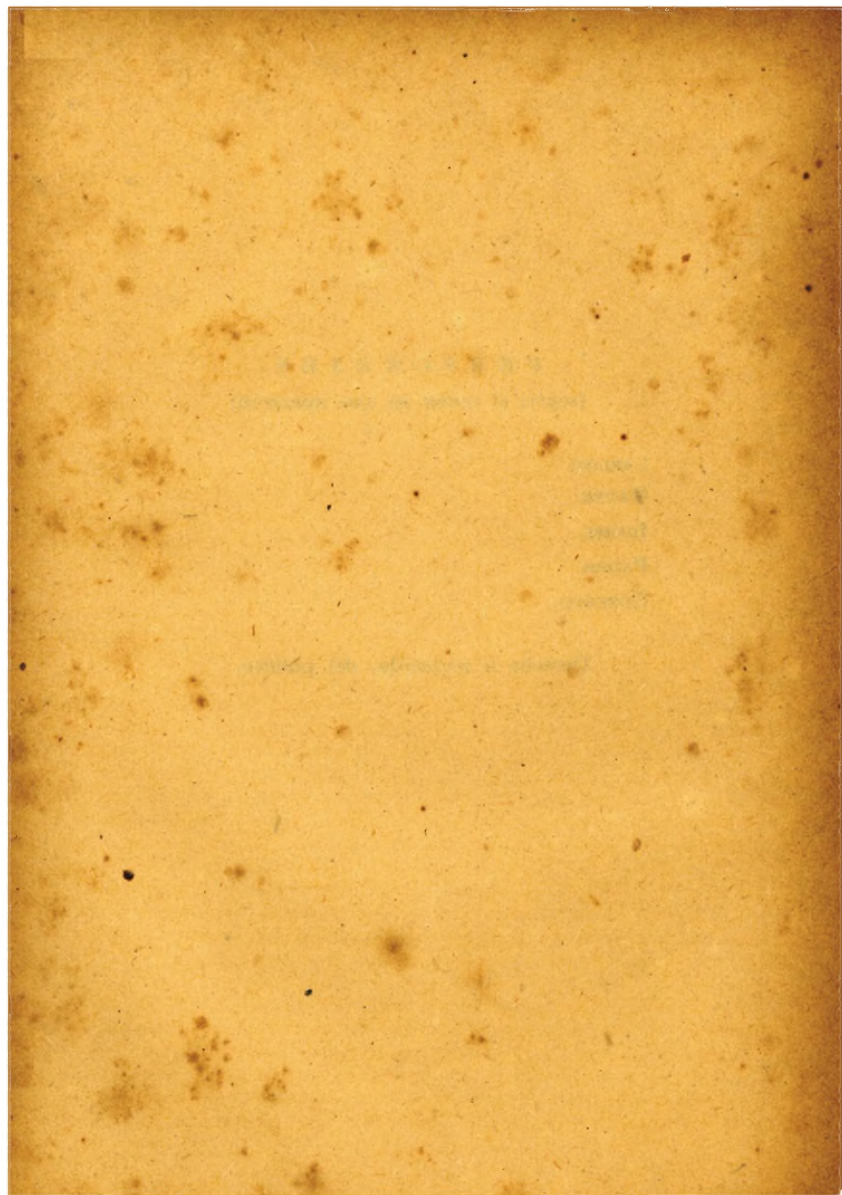
MADRE.

ISABEL.

PADRE.

ROBERTO.

Derecha e izquierda, del público.



ACTO UNICO

El escenario está dividido idealmente en dos partes. Los actores habrán de respetar esa delgada frontera invisible, limitando rigurosamente su radio de acción a sus respectivas partes. La de la derecha está amueblada de manera que representa una sala muy lujosa. En la pared del fondo, pero en la parte que le pertenece, hay una ventana. En el tabique lateral de derecha una puerta que comunica con el resto de la casa. La parte de la izquierda, en cambio, representa una sala comedor muy pobre, casi miserable. Hay también una puerta lateral y, simétricamente situada con la de la otra parte, una ventana. La puerta principal, en el medio de la pared del fondo, servirá a ambas partes. Fijándose bien en la disposición de las ventanas y de la puerta principal, se puede encontrar alguna semejanza con una calavera vista desde dentro, siendo las ventanas las cavidades de los ojos y la puerta principal el hueco de la nariz. Cuando sube el telón, Carlos, joven interiormente derrotado, a pesar de su externa arrogancia y fuerte contextura—tiene veinticinco años—, está sentado junto a una mesita en la parte izquierda del escenario. Arregla una plancha eléctrica. Viste un overol viejo, manchado de grasa. A menudo se rasca la nariz. Es un mal hábito que tiene. Carlos aprovecha lo difícil que se le presenta la compostura de la plancha para descargar ese mal humor que lleva ya por dentro. Una lamparita cerca de él, sobre la mesita, es toda la iluminación que hay en esa parte del escenario. Por el contrario, a la derecha, muchas lámparas lujosas, todas ellas encendidas, alumbran un ambiente de bienestar y de prosperidad económica. Es curioso cómo esta luz no llega hasta la parte izquierda, pobremente iluminada. En el medio de esta luz de la parte derecha, pero apagada, lenta, pensativa, meciéndose en una mecedora antigua—único mueble viejo entre tanto lujo, y del cual hay una réplica exacta en el

lado izquierdo—, está la madre de Carlos tejiendo un suéter color marrón. Su presencia armoniza lejanamente con la de Carlos. Dos veces madre, los años han pasado sobre esta señora dejándole un sedimento de externa serenidad y resignación. Penélope engañada, porque nadie habrá de llegar, teje y desteje el suéter. Después de un rato, por la puerta lateral de la izquierda, aparece Isabel, el otro de sus hijos, la hermana de Carlos. Cubriéndole los cabellos, como es costumbre de las mujeres cuando trabajan, lleva un pañuelo viejo de gasa azul que todavía conserva algunas lentejuelas de plata pegadas que nos dicen de su antiguo estado. Viste también ropa vieja y sucia. Su semblante denota disgusto y mal genio, ese disgusto y mal genio que en la gente acostumbrada a trabajar no es más que cansancio. Después de limpiarse la frente y de desentumecerse los brazos, agobiados por el trabajo, pregunta a su hermano con preocupación, casi con una ternura de la que no la creíamos capaz.

ISABEL.—¿Alcanzaste a comer, Carlos?

CARLOS.—¿Mmmm? Ah, sí. Esta idiota máquina.

A ver si tratan bien las cosas de ahora en adelante. (*Después de una pausa, con un sentimiento del que tampoco lo creíamos digno.*) ¿Cómo sigue el viejo?

ISABEL.—(*Sin importarle la suerte de su padre.*)

Igual. Mamá le está poniendo compresas. (*Volviendo a ver hacia la puerta lateral de donde había salido.*) No se despega de su lado. ¿Has visto?

CARLOS.—(*Mirando también hacia la puerta.*) Pero ella debe dormir, si no se va a enfermar también.

Lleva un montón de días... (*Levantándose y yendo hacia la puerta.*) Yo no creo justo que ella se sacrifique así.

ISABEL.—(*Deteniéndolo rápidamente.*) No, déjala, se ofendería.

CARLOS.—(*Cediendo.*) Sí, sí. Tienes razón. Es demasiado noble para abandonarlo ahora. De todos modos, yo no creo justo que ella se sacrifique así.

(*Carlos vuelve a su desagradable tarea de com-*

poner la máquina, pero Isabel se ha llevado la lamparita hacia un baúl que había por ahí y busca en él algo.)

CARLOS.—Trae acá la lámpara. *(Se la lleva otra vez a la mesa. Isabel continúa buscando en la oscuridad. Después de un rato.)* ¿Qué buscas a estas horas?

ISABEL.—Nada. Una cosa. *(Buscándola en el baúl sin encontrarla.)* ¿No sabes dónde pusimos aquella cajita que me regaló la tía?

CARLOS.—¿Cajitas a medianoche! Debe de estar ahí, en el baúl.

ISABEL.—No la encuentro. Ayúdame a buscarla, ¿quieres?

CARLOS.—Pero ¿para qué quieres eso ahora, a medianoche? Toda la familia se ha vuelto rara desde que nos mudamos aquí. *(Viendo la parte del escenario que le corresponde.)* La perrera. Es un gran nombre. *(Sarcásticamente.)* Lo único que nos hace falta es ladrar. Sí, señor. Ladrar, es lo único.

ISABEL.—*(Sin dejar de buscar.)* ¿Grosero! *(Se abre la puerta lateral de la izquierda y se asoma el padre de la casa, vestido con pijama y descalzo. No llega a salir del todo, sin embargo, porque, alguien que no vemos del otro lado de la puerta, lo hala para adentro y se lo lleva.)*

PADRE.—*(Se le comienza a oír desde antes de asomarse a la puerta y se le sigue oyendo después de haber sido entrado.)* ¿No tengo nada, te digo! ¿Suéltame! ¿Tengo que ir a trabajar! ¿Dónde está Carlos? ¿Suéltame! ¿Carlos, dile a tu madre! ¿Suéltame, te digo! ¿Que me sueltes! ¿No tengo nada!

(Carlos, desde que oyó las voces de su padre, se levantó y permaneció parado. Cuando abrió la puerta lo quedó mirando, inmóvil; pero como

viera que trataba con alguna violencia a la persona que lo estaba tratando de meter otra vez, corre hacia la puerta. Isabel lo detiene antes de poder entrar.)

CARLOS.—*(Gritando desde la puerta.) ¡Déjalo, mamá! ¡Déjalo ya! (Comprende a su hermana y cede de sus intenciones de ir a socorrer a su madre.) ¡Es injusto, te digo, es injusto que ella se sacrifique así!*

ISABEL.—El no tiene la culpa de tener esa fiebre, Carlos.

CARLOS.—Ya sé, pero sí la tiene de sus excesos. Mamá se lo advertía. Todo el mundo se lo advertía. Y de todos modos, ¿por qué tiene que pagarlo mamá?

ISABEL.—Es su obligación, Carlos.

CARLOS.—Sí, ya sé. Ya sé.

(Lentamente, los dos regresan a lo de antes. Carlos a su máquina e Isabel a su baúl. Después de un rato, dice Carlos, con un sarcasmo que todavía tiene mucho del malestar que le produjo la escena de su padre.)

CARLOS.—¿No te dije que lo único que nos faltaba era ladrar? Pues ya ladramos. La perrera. Sí, señor. Un gran nombre.

(Después de un rato, no se sabe si por compasión o por excusa de dejar a un lado la máquina que le acababa de ofrecer una nueva dificultad, va Carlos con la lamparita a ayudar a su hermana, que continuaba buscando en el baúl.)

CARLOS.—A ver. Déjame ayudarte. *(Le da la lamparita para que la sostenga.)* Ten.

ISABEL.—*(Cediéndole la búsqueda.)* Deberíamos guardar este baúl en otra parte.

CARLOS.—*(No preguntándolo, ordenándolo.)* ¿No me pedirás que lo haga ahora?

ISABEL.—Ya no podemos ser perezosos, Carlos.

CARLOS.—Eso. Llámame perezoso a mí, que soy el que mantengo la casa. ¿Tú crees que no cansa manejar un camión de ocho toneladas todo el día? *(De todos modos, intenta mover el baúl, pero lo encuentra muy pesado.)* Está muy pesado esto.

ISABEL.—Déjalo. Mañana lo haremos juntos. *(Encontrando y sacando su cajita.)* ¡Oh, mira, aquí está! *(Es una de esas cajitas labradas para guardar joyas.)*

CARLOS.—¿Qué guardas ahí? *(Sarcásticamente.)* No serán joyas.

ISABEL.—Una cosa. *(Carlos, medio en broma, intenta arrebatarle la cajita, pero Isabel reacciona violentamente.)* ¡No!

(Carlos la mira como con lástima, mientras Isabel, apretándose la cajita contra el pecho, se marcha por la puerta lateral de la izquierda. En el camino ha abierto la cajita, oliéndola enamorada por dentro.)

CARLOS.—*(Como recordando algo repentinamente.)* ¡Isabel! *(Pero Isabel, completamente abstraída, ni lo oye, y hace mutis. Carlos recuerda ahora la tarea que lo ocupaba y vuelve a ella con el natural disgusto. Llega decidido a arreglar la plancha de una vez por todas, aunque le tenga que sacrificar el resto de la noche.)*

(En la otra parte del escenario, la madre continuaba tejiendo el sweater color marrón. Entra entonces su esposo, el padre, por la puerta principal y va hacia la derecha. Ahora sí lo podemos ver bien. Es un gordo, próspero burgués llegando a viejo. También tiene el hábito de rascarse la nariz de vez en cuando. Viene un poco tomado.)

PADRE.—*(Guarda las llaves con un buen humor que se le cuaja repentinamente al ver a su esposa.)*

¿Todavía estás despierta? (*La madre lo vuelve a ver, pero no le dice nada.*) Deberías haberte ido a dormir desde hace tiempo.

MADRE.—(*Sin mirarlo. Tejiendo.*) Espero a los niños.

PADRE.—¿Cómo, no han venido todavía? ¿Dónde están?

MADRE.—Isabel está en casa de la tía.

PADRE.—(*Al ver que no salía de su esposa el decirselo.*) ¿Y Carlos?

MADRE.—Con sus amigos.

PADRE.—Pero debes dormir. Es injusto que te sacrifiques así por ellos. Ellos se pueden cuidar ya y saben lo que hacen. (*La madre lo vuelve a ver, pero no le dice nada.*) Sin embargo, estoy preocupado por Carlos. No hace nada ese muchacho. Se pasa la vida divirtiéndose y emborrachándose. De todos modos, yo no creo justo que te sacrifiques así.

MADRE.—Es que Carlos te quiere mucho. Te imita en todo. En tu manera de hablar. Hasta en tu manera de rascarte la nariz.

PADRE.—(*Ofendido.*) ¿Es que acaso yo soy borracho?

MADRE.—No, pero como te quedas fuera todas las noches, él se lo imagina. (*Pausa. En voz más baja.*) Y te hace mucho daño para el hígado.

PADRE.—Pero tú debes contarle cómo trabajaba yo a su edad. ¿Por qué no me imita en eso? ¿Por qué no le muestras aquellos overoles míos llenos de grasa?

MADRE.—(*Como siempre. Tejiendo.*) Sí. Se los mostré el otro día. (*Viéndolo a la cara.*) Se rió, querido. Se rió y me dió miedo.

PADRE.—(*Sin dejarse infectar del repentino terror de su señora.*) Bueno, bueno. Tampoco es para asustarse. Ya encontrará su camino. Yo también estuve un poco desperdigado cuando joven. Pero

un día me dieron ganas de hacerme rico y... ya ves. (*Sonándose los dedos.*) En un santiamén. También a él le vendrá ésta, ¿cómo te diría?, estas ganas de trabajar seriamente.

MADRE.—(*Dándole un sentido enteramente diferente a la frase.*) Sí. Ya le vendrá.

(*En esos momentos, en la otra parte del escenario, Carlos se encuentra con otra dificultad en la plancha, pero, a pesar del mal genio que le produce, regresa con él decidido a componerla.*)

PADRE.—Siempre recuerdo aquellos días. (*Con satisfacción.*) Sí, señor, fueron buenos días aquéllos. Dos camioncitos nada más. Un Ford y un Chevrolet. Destartalados, viejos. ¿Recuerdas el amarillo? Te llevé a pasear en él una vez. ¿No me vas a negar que te hice una impresión agradable?

MADRE.—Sí, te veías muy bien aquel domingo. Fuimos a una feria. Ya desde entonces te rascabas la nariz. (*A la sazón lo hacía. Lo mira por un instante con todo el amor que le tuvo cuando joven y que ya no le pertenecía. La madre se da cuenta de esto e inmediatamente baja los ojos y prosigue su labor.*)

PADRE.—Sí, señor. Aquéllos eran buenos días. Creo que era el Ford, ¿verdad?

MADRE.—No. El Ford era rojo. El amarillo era el Chevrolet.

PADRE.—Sí, era el Chevrolet, el que más ruido hacía. Parecía un avión. (*Pequeña pausa. Recuerda con agrado.*) Sí, señor. Es extraordinario lo que sale de esa mezcla: veinticinco años, dos camioncitos viejos y mucha ambición. (*Con un poco de disgusto.*) ¿Por qué no le cuentas a Carlos eso? Que antes que estos vestidos usaba overoles. (*No espera contestación. Por otra parte, hubiera esperado en vano.*) Que me levanté solo, trabajando contra todos, como un burro, para rodear-

me de estas comodidades que él mismo disfruta ahora. (*Recordando.*) Solo. Completamente solo. Contra todos. (*Se sirve una copita.*) Bueno, al principio, con aquel muchacho socio mío. No sé si lo llegaste a conocer: Beto.

MADRE.—Roberto Méndez. Siempre me hablas de él.

PADRE.—Sí. Eso. Roberto Méndez. El gran Beto. (*Se bebe el licor. Después.*) Sí, señor. El gran Beto. (*Pero no quiere acordarse de su amigo con el placer con que lo está haciendo y se sacude disgustado quién sabe qué pensamientos.*) Era demasiado sentimental. En los negocios no cabe el sentimentalismo.

MADRE.—(*Como siempre. Tejiendo.*) ¿Nunca lo has vuelto a ver?

PADRE.—No. Nunca. No sé. El gustaba de mi hermana. Estaba enamorado de ella; francamente enamorado, el pobre. Ella también gustaba de él. Al menos lo parecía. (*Recuerda algo que viene a reforzar su pensamiento.*) Sí, sí, estoy seguro: ella gustaba de él. Pero tú sabes lo orgullosa que es la tía.

MADRE.—(*Con un poco de interés.*) ¿Sí? ¿Y sólo porque Beto era pobre...?

PADRE.—No. Beto no era tan pobre. No lo dije por eso. Eramos más pobres nosotros en ese tiempo. Estaba reciente la desgracia de mi padre. Beto estaba bien entonces. El fué el que puso los dos camiones. (*Rápidamente.*) Yo se los pagué luego, claro. La tía siempre ha sido así, muy orgullosa. Por eso es que se ha quedado solterona.

MADRE.—Tú no me habías contado lo de ella y Beto.

PADRE.—Sí. A mí me dolió después. Yo quería mucho a Beto. Pero en los negocios no cabe el sentimentalismo, te digo. A veces se hacen cosas que no parecen honradas, pero todo es parte del negocio. Hay que defenderse a como dé lugar. Hay

que pagar con la misma moneda con que le pagan a uno. El no entendía eso. En buena hora me separé de él. Mira tú: él, perdido quién sabe dónde; en cambio, yo, rodeado de las comodidades y cosas dignas de la vida. Con un cierto prestigio en el alto mundo de los negocios.

MADRE.—(*Como siempre. Tejiendo.*) ¿Qué tal estuvo el banquete de esta noche?

PADRE.—Muy bien. En honor del ministro. Da gusto sentirse importante entre esa gente. Sí, señor, mucho gusto. El mismo ministro se portó muy amable conmigo. Me preguntó por ti. Y el señor Echevarría, también estaba ahí. Dicen que es noble. Conde o algo así. Me acuerdo cuando yo no podía ni ambicionar a un saludo de ese viejo barbón. Esta noche se la pasó agradeciéndome un favorcito.

MADRE.—Se lo hiciste, naturalmente. El señor Echevarría se ha portado muy decente con los niños en varias ocasiones.

PADRE.—Sí, cómo no. Me había pedido empleo para no sé qué muchacho. Yo le dije que no tenía plaza vacante. (*La madre lo vuelve a ver, como regañándolo con la mirada.*) Pero sí, sí le di trabajo al muchacho. En realidad estaba necesitando un chofer para uno de esos camiones nuevos de ocho toneladas. No sé cómo ese viejo barbón ha triunfado, ¿sabes? Es un sentimentalista. Como Beto. Ha de haber heredado. Esa gente no sabe de la satisfacción que da el haber triunfado en la vida, contra todos. Sí, señor, contra todos. ¿Recuerdas el camioncito amarillo? (*Sin esperar contestación.*) Ahora tengo veinte. Ultimo modelo. Me gustaría que los viera Beto, así, alineaditos, con el simoniz reciente. Esas son las grandes cosas de la vida. (*Piensa con agrado en ello. Su señora lo vuelve a ver con tristeza.*)

(Tocan a la puerta principal. El único que oye es Carlos, que va a abrir. Entra Roberto, alto muchacho sentimental amigo suyo.)

CARLOS.—Quihubo, Beto.

ROBERTO.—¿Qué tal? ¿Qué haces?

CARLOS.—Aquí, arreglando una idiota plancha.

ROBERTO.—Pasaba, y como vi la luz...

CARLOS.—Acompáñame un momento y vamos luego a tomarnos una cerveza. Arrímate una silla.

(Roberto arrima una silla a la mesita y quedan charlando en silencio. De vez en cuando, y siempre con acierto, le hace algunas indicaciones sobre la plancha donde lo ve batallar. Está pendiente, además, de la puerta lateral de la izquierda, con cierto nerviosismo y ansiedad. Carlos se da cuenta de ello, pero lo disimula.)

PADRE.—*(Continuando, después de la pausa larga en la que pensó con agrado. Dándole ahora a la frase un matiz muy diferente al de antes. Como con un repentino sentimiento de venganza.)* Sí, señor, me gustaría que los viera Beto. Se acabaría de convencer. El mundo es solamente para los que tienen el estómago fuerte.

MADRE.—*(Como siempre. Tejiendo.)* ¿Por qué tienes tantos remordimientos, querido? Roberto se retiró del negocio porque le dió la gana.

PADRE.—¿Remordimientos? ¿Por qué voy a tener remordimientos? Si él se separó porque le dió la gana; desapareció, simplemente. Cuando no habíamos hecho nada todavía.

MADRE.—Por eso te digo. No debes tener remordimientos. Ni acordarte siquiera.

PADRE.—¿Por qué no? Fué un buen amigo. *(En tono despectivo, aunque quizás no hacia Roberto.)* Un buen amigo. *(Se sirve y toma otra copa rápidamente.)*

MADRE.—*(Sin haberlo visto. Adivinándolo.)* Y no de-

bes tomar tanto. Estás enfermo del hígado. Acuérdate de lo que te dijo el doctor.

PADRE.—(*En un tono diferente. Con ternura ahora.*) Sí, señor, un buen amigo.

(*Entra Isabel por la puerta principal y va a la derecha. Viene completamente transformada. Viste lujosamente algún traje de noche. Trae en una mano la misma cajita que hace poco, en la otra parte del escenario, buscaba ávidamente. En la otra mano trae una flor—una rosa—y un pañuelo de gasa azul con lentejuelas que brillan. Es el mismo pañuelo de antes, sólo que nuevo. Entra muy alegre, con las manos al aire, repartiendo juventud y bailando alguna música que canturrea.*)

PADRE.—(*Procurando inútilmente aparentar disgusto.*) ¡Estas no son horas de venir, Isabel!

ISABEL.—(*Siempre bailando y cantando.*) No, papito, no. (*A su madre.*) Hola, mamita. (*La besa.*)

MADRE.—(*Abrumada por sus caricias y besos, que le placen naturalmente.*) ¡Muchacha! ¿Por qué vienes tan tarde? (*Refiriéndose a la cajita.*) ¿Qué es eso que traes ahí?

ISABEL.—¿Esto? Es una cajita de joyas que me regaló la tía. Preciosa, ¿verdad? Estaba entre sus cosas viejas.

PADRE.—(*Queriendo ver, interesado, la cajita. Reconociéndola.*) A ver.

ISABEL.—(*A su padre. Refiriéndose a la flor.*) Y esto...

PADRE.—No. La cajita. Déjame verla.

ISABEL.—(*Entre broma y broma esconde la cajita tras de la espalda e insiste en mostrarle la flor. El padre cede, sin darle importancia al asunto.*) Y esto es una flor. Y no me la dió la tía. (*Poniéndosela en las narices de su padre.*) Huele. Y está perfumada. (*Imitándolo.*) Sí, señor, perfumada.

(Cantando y bailando se retira por la puerta lateral de la derecha. Su madre quedó viéndola aun después de haberse ido, satisfecha.)

PADRE.—*(Satisfecho también.)* ¡Qué muchacha está!

MADRE.—*(Como si la estuviera viendo todavía.)* Está enamorada.

PADRE.—No seas tonta. Es juventud nada más. «Ah, juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver. Cuando quiero llorar no lloro, y a veces lloro sin querer». Sí, señor. Hasta la poesía tiene su sitio en la vida, en su debido momento. ¿De quién está enamorada dices?

MADRE.—No sé. Pero está enamorada. Nunca la había visto así tan contenta antes. *(Sonriéndose.)* Son síntomas seguros. La canción en los labios, la flor.

PADRE.—¿Es así? ¿Tú recuerdas?

MADRE.—*(Viéndolo por un instante en los ojos, pero negándose dolorosamente a darle el amor que ya no era de él.)* Sí, creo que sí.

PADRE.—*(Después de una breve meditación.)* Pero no. ¡Qué va a estar enamorada! Ustedes las mujeres creen que todas son iguales, pero cada persona es un mundo aparte, diferente. ¿No lo voy a saber yo que manejo a cincuenta obreros?

MADRE.—*(Sin querer discutir.)* Sí, en parte.

PADRE.—Interiormente, es decir. Porque a la hora de pedir aumento de sueldo o vacaciones todos son iguales. Bribones. Comunistas. Me acaban de demandar cinco en el sindicato. Pero yo los fregaré, tú verás. Contra todos. *(Buscando unos papeles.)* Hay que tener el estómago fuerte, te digo. ¿No has visto tú unos papeles que dejé esta tarde por aquí? Yo los fregaré. Sí, señor. Tú verás.

MADRE.—Están ahí, debajo de la mesa.

PADRE.—*(Encontrando los papeles.)* Contra todos.

(Se sienta cómodamente a leer los papeles. Se pone unas gafas gruesas y enciende un puro. Ya cuando estaba sentado se vuelve a levantar para tomarse otra copita.)

MADRE.—Te estás envenenando.

PADRE.—*(Sin hacerle caso. Abstraído ya en la lectura de los papeles.)* Terroristas. Ya verán.

(Después de una pausa, para darle tiempo a Isabel a que se cambie, sale ésta por la puerta lateral de la izquierda. Viste otra vez la misma ropa andrajosa de antes.)

ROBERTO.—*(Parándose entusiasmado al verla. Era de ella que había estado pendiente.)* Buenas noches, Isabel.

ISABEL.—*(Con frialdad fingida, porque, en realidad, lo ama.)* Hola, Beto. ¿A estas horas?

ROBERTO.—Pasaba, y como vi luz... *(Se la queda mirando con cara de bobo.)*

ISABEL.—*(Al verlo así.)* Y, por favor, no me digas que me veo bien. *(Se pone a hacer, a buscar algo.)*

ROBERTO.—*(Después de un rato de silencio, pero sin dejar de mirarla.)* Se te ha roto un poco ese pañuelo, ¿no es cierto? *(Isabel no le contesta.)* Me acuerdo que antes tenía como flequitos, como pedacitos de plata pegados. *(Carlos lo mira, comprende y se sonríe. Continúa arreglando la plancha.)* Era muy bonito. Brillaba en la noche.

ISABEL.—*(Disimulando la emoción que le produce.)* Eres muy sentimental, Beto.

(En la otra parte del escenario, el padre, que leía los papeles, se limpia las gafas y dice, para sí mismo.)

PADRE.—Beto les hubiera concedido todo a estos bandidos. *(Su señora lo vuelve a ver, pero no le dice nada. El padre se enfrasca otra vez en la lectura.)*

(Roberto, golpeado por la frase de Isabel, busca

refugio en la cara de Carlos, pero éste le dice.)
CARLOS.—Sí, señor, eres muy sentimental. Y con eso no se va a ninguna parte en la vida.

PADRE.—*(Marcando violentamente con un lápiz o pluma algo en el papel.)* Pero no yo. Yo no comulgo con esas ideas sentimentales. Con eso y estos bandidos no se va a ninguna parte.

ROBERTO.—*(Tomando fuerzas, se dirige otra vez a Isabel, que continúa entretenida haciendo algo.)*
Recuerdo aquella noche, Isabel.

ISABEL.—¿Cuál noche?

ROBERTO.—Nunca quieres hablar de ella, es curioso. No puedes haberte olvidado. *(Isabel no le responde.)* Aquella noche que por casualidad nos conocimos en casa de tu tía. Yo había ido ahí por un encargo de mi padre. Creo que conoció a tu tía cuando eran jóvenes. ¿Recuerdas? Después te fui a dejar a tu casa. Tu misma tía me lo pidió. Se debió de haber dado cuenta, porque sus ojos le brillaban. Había rosas en el jardín. Tú, ¿no recuerdas? *(Isabel le está dando la espalda y le disimula esas expresiones de dolor que el público puede apreciar, pero no ha podido continuar haciendo lo que la ocupaba y queda inmóvil. Carlos vuelve a ver a Roberto y se sonríe. Este continúa sin interrupción.)* Yo te corté una que tú me dijiste que guardarías en aquella cajita que te dió tu tía. *(Carlos lo vuelve a ver, seriamente ahora. Después sonríe.)*

ISABEL.—*(Bien que lo recuerda. Volviendo a su tarea de antes.)* No recuerdo nada.

ROBERTO.—Permanecí largo tiempo rondando tu casa. No me podía ir. *(Una pausa de silencio. Isabel vuelve a quedar inmóvil.)* Después de un rato oí que tocabas el piano.

(Se oye que tocan en piano «El claro de luna», de Beethoven, detrás de la puerta de la derecha.)

Solamente el padre y la madre pueden oír la música. La madre se levanta—con alguna dificultad—y abre la puerta para asomarse. En ese momento, la música, como es natural, crece en volumen. Ahora sí parece que también Isabel la oyerá, pero como en sueños. El padre también se levanta a asomarse.)

PADRE.—(*A su señora. Extrañado.*) ¿Isabel?

MADRE.—¿No te dije? Está enamorada.

PADRE.—¿Qué bien toca esa muchacha! Como nos descuidemos será una gran artista.

ISABEL.—(*Después de la pausa en la que oye, en la que recuerda.*) «El claro de luna».

(*La madre, al ir a sentarse otra vez a su mecedora, ve algo por la ventana y se asoma curiosa, pero no le presta mucho cuidado.*)

ROBERTO.—Sí. «El claro de luna». Nunca olvidaré esa pieza. Después alguien se asomó por la ventana (*coincide con el asomamiento de la madre*), y yo me fuí. Pero ya sabía.

(*El padre, al ver que su señora se había asomado a la ventana, va también a ella.*)

PADRE.—¿Qué!, ¿hay alguien allá afuera?

MADRE.—No. Era una sombra.

ISABEL.—Aquellos eran otros tiempos, otras condiciones. (*Violentemente, viéndose las manos toscas por el trabajo.*) ¡¡Yo ya no sabría, ya no podría tocar!! (*La música cesa repentinamente. Isabel prorrumpe en llanto.*)

PADRE.—Ahora deja de tocar. Qué muchacha más rara.

MADRE.—(*Comprendiéndolo todo.*) Es completamente normal. No la vayas a ir a molestar.

(*Roberto intenta consolar a Isabel, pero ésta no se deja y se marcha por la puerta lateral de la izquierda.*)

MADRE.—Vete a acostar. Yo esperaré a Carlos.

PADRE.—No. Tengo que estudiar la demanda de esos cinco sinvergüenzas. (*Se sirve y toma otra copita, pero ésta le hace daño y tose.*)

MADRE.—¡Te estás envenenando!

(*El padre regresa otra vez a sentarse cómodamente, con sus gafas y su puro, a leer los papeles.*)

ROBERTO.—(*Desanimado por los sucesos.*) Perdóname, Carlos. Ya te he contado.

CARLOS.—No tiene importancia, Beto. Ya sé.

ROBERTO.—Yo no sé cómo Isabel pudo cambiar tanto.

CARLOS.—(*Que continuaba todavía batallando con la máquina.*) Se ha vuelto muy rara. Desde que vivimos en esta perrera, todos nos hemos vuelto raros. La perrera. Un gran nombre. Sí, señor. Y es que, además, a las mujeres no les gusta nada de ese sentimentalismo. Mira, haz como yo. El otro día conocí a una chica, la llevé a la feria el domingo en el camioncito amarillo, en el Chevrolet, que no tiene mofle y hace un ruido de avión, y (*sonándose los dedos*) ya la tengo en los bolsillos, como quien dice. Sí, señor, a las mujeres lo que les gusta es la acción. Le dije que sería rico, que haré grandes cosas, y me lo creyó, porque es cierto.

ROBERTO.—(*Sonriéndose. Abatido.*) ¡Así es que me aconsejas que invite a pasear a tu hermana en el camión amarillo?

CARLOS.—Lo que yo te digo es que te portes como hombre duro, de estómago fuerte.

ROBERTO.—¡Qué tiene que ver el estómago con esto?

CARLOS.—El estómago tiene que ver con todo, desde un punto de vista simbólico, claro. (*Pensando.*) Y no creas, no tan simbólico.

ROBERTO.—(*Queriendo cambiar de tema de conversación.*) ¡Cómo sigue tu papá?

CARLOS.—(*Molesto por la referencia a su padre.*) Ese de lo que está enfermo es del hígado.

ROBERTO.—(*Rápidamente.*) No lo dije por eso, Carlos.

CARLOS.—Sí, ya sé. Sigue igual. Es que ha trabajado mucho ese pobre viejo y ya no da para más. Ahora está pagando todos sus pecados.

ROBERTO.—No digas eso.

CARLOS.—Sus excesos, quiero decir. Bebía como un pez. Además, como te digo, ha trabajado mucho. (*Recordando. Con buenos sentimientos.*) Antes, cuando vivíamos en la casa de enfrente, se quedaba a veces trabajando toda la noche, con sus gafas gruesas y un puro. Así recuerdo yo haberlo encontrado cuando venía a medianoche a casa después de mis parrandas. Mi madre lo acompañaba tejiendo. Ella siempre esperó de él algo más. O, quizás ya no esperaba. No sé. (*Después de una pausa en la que había caído meditabundo. Despertando.*) Pero nada de sentimentalismo. Ya te he dicho que el mundo está hecho para los hombres que tienen el estómago fuerte. (*Recordando otra vez repentinamente, melancólicamente. Mirando hacia la puerta de la izquierda.*) El me decía eso, ¿sabes? (*Pero se resiste a la melancolía, sacudiéndosela de la cabeza.*) Tengo el proyecto bien avanzado.

ROBERTO.—¿Cuál proyecto?

CARLOS.—El del incendio, ¿cuál más?

ROBERTO.—(*Resistiéndose a creerle.*) Oye, pero ¿tú de veras que piensas en eso seriamente?

CARLOS.—Claro que sí, ¿si no por qué crees que me hice conseguir ese trabajo en el garage a través del viejo barbón de Echevarría? (*Roberto lo mira fijamente, sin querer creerle.*) ¡Esta es la gran oportunidad, Beto!

ROBERTO.—¡Tú sí que eres audaz!

ROBERTO.—Sí, puede ser.

(Se oye un grito espantoso de Isabel a través de la puerta de la izquierda.)

ROBERTO.—¡Isabel! *(Corre, junto con Carlos, hacia la puerta, pero Isabel les sale al encuentro y se arroja a los brazos de su hermano.)*

ISABEL.—¡Papá, Carlos, papá! *(Carlos hace un primer gesto para ir a ver qué le pasa a su padre, pero Isabel lo detiene, hablando entre llanto y llanto.)* No. Ya es muy tarde.

CARLOS.—*(Horrorizado.)* ¡Pero mamá! ¡Hay que ir a sacar a mamá de ahí!

ROBERTO.—*(Deteniéndolo.)* Déjala mejor. Será mejor por ahora.

CARLOS.—*(Librándose de Isabel, que se sienta en cualquier parte a llorar, dice a Roberto con la fuerza y decisión en que ha transformado el golpe de la muerte de su padre.)* Esta noche, ¿me oyes? Esta noche es la noche.

ROBERTO.—Cálmate, Carlos.

CARLOS.—*(Calmándose repentinamente, extrañamente. Calculando para sus adentros se rasca la nariz y dice.)* Si no puedo estar más calmado. Esta noche. Nadie sospecharía. No se atreverían a hacerlo.

ROBERTO.—No, Carlos, no. No dejes sola a tu madre. Y menos en esta noche.

CARLOS.—*(Hablando lentamente, decidido.)* Esta noche es la noche. Sí, señor. *(Animándose de pronto, va hacia la puerta principal. En el camino, sin mirarlo, le dice a Roberto.)* ¿Vienes? *(Saca de alguna parte donde no se veía un sweater color marrón y se enrosca al cuello las mangas, dejándose el resto cubrirle las espaldas. El sweater debe tener tejido algún adorno en el pecho que llame la atención. Mientras se lo pone, dice sarcásticamente.)* Aunque no hará frío, cier-

tamente. (*Ya en la puerta, vuelve a ver a Roberto, y le dice.*) Bueno, ¿quihubo? ¿Vienes o no vienes?

ROBERTO.—No hagas ninguna tontería, Carlos. Recapacita. Piensa que...

CARLOS.—(*Interrumpiéndolo. Decidido.*) ¿Vienes o no vienes?

ROBERTO.—(*Mira a Isabel, que llora desconsoladamente, y dice.*) No, Carlos. No voy. (*Violentamente ahora, como si por un momento hubiera considerado la posibilidad de ir y quisiera ahora retomar el terreno perdido.*) ¡Naturalmente que no voy! (*Carlos lo mira un momento en silencio. Quiere decirle algo, pero se arrepiente y hace mutis.*)

ISABEL.—(*Saliendo, húmeda y trémula, del llanto.*) ¿Adónde fué Carlos?

ROBERTO.—(*Preocupado. Viendo hacia la puerta.*) No te preocupes. Regresará en seguida. (*Para sí mismo, aunque en voz alta.*) No se atreverá. No es tan tonto. (*A Isabel, despreocupado ya.*) No te preocupes, Isabel. Carlos regresará en seguida. (*La mira cómo en silencio se va amarrando uno a uno sus nervios rotos.*) Déjame ayudarte, Isabel.

ISABEL.—¿Qué puedes hacer tú, Beto, en tanta desgracia?

ROBERTO.—Tú sabes, Isabel, que yo, desde hace tiempo...

ISABEL.—(*Queriendo por un momento regresar al llanto, pero conteniéndose.*) No me hables de eso ahora. Eso ya no puede ser.

ROBERTO.—Yo no tengo mucho que ofrecerte, es cierto...

ISABEL.—(*Mirándolo amorosamente a los ojos.*) No, Beto, no. Tú sabes que no es por eso.

ROBERTO.—¿Por qué, entonces?

ISABEL.—(*Quitándole la cara.*) Antes yo tocaba el piano. Y vestía bien. (*Mostrándole el pañuelo que llevaba en la cabeza.*) Mira. (*Le llama la atención sobre algunas roturas que tiene.*)

ROBERTO.—Pero ¿qué tiene que ver todo esto...?

ISABEL.—(*Como si en realidad lo tuviera.*) Tiene que ver mucho. ¿No ves?

ROBERTO.—No, claro que no lo veo.

ISABEL.—Ahora eres tú el que tiene dinero.

ROBERTO.—Yo no tengo dinero, Isabel.

ISABEL.—Pero tienes más que nosotros. Y nosotros antes teníamos mucho. (*Para Isabel estas sus razones son poderosísimas y queda convencida de ello.*)

ROBERTO.—¿Tú sabes cómo se llama eso? (*No recibe contestación.*) Eso se llama orgullo. (*Rápidamente, de pronto.*) Y sería un crimen que por eso fuéramos nosotros... (*perdiendo el impulso*) fuera yo, mejor dicho (*muy lentamente ya*), a ser toda la vida desdichado.

ISABEL.—(*Mirándolo amorosamente otra vez.*) Tú te encontrarás una buena chica. (*Quitándole la cara.*) Que no salga de la miseria, como yo.

ROBERTO.—Yo no sé por qué le das tanta importancia. ¿Acaso tú te fijaste en mi pobreza aquella noche, donde tu tía?

ISABEL.—No. Pero ésa era yo.

ROBERTO.—¿Entonces? ¿O es que tú crees que yo...?

ISABEL.—(*Interrumpiéndolo. Decidida.*) Yo no creo nada. Pero no quiero hablar de eso ahora. Ya no puede ser. (*Con dolor ahora.*) Ya no puede ser. Desde aquella misma noche en que nos conocimos, desde antes que viniéramos a vivir a esta ratonera, a esta perrera, como la llama Carlos, ya no puede ser. Desde aquella noche, la

misma aquella en que nos conocimos y me fuiste a dejar. (*Recordando.*) Carlos llegó tarde a casa. (*Carlos, completamente transformado en un señorito bien, entra por la puerta principal y va a la derecha, hacia sus padres. Viene un poco tomado, muy alegre. Su madre lo ve con alguna tristeza. Su padre levanta la mirada de los papeles y le ofrece un semblante serio. A Carlos se le agría el buen humor al verlo así, y, como buscando una excusa, se rasca la nariz. Su padre en esos momentos también se la rasca, como preparándose a darle un sermón. Al ver los dos que coinciden en el mal hábito, se ríen a carcajadas, y el padre se levanta para hablar con su hijo. Sin embargo, todo esto se desarrolla en silencio. Simulan hablar. Mueven los labios y hacen como si rieran, pero en completo silencio. Pareciera como si la voz de Isabel lo ahogara todo.*)

ISABEL.—(*Continuando sin interrupción.*) Había estado bebiendo, como de costumbre. Papá lo quería mucho y no lo regañaba nunca. Yo había subido a acostarme ya, pero me despertaron sus carcajadas. (*Coincide con el momento en que, padre e hijo, simulan reír estrepitosamente al verse ambos rascándose la nariz.*) En aquellos tiempos papá reía muy duro cuando se sentía bien. Se le oía por todas partes de la casa. Y aquella noche se sentía excepcionalmente bien. Hablaban, no me acuerdo de qué. Se quedaron hablando y riendo largo rato. No me dejaban dormir. Yo les daba zapatazos en el suelo para que se callaran (*todos los personajes del lado derecho vuelven para arriba la mirada, simultáneamente, como si, efectivamente, oyeran los zapatazos; la madre dice algo que, por algún*

gesto que hace con los dedos y boca, se entiende que les ordena silencio), pero ellos seguían hablando. Y papá seguía riendo de las cosas que le contaba Carlos. (Lentamente.) Después, más tarde, el teléfono sonó. Avisaban que habían incendiado el negocio de papá. (Roberto vuelve a ver, como con ocultos pensamientos, la puerta por donde había salido Carlos. Isabel esconde la cara entre las manos, pero por un momento nada más. Luego continúa.) Unos obreros, parece. Nunca se supo. Papá enfermó. Se puso grave. Al poco tiempo nos tuvimos que mudar aquí. Perdimos todo. (Señalando la mecedora vieja, réplica exacta de la que ocupa la madre en la parte derecha.) Esa mecedora es casi lo único que pudimos salvar. Y eso porque no la quisieron los acreedores. Tú sabes el resto, Roberto.

(Pausa de silencio entre Isabel y Roberto, que la mira pensativamente. En eso se oye la carcajada del padre. Por lo pronto es el único que ha adquirido voz. Los demás, Carlos y la madre, siguen simulándole al público.)

PADRE.—¡Ja, ja, ja! ¡No me digas? ¡Ah, qué muchacho éste! ¡Ji, ji, ji! *(Carlos hace como si le dijera algo más.)* ¡Ja, ja, ja!

ROBERTO.—*(Con mucho sentimiento.)* Déjame ayudarte, Isabel.

ISABEL.—Te he dicho que eso ya no puede ser, Beto. *(Roberto no le dice nada. La mira en silencio.)*

PADRE.—Muy bien dicho, hijo. Sí, señor, muy bien dicho. Así era yo cuando tenía tu edad. *(Carlos simula decirle algo más y reír.)* ¡Ja, ja, ja! ¡Oyes eso, querida? *(La señora los vuelve a ver y les dice algo a los dos seriamente, simulando hablar también. Es obvio que no comparte la camaradería que hay entre el padre y el hijo.)*

Tú no sabes de estas cosas. Hay que ir contra todos. ¿No es cierto, hijo? *(Carlos hace como si riera estrepitosamente.)*

ISABEL.—*(Después de la larga pausa.)* Voy a ayudar a mamá. Creo que hay que preparar cosas. *(Sale por la puerta lateral de la izquierda.)*
(Roberto no se va inmediatamente. Queda pensativo. Al poco rato sale lentamente por la puerta principal, cuando ya había adquirido voz Carlos.)

CARLOS.—*(El principio de su discurso no se oye porque continúa simulando el habla, pero, repentinamente, como una emisora que se sintoniza de pronto, comienza a hablar de verdad.)*
...gusta presumir así, pero mi viejo, le dije, fué el que los compró.

PADRE.—Muy bien dicho, hijo. Lo hiciste muy bien.
(Suenan golpes arriba y todos vuelven a ver el techo como la primera vez.)

CARLOS.—Es Isabel de nuevo.

MADRE.—Déjela dormir. Ya es tarde.
(De la puerta lateral de la izquierda sale Isabel otra vez rápidamente, con un poco de ansiedad, como arrepentida de haber dejado ir a Roberto. Lo busca pero no lo encuentra. Luego, con un dejo de amargura y con el corazón cabizbajo, pero sobreponiéndose a todo ello, va a asomarse a la ventana y se queda ahí, mirando.)

CARLOS.—Qué va a ser tarde, mamá, la noche empieza.

MADRE.—Para ti, quizás, que no tienes nada que hacer mañana, pero Isabel tiene que levantarse temprano y no la dejan dormir con esos gritos.

CARLOS.—Me parece un crimen desperdiciar tanto tiempo durmiendo.

PADRE.—(*Es su deber decirlo.*) Bueno, sí, pero ya se hace tarde.

CARLOS.—(*Mirando descuidadamente por la ventana.*) Si hasta en la perrera hay una lucecita. (*Pero algo más vió por la ventana que ahora regresa a ella. Isabel, al ver que alguien la miraba desde la casa de enfrente, se retira de su ventana.*)

PADRE.—(*Al oír a Carlos referirse a la perrera.*) La perrera. Un gran nombre. Sí, señor. (*Isabel, caminando con una entereza que no es sino hasta ahora que podemos apreciar, se va a retirar por la puerta lateral de la izquierda, pero regresa y apaga la lamparita que estaba sobre la mesa.*)

CARLOS.—(*Que continuaba mirando por la ventana.*) Ahora la apagó, la muy idiota.

PADRE.—(*Yendo hacia la ventana.*) ¿Qué hay?

CARLOS.—(*Retirándose.*) No, nada. Ya apagó la luz.

MADRE.—(*Levantándose con alguna dificultad.*) Váyanse a dormir y dejen a los vecinos en paz. Ya casi termino tu sweater, Carlos. Mira. (*Le muestra el sweater que tejía. Es idéntico al que en la otra parte del escenario se puso Carlos al cuello. Tiene el mismo adorno en el pecho que podemos ver al extenderlo la señora para que lo vea Carlos.*)

CARLOS.—Está muy bonito, mamá. Gracias. (*La besa en la frente. La señora le da una palmadita en la mejilla mirándolo extrañamente.*)

MADRE.—Buenas noches. Suban pronto. (*Se va retirando hacia la puerta lateral de la derecha. Al llegar a ella suena el teléfono. Con una mano sobre el corazón, como si le doliera, dice.*) A estas horas; ¿quién será? (*Al ver que nadie contesta el teléfono y que sigue sonando.*) ¿No van a contestar?

PADRE.—(*Volviéndose de la ventana donde había quedado mirando.*) Un gran nombre, la perrera.
¡Ja, ja, ja!
(*Carlos sacaba y encendía un cigarrillo, sin ninguna prisa. Luego va, sonriéndose, a contestar el teléfono. Antes de llegar a él cae rápidamente el*

TELON

LA VENGANZA

Drama poético en tres escenas.

A Jorge Antonio Díaz de la Jara

P E R S O N A J E S

UN HOMBRE.

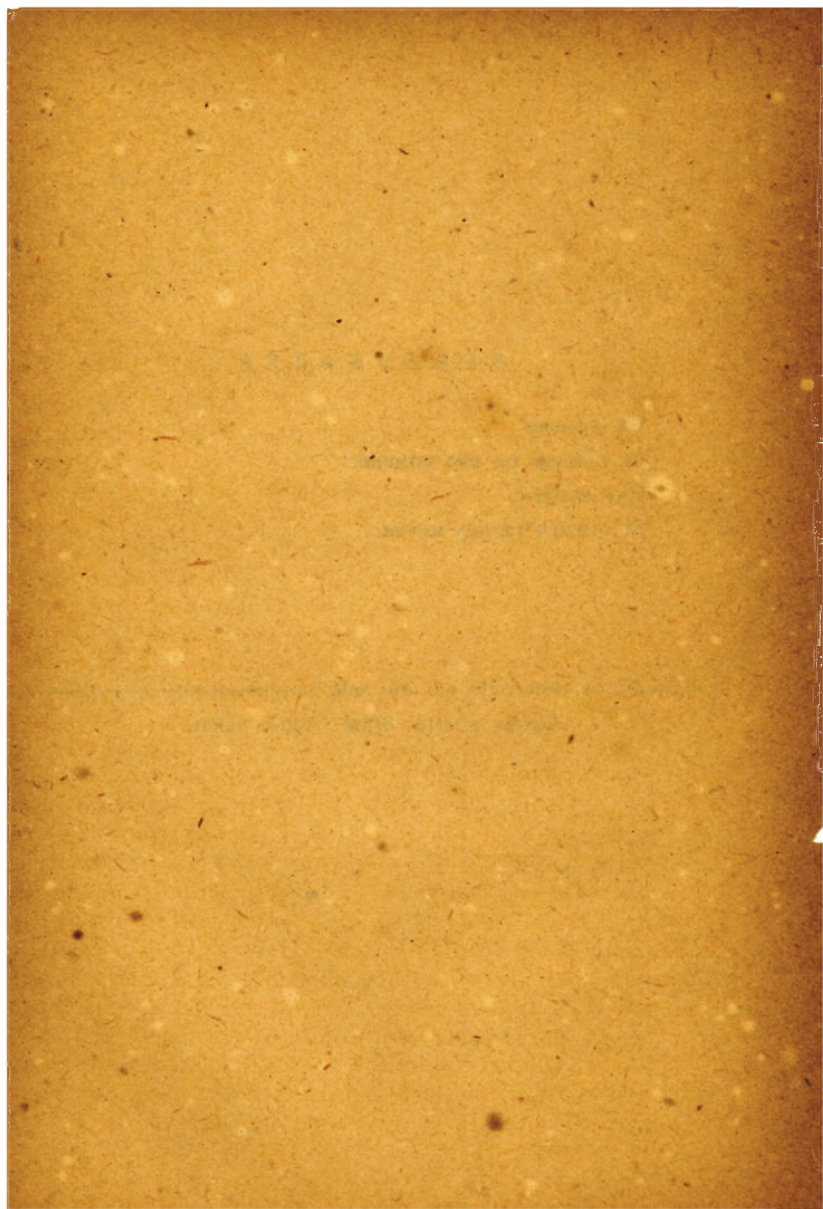
EL CUERPO DE ESE HOMBRE.

UNA MUJER.

EL CUERPO DE ESA MUJER.

La acción se desarrolla en una sala burguesamente amueblada.

Alguna puerta. Sillas. Algún sillón.



P E R S O N A J E S

UN HOMBRE.

EL CUERPO DE ESE HOMBRE.

UNA MUJER.

EL CUERPO DE ESA MUJER.

La acción se desarrolla en una sala burguesamente amueblada.

Alguna puerta. Sillas. Algún sillón.

PRIMERA ESCENA. EL HOMBRE Y SU CUERPO

(Entra rápidamente, violento y disgustado, el Cuerpo de un Hombre seguido por el Hombre mismo que viene sonriéndose satisfecho, recordando una dicha reciente. En modo alguno se parecen estos dos personajes. Las maneras toscas y vulgares del Cuerpo contrastan con las refinadas y aristocráticas del Hombre. Ni siquiera en la vestimenta se asemejan, pues el Cuerpo viste una ropa corriente de todos los días, mientras que el Hombre lo hace con cierta elegancia y buen gusto. Trae, además, una flor en la solapa. Un clavel rojo. Otra particularidad del Hombre es que es ciego, pero camina con tal seguridad que nos hace suponer en él una larga costumbre en las tinieblas. En cuanto entran, el Cuerpo del Hombre se mueve por todas partes, nervioso y disgustado; en cambio, el Hombre se deja caer voluptuosamente en el sillón sin prestarle mucho cuidado a su Cuerpo.)

CUERPO DEL HOMBRE.—Te acordarás que hicimos un trato. Y no has sabido cumplirlo. Te aprovechas de que dormía para salirte con la tuya. Llego a casa medio muerto de cansancio, y no me puedo recostar un poco, no me puedo descuidar porque en seguida te sales con las tuyas.

HOMBRE.—¡Se veía tan hermosa con su traje azul!
¡El aire, que nos salía a encontrar como un perro
fiel y nos lamía todo! ¡Yo, de nuevo yo! ¡La
primavera aquella, el campo, las flores que re-
cogía! (*Huele, enamorado, la de su solapa.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—Irte así tan lejos sin decirme
nada. Aprovechándote de que dormía. Y yo can-
sado de trabajar por ti. Así es que me pagas.
Ya te quisiera ver sin mí, malagradecido. No sé
de qué te sirvió esa famosa educación tuya por
la que me tuve que sacrificar. (*Más bajo, para
sí mismo casi.*) Cuántas veces no prefería yo ir-
me a bañar al río en vez de estar entumecido en
ese cuarto...

HOMBRE.—(*Hundido en sus propios pensamientos,
lo interrumpe.*) Es que es tan hermosa, amigo...

CUERPO DEL HOMBRE.—¡A mí no me llames amigo!

HOMBRE.—...tan imposible en la realidad que sola-
mente así, en sueños, puedo verla y estar con
ella. Se hizo un ramillete con las flores, ¿sabes?

CUERPO DEL HOMBRE.—Pues me parece recordar que
cuando éramos niños aun de esos sueños parti-
cipaba yo. Tú me los contabas y yo, yo..., pues
yo me..., tú sabes.

HOMBRE.—(*Con verdadero asco. Con voz cortante,
pero baja. Su Cuerpo no llega a oírlo.*) ¡Cochino!

CUERPO DEL HOMBRE.—Entonces eras buena fe, com-
pañero, amigo de verdad. Ahora sueñas, viajas,
gozas tú solo, y me dejas a mí, sin decirme nada,
aprovechándote de que dormía, de que descan-
saba después de estar todo el día en esa oficina.

HOMBRE.—(*Condescendiendo un poco con su Cuer-
po.*) Pero, comprende. Esto es diferente. Ella es
limpia, pura. Yo no podía permitir lo que allá
en nuestra infancia...

CUERPO DEL HOMBRE.—¡Claro, yo no soy digno de
ella!

HOMBRE.—No. No es eso. Es que yo la quiero, la amo de verdad, la, la... no sé cómo se dice, pero es una cosa íntima. Tú no comprendes, no puedes comprender. No podría compartirla. (*En voz baja.*) Ni siquiera contigo. (*En voz normal otra vez.*) Y aunque quisiera, no te dejarían entrar. Eres muy pesado, no sé.

CUERPO DEL HOMBRE.—¡Pero te acordarás que hicimos un trato! ¡Quedamos en compartirlo todo! (*El Hombre baja la cabeza.*) Y si no es que me despierta el despertador te hubieras salido con la tuya sin saber yo nada, confiando en ti. ¡Qué infame te veas! Puertas secretas, túneles en mí, donde yo menos sospechaba. Quién sabe desde cuándo me estás traicionando así.

HOMBRE.—No había otro lugar. No tenía otra manera para verla. Lejos de mi corazón se resfría ella. Solamente en sueños.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Bravo.*) ¡Pero me lo podías contar, como cuando éramos niños!

HOMBRE.—(*Bravo repentinamente.*) ¡No! ¡No! ¡Yo no podía permitir que se la profanara así!

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Sorprendiéndose de ese extraño arranque de cólera, lo mira en silencio un rato y luego le dice con calma, pero con resolución.*) Bueno. Bueno. Pero me las pagarás, eso sí, me las pagarás. Cuenta tú con ello.

HOMBRE.—Esto me pasa por haberte dado tanta confianza.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Haciendo aspavientos de asombro.*) ¡Oye, pero qué cínico eres tú! Encima de que todo lo malo es para mí, venirme ahora con eso. Encima de que por darte gusto hasta me arriesgo a enfermedades, como cuando camino en la lluvia. Y eso que las enfermedades me son tan peligrosas, pues si me muero me comen las culebras, mientras que a ti, quién sabe.

HOMBRE.—(*Sin demostrar mucha seguridad.*) Sabes perfectamente bien que no creo en ninguna inmortalidad del alma.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Violentemente.*) ¡Pero yo sí! ¡Yo sí! (*Más para sí mismo.*) Todo lo malo es para mí. Y ahora me dice que por darme confianza, como si fuera yo un sirviente, un criado. (*Bravo otra vez.*) El criado deberías ser tú, que probablemente vivas siempre, no yo, con tan poco tiempo, con tan pocas posibilidades. Y encima de todo esto, sueñas, viajas, gozas tú solo, mientras yo duermo rendido de cansancio de tanto trabajar en esa oficina calurosa todo el día. ¡No, hombre, no!

HOMBRE.—¿Y por qué crees que eres cuerpo? ¿Para qué crees que estás hecho?

CUERPO DEL HOMBRE.—Para servirte a ti, ¿verdad?

HOMBRE.—Yo no digo que para servirme a mí, pero ninguno de los dos debemos salirnos de nuestros límites.

CUERPO DEL HOMBRE.—Sí, ya sé cuáles son esos límites. Me acuerdo de lo que nos decían en la escuela, cuando niños: yo soy polvo. Todo lo que yo hago es vano. Todo lo que yo amo es pecado. Hay que martirizarme; hay que sacrificarme para salvarte a ti. (*El Hombre calla.*) Ah, pero esto se acabó. Yo a ti te quería bien. Hacía de buena gana lo que me pedías. Además, teníamos un trato, de compartirlo todo: todos los dolores, todas las responsabilidades, todos los placeres (*llamándole la atención con el tono de la voz*), todas las mujeres. Ibamos a estar en constante comunicación. Y has faltado a tu palabra.

HOMBRE.—(*Sin aplomo.*) Mentira. Todo lo he compartido contigo.

CUERPO DEL HOMBRE.—¿Y esa muchacha de ahora,

con la que estabas en sueños mientras yo dormía?

HOMBRE.—Eso es otra cosa. Las demás cosas, todas las he compartido contigo.

CUERPO DEL HOMBRE.—¿Cuáles demás cosas? De tu parte, ahora, de grande, no recuerdo haber recibido ningún otro placer que un escalofrío en alguna tarde. (*Recordando.*) Quizás aquellos libros pornográficos que leías. En fin, cosas así.

HOMBRE.—Pero ¿qué otros placeres crees tú que tengo?

CUERPO DEL HOMBRE.—¿Y lo de esa muchacha con el traje ése azul que dices y el ramillete de flores?

HOMBRE.—Te he dicho que eso es ya otra cosa.

CUERPO DEL HOMBRE.—Si lo que me duele es que no me consideres digno de lo que amas, después de todo lo que hago por ti, y a pesar de estar en peores condiciones. (*El Hombre calla, baja la cabeza.*) Ah, pero me las pagarás. Yo no sé cómo, pero me las pagarás.

HOMBRE.—Haz lo que quieras, pero ella no, nunca. (*Se retira a oler enamorado la flor en su solapa. Después de un rato, continúa con voz apagada, sin mucho interés que lo oiga su Cuerpo.*) Además, cuando nos encontremos en la realidad nos casaremos, y tú tendrás su Cuerpo de ella. Por eso me dió esta flor: para que yo te la dé a ti en el debido momento y me pueda reconocer. Ella, por su parte, le dará a su Cuerpo el ramillete de flores que recogió allá, en mis sueños. Todo esto, cuando creamos estar juntos, para reconocernos en la realidad. (*Completamente para sí mismo.*) Pobrecita. Ella de veras lo cree posible. (*Lo seduce y encanta esa posibilidad en la que no cree.*) ¡Caramba, qué dichoso sería ese día! (*Sin embargo, pronto cae en un estado de humor pesimista, y a pesar de que no tiene es-*

peranza de que ese día llegue, le medio dice a su Cuerpo.) Quizás, quizás algún día. (*Dirigiéndose a su Cuerpo más directamente.*) Pero ¿ves? ¿Ves, Cuerpo, que también tú formas parte de este amor mío?

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Sin creer o confiar en él.*)

Sí, cómo no. Te lo voy a creer. Voy a confiar en ti. (*Se hurga groseramente las narices.*)

HOMBRE.—¡De veras! Por eso me dió la flor esta.

SEGUNDA ESCENA. ENTRA LA MUJER Y SU CUERPO

(*La Mujer, a pesar de ser ciega, como el Hombre, entra guiando de la mano a su Cuerpo. Las dos van vestidas de azul, pero los trajes pueden ser de diferente hechura. La mujer lleva en el suyo un ramillete de flores, de donde es obvio que salió la que el Hombre lleva en su solapa. Es patente una gran amistad y afinidad de espíritu entre estos dos nuevos personajes de modales e incluso de rasgos similares. Sin embargo, es posible que el Cuerpo de la Mujer sea un poco más tímida. Conviene recordar en esta escena que tanto el Hombre como la Mujer son incapaces de ponerse en contacto real de otra forma que a través de sus respectivos Cuerpos, pero aun así, de manera tan particular y lejana que ni el Hombre ni la Mujer oyen lo que sus Cuerpos hablan. Tampoco puede oír el Cuerpo del Hombre lo que la Mujer y el Cuerpo de la Mujer hablan, ni ver a la Mujer, ni el Cuerpo de la Mujer lo que habla el Cuerpo del Hombre y el Hombre, ni ver al Hombre.*)

MUJER.—Ven, ven, por aquí, por aquí es. Lo siento, no sé.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer, entre saludo e interjección admirativa.*) ¡Hola!

CUERPO DE LA MUJER.—(*Tímidamente.*) Hola.

MUJER.—(*Ansiosa, sosteniéndose de un brazo de su Cuerpo.*) ¿Está aquí? ¿Lo ves?

HOMBRE.—(*Que se ha acercado a su Cuerpo como pidiendo protección al presentir la presencia de otra persona.*) Siento que alguien ha entrado. ¿Quién es?

MUJER.—Dime, apúrate, ¿es él?

CUERPO DE LA MUJER.—No sé, mujer, espérate. (*Al Cuerpo del Hombre.*) Perdóneme, creo que me he confundido.

HOMBRE.—(*Gritando.*) ¿Quién es? ¿Quién está aquí? (*El único que lo oye es su Cuerpo, naturalmente, pero no le hace caso y se separa de él.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—Pierda usted cuidado, señorita. (*Al Hombre, que se le había vuelto a acercar asiéndolo del brazo.*) ¡Suéltame! (*Otra vez al Cuerpo de la Mujer.*) Dígame en qué puedo servirle.

CUERPO DE LA MUJER.—¿No vive aquí un tal señor...? (*A la Mujer.*) ¿Cómo es que se llama?

MUJER.—No sé. Pero lleva una flor en la solapa.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*) No me acuerdo cómo se llama.

CUERPO DEL HOMBRE.—Dígame usted entonces cómo es él. Aquí vivimos muchos. Quizás por sus señas la pueda ayudar.

MUJER.—¿Es él? ¿No me engaño? ¿Lleva una flor en la solapa?

CUERPO DE LA MUJER.—No, no lleva ninguna flor. ¿Y es solamente por eso que lo conoces?

MUJER.—En sueños de lejos lo reconozco. Pero aquí, afuera, no sé cómo será.

HOMBRE.—(*Después de haber esperado inútilmente*

que le hablara su Cuerpo.) ¡Esta va a ser tu venganza?

CUERPO DEL HOMBRE.—Déjate de tonterías.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*)

Pues, ¿sabe usted?, no sabría decirle exactamente cómo es él, pero lleva una flor en la solapa.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Sorprendiéndose y viendo la que el Hombre lleva.*) ¿Qué dijo usted?

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) ¿Qué clase de flor, rápido?

MUJER.—Un clavel. Un clavel rojo.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*) Digo que me sería difícil describirle a usted su fisonomía, pero lleva un clavel en la solapa, un clavel rojo.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Hombre, mirándolo largamente.*) Sí, ésta va a ser mi venganza.

HOMBRE.—¿Dejarme así, en la oscuridad, para siempre?

CUERPO DEL HOMBRE.—No, para siempre, no. Esta única vez.

MUJER.—(*Ansiosa.*) Por fin, ¿qué? ¿Es o no es?

CUERPO DE LA MUJER.—No sé todavía, espérate. (*Al Cuerpo del Hombre.*) ¿No vive nadie aquí que lleve un clavel en la solapa?

CUERPO DEL HOMBRE.—Perdóneme que me haya distraído. Estaba tratando de recordar. (*Vuelve a ver al Hombre, que permanece sin enterarse de nada.*) Pero no, no vive nadie aquí que lleve un clavel en la solapa.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) No, definitivamente. No lleva clavel en la solapa. Ni vive nadie aquí que lo lleve.

MUJER.—Yo, sin embargo, estaba tan segura. Como si me lo hubiera dicho un mosquito en la oreja. (*Para sí misma.*) ¿Dónde estará? ¿Que sólo en

sueños podré estar con él? (*Con dolor.*) ¡Oh, a lo mejor ni existe!

HOMBRE.—¿Así es que no me dirás con quién estamos?

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Después de reflexionar.*) Sí, cómo no, sí te lo puedo decir. Hay una mujer aquí.

HOMBRE.—(*Arrimándose otra vez a su Cuerpo.*) ¿Una mujer? ¿Y es hermosa? (*Su Cuerpo lo deja arrimarse, pero no con buena fe.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—Déjame que la mire. (*La mira.*)

MUJER.—Vámonos de aquí, entonces. Es peligroso estar solas con un hombre, y debemos cuidarnos. (*Aunque a tientas, conduce a su Cuerpo hacia la puerta.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Hombre.*) Sí, sí es hermosa. (*Al Cuerpo de la Mujer, al ver que se marcha.*) Pero no, no se vaya. (*Detiene al Cuerpo de la Mujer por un brazo, pero ésta se lo quita.*)

CUERPO DE LA MUJER.—Sí, nos tenemos que ir. Digo, me tengo que ir.

CUERPO DEL HOMBRE.—Ahora recuerdo... (*Finge recordar.*) Sí, sé de alguien con un clavel así como me dijo usted. Sí, sí, estoy seguro.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) Dice que conoce al que buscas.

MUJER.—(*Asustándose un poco, halando a su Cuerpo.*) No le creas. Quiere aprovecharse de lo que le hemos dicho. Corremos peligro. Vente.

CUERPO DEL HOMBRE.—Y me ha hablado de usted incluso. Por cierto que me extraña verla sin un ramillete de flores.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) Dice que se extraña verme sin un ramillete de flores.

MUJER.—(*Deteniéndose, curiosa.*) ¿Cómo? ¿Cómo sabe él lo del ramillete de flores?

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*)
¿Qué ramillete de flores?

CUERPO DEL HOMBRE.—Yo no sé. Pero sí me acuerdo que un amigo mío me habló de usted.

CUERPO DE LA MUJER.—¿Un amigo suyo?

CUERPO DEL HOMBRE.—Sí, un amigo mío.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) Dice que un amigo le ha hablado de nosotras.

MUJER.—(*Entusiasmada.*) ¿Un amigo? Pregúntale que dónde está.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*)
¿Y dónde está ese amigo de usted?

HOMBRE.—¿Qué haces ahora? ¿La enamoras?

CUERPO DEL HOMBRE.—¿Cállate!

CUERPO DE LA MUJER.—¿Cómo?

CUERPO DEL HOMBRE.—No. Nada. Perdón. Hablaba conmigo mismo. ¿Qué me decía?

CUERPO DE LA MUJER.—Que dónde está ese amigo de usted.

CUERPO DEL HOMBRE.—Ah, está muy lejos. (*Mirando al Hombre.*) Está muy lejos ahora mismo. (*Viendo otra vez al Cuerpo de la Mujer.*) Pero vendrá. ¿No quiere usted esperarlo?

CUERPO DE LA MUJER.—No sé. (*A la Mujer.*) Dice que está muy lejos, pero que vendrá. ¿Lo esperamos?

MUJER.—(*Alegre.*) Sí, claro, lo esperamos. (*Como queriendo convencer a su Cuerpo, rogándole.*) Lo hemos hecho ya toda la vida, Cuerpo; espere-mos.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Siempre más tímida que la Mujer, al Cuerpo del Hombre.*) Sí, bueno, pero por un momentito nada más.

CUERPO DEL HOMBRE.—¿No quiere usted sentarse?

CUERPO DE LA MUJER.—Gracias. (*Se sienta. La Mujer permanece parada detrás del asiento, apoyando sus manos en los hombros de su Cuerpo.*)

HOMBRE.—¿La enamoras ya?

CUERPO DEL HOMBRE.—No, todavía no. (*Mirándola fijamente.*) Pero me gustaría acostarme con ella.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*) ¿Por qué me mira así tan raro?

CUERPO DEL HOMBRE.—Nada. Pensaba solamente.

CUERPO DE LA MUJER.—En qué, ¿se puede saber?

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Con expresión y voz sexual.*)

En lo sabroso que sería si nosotros dos... (*El Cuerpo de la Mujer se ruboriza e instintivamente cierra y recoge sus piernas. El Cuerpo del Hombre baja la cabeza, y dice.*) Perdón.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) ¿Qué desvergonzado!

MUJER.—¿Qué te dijo?

CUERPO DE LA MUJER.—Nada, pero me dió a entender algo muy feo.

MUJER.—No sé por qué, pero no estoy tan alegre como quisiera estar. Quizás tenga un poquito de miedo. Acuérdate que estamos destinadas a aquél.

CUERPO DE LA MUJER.—No te preocupes.

MUJER.—Que tenemos que guardarnos limpias, puras, para él.

CUERPO DE LA MUJER.—Sí, ya sé. No te preocupes.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Hombre.*) Soy tan patán. Ayúdame a enamorarla.

HOMBRE.—(*Dándose cuenta y aprovechándose de su importancia.*) ¿No habías dicho que nos íbamos a separar? (*Se retira de su Cuerpo y, al hacerlo, va casualmente a pararse al lado de la Mujer, pero sin apercibirse de su presencia. En cambio, la Mujer sí parece haberse dado cuenta de algo raro, nuevo en el ambiente, como un perfume cerca de ella, en el aire que respiraba.*)

MUJER.—¿No ha entrado nadie?

CUERPO DE LA MUJER.—(*Viendo hacia la puerta.*)
No.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Hombre.*) Bueno, hombre, bueno. Me ganaste. Ayúdame y me olvidaré de todo.

HOMBRE.—(*Cede, pero sin la indiferencia conveniente en estos casos, y entusiasmándose se acerca a su Cuerpo.*) Bien, te ayudaré. Pero me contarás todo, y me dejarás estar contigo. Yo me meteré en su sobaco, como siempre.

CUERPO DEL HOMBRE.—Sí, sí, de acuerdo.

(*Se sientan los dos juntos, cerca del Cuerpo de la Mujer.*)

HOMBRE.—Díle que si eres tan patán es porque no estás acostumbrado a tratar con personas finas; que tus palabras, acostumbradas a no salir nunca de tu cavernosa boca, son como trogloditas salvajes. Discúlpate.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer.*) Discúlpeme que haya sido tan... un poco indelicado, pero es que no tengo costumbre de hablar con personas finas, y, claro, mi boca cavernosa. Discúlpeme, sí.

CUERPO DE LA MUJER.—Pierda cuidado.

MUJER.—¿De qué hablan ahora?

CUERPO DE LA MUJER.—Me ha pedido perdón, eso es todo.

HOMBRE.—Díle que todo esto es una experiencia nueva para ti; que tanta luz de pronto te encandila y ciega.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer, pero sin compartir la opinión del Hombre.*) Todo esto es una experiencia nueva para mí, porque tanta luz... Todo esto es una experiencia nueva para mí.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Entre halagada y sorprendida.*) ¡Qué!, ¿no ha conocido nunca a una chi-

ca antes? (*Al ver que no le contesta en seguida el Cuerpo del Hombre, pues se ha puesto a dialogar con el Hombre, el Cuerpo de la Mujer cuchichea en silencio y entre risitas con la Mujer, que no las comparte, sin embargo, y ofrece un semblante serio.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Hombre.*) ¡Claro! ¡Qué estupidez! ¡Que acaso no he conocido nunca a una mujer?

HOMBRE.—No la llames mujer. Dile chica.

CUERPO DEL HOMBRE.—¿Cómo no voy a estar acostumbrado a conocer... chicas?

HOMBRE.—Eso no importa. Dile que chicas has conocido muchas, pero que, como ella, sólo en sueños se ven, y eso apenas, minutos antes del amanecer. (*Desde que dice «sueños» se retrae a sí mismo y permanece meditabundo.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer, que cesa en seguida de cuchichear para atenderlo.*) Entiéndame. Mujeres, digo, chicas, he conocido muchas, pero como usted sólo en sueños he visto.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) Dice que en sueños me ha visto.

MUJER.—No le creas. Pregúntale si tardará en venir su amigo.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*) Tiene usted malos sueños.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Hombre.*) Que tengo malos sueños. (*Volviendo a verla.*) ¡Qué idiota! Pero es hermosa la tontona esta.

HOMBRE.—¿Malos sueños? ¡No! ¡Nunca! (*Inspirándose.*) Dile que basta que ella entre..., que cuando sube..., no; que basta que baje hasta mi sueño para que éste se encienda como un faro en la noche alumbrando a los que en sueños cometen injusticias. Los asesinos, los conspiradores, huyen y se refugian debajo de las sábanas,

confundiéndonos con la linterna de la policía o la mirada de Dios. (*Sonriéndose. Su Cuerpo lo mira extrañado.*) Si hasta los piños que en sueños roban dulces, a pesar de que nos conocen, corren a sus camas espantados de su compañía, llamando a sus mamás. (*Entusiasmado.*) Somos un faro en las tinieblas, dile. Nos necesitan como luminoso punto de referencia las nubes que cruzan el cielo por la noche y que pitan como barcos. Y las almas de los que acaban de morir también nos necesitan. Mi corazón... (*Corrigiéndose rápidamente.*) Tu corazón, es decir, consciente de su responsabilidad astronómica, y orgulloso, con el pecho henchido, tal una vela en alta mar, la espera al filo de la noche, sale a encontrarla, y de la mano, como a una niña ciega, para que no tropiece con mis pecados, la conduce lejos de donde duermes y lloro, hasta al recuerdo donde habita la infancia llena de soles, y juegan en el campo juntos, y recogen flores.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer.*) Cuando entra usted a mi sueño..., mejor dicho, cuando baja usted, vamos los dos donde pasé mi infancia, lejos de donde duermo y lloro, y ahí recogemos flores, y brincamos, y las pasamos muy bien.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Entusiasmándose, a la Mujer.*) Dice que cuando llego a su sueño vamos donde pasó su infancia, lejos de donde llora, y corremos y brincamos y recogemos flores.

MUJER.—(*Dándole mucha atención, extrañada, pero a sí misma.*) Cuando llego yo siempre tiene los ojos húmedos, y me lleva de la mano... (*Perdiendo el interés y expresamente a su Cuerpo.*) Pero no, ése es aquél. No le hagas caso. Es su amigo, su amigo, al que buscamos. Pregúntale a qué horas vendrá.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Hace la pregunta sólo porque se lo ha ordenado la Mujer, pues poco a poco se ha ido olvidando del Hombre y enamorando de su Cuerpo.*) Y su amigo, ¿tardará mucho todavía?

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Angustiado, al Hombre.*) ¿Qué más le digo? Ya quiere irse.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer, que tiene un semblante cada vez más preocupado.*) Dice que pronto vendrá. Esperemos un rato más.

HOMBRE.—Dile que desde hace tiempo no se puede ir.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer.*) No tardará. No se puede usted ir.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) No te miento. De veras. Dice que no tardará.

HOMBRE.—Mi corazón la aprieta desde hace tanto tiempo que ha cogido su forma, y ahora le queda tan justo, tan ceñido en la cintura, que ya no se puede mover de él, ni abandonarlo.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer.*) Ni abandonarme.

HOMBRE.—Pero yo haré agradable su cautiverio. Se lo disimularé colgando como cuadros en las paredes de mi corazón los recuerdos de países, de paisajes que he visto, y ella se asomará a estos recuerdos míos como a ventanas y respirará, y tendrá así una especie de libertad.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer.*) Yo haré agradable su cautiverio... digo, su permanencia aquí. Le hablaré de cosas bonitas. ¿Le gusta a usted el foot-ball?

CUERPO DE LA MUJER.—¡Oh, me encanta!

MUJER.—¿Hablan?

CUERPO DE LA MUJER.—(*Entusiasmada.*) ¡Ay, sí! ¡Hablamos de foot-ball!

MUJER.—¿Tardará mucho en venir?

HOMBRE.—Dile que ya en todas partes de mi vida se la conoce; que una multitud de pequeños deseos, como niños, me preguntan por ella a cada instante, y yo los entretengo y los consuelo dándome palmaditas en el corazón hasta que la noche y ella llegan. Y dile que... (*Saliendo bruscamente de su ensimismamiento y cayendo en la cuenta de lo que hacía.*) ¡No! ¡No! Todas éstas son palabras para aquélla, la solamente mía de mis sueños. No quiero usarlas para conseguirte una fácil conquista, una mujerzuela cualquiera. No quiero ensuciarlas en sus orejas.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Yendo detrás del Hombre, que se había parado repentinamente; rogándole.*) Un poco más solamente. No es una mujerzuela. Está buenísima. El traje azul ese le queda muy bien. (*Para sí mismo.*) Que me gustaria quitárselo despacito.

HOMBRE.—(*Interesándose.*) ¿Cómo? ¿Tiene un traje azul?

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Corrigiéndose al ver que se traicionaba.*) No, no. Es verde. (*Mintiendo también aquí, porque el Cuerpo de la Mujer no lleva sombrero.*) Lo que sí es azul es el sombrero. Me había confundido.

HOMBRE.—(*Perdiendo el interés.*) ¡Ah!, ¿lleva sombrero?

CUERPO DEL HOMBRE.—Sí, un como sombrero.

HOMBRE.—No puede ser, entonces. (*Pausa.*) Claro, no podía ser. Tampoco lleva un ramillete de flores, ¿verdad?

CUERPO DEL HOMBRE.—No, ningún ramillete de flores.

HOMBRE.—(*Que a la sazón se encontraba cerca de la Mujer.*) Es curioso. Por un momento me pareció sentir su olor. (*Oliéndose la flor.*) Pero dede de ser ésta que traigo. (*Se aleja de la Mujer.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Yendo detrás del Hombre.*)
Andale, hombre, ayúdame. Yo te contaré todo
y sacarás placer también.

HOMBRE.—Para mí ya no hay más que una. Cual-
quiera otra me repugnaría. (*El Cuerpo del Hom-
bre se le acerca y agarrándolo amigablemente
por los hombros le dice al oído cosas aparente-
mente obscenas. El Hombre rechaza todas sus
proposiciones con firmeza diciendo varias veces
«no» en voz alta, pero poco a poco pierde terre-
no y cede a la tentación, hasta que, interesado
ya, le dice a su Cuerpo.*)

HOMBRE.—¿De veras? ¿Más que a la de aquel día?

CUERPO DEL HOMBRE.—Sí, te lo prometo.

HOMBRE.—(*Ya muy interesado.*) Oye, y... (*El res-
to, con una expresión libidinosa en el rostro, se
lo dice en la oreja. Su Cuerpo también le contesta
en la oreja y los dos ríen.*)

(*A todo esto, desde que el Hombre salió de su
ensimismamiento y se separó de su Cuerpo, el
Cuerpo de la Mujer y la Mujer quedaron hablan-
do entre sí, sobre todo en los momentos que el
Hombre y su Cuerpo se hablaban en la oreja, de
manera que se puede atender a lo que dicen to-
dos.*)

MUJER.—(*Repitiendo la pregunta, pues su Cuerpo,
por estar tan embelesada oyendo las frases del
Cuerpo del Hombre, no había podido contestar.*)

¿Tardará mucho tiempo en venir?

CUERPO DE LA MUJER.—(*Sin prestarle mucha aten-
ción, mirando largamente al Cuerpo del Hombre.*)

No sé. No sé.

MUJER.—Me parece que tiemblas. Comportate bien.

Acuérdate que tenemos que conservarnos puras.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Un poco groseramente.*) Ya
sé. Ya sé que tenemos que conservarnos puras
para (*despectivamente*) ese que esperas. Pero

¿qué tiene de malo hablar con un amigo? Además, fué idea tuya. Estamos esperando a ese que dices tú.

MUJER.—Perdóname, es que tengo miedo, emoción, no sé. Debe de ser porque más que nunca me siento cerca de él.

CUERPO DE LA MUJER.—Yo ya no me puedo portar mejor.

MUJER.—Sí, lo sé, y te lo agradezco. Perdóname. ¿De qué hablan ahora?

CUERPO DE LA MUJER.—De nada. Fué a buscar un cigarrillo. *(Efectivamente, el Cuerpo del Hombre, al que en esos momentos hablaba el Hombre en el oído, sacaba un cigarrillo y lo encendía.)*

MUJER.—No vayas a fumar tú.

CUERPO DE LA MUJER.—*(Un poco indignada.)* Si ni me ha ofrecido.

MUJER.—Te lo decía porque... como aquel día...

CUERPO DE LA MUJER.—¡Caray! ¡Para una vez que fumé tanto remordimiento! A veces me parece que me tienes mala fe.

MUJER.—*(Sintiéndolo de veras.)* No, no es mala fe. Es que quiero que nos conservemos lo más limpias posible, lo más puras. *(Soñando.)* Para él.

CUERPO DE LA MUJER.—*(La vuelve a mirar, un poco conmovida, y le pone una mano sobre una de las suyas que descansaba en su hombro.)* No te preocupes. Seremos de él solamente, y estará orgulloso de nosotras. *(Después, volviendo a mirar al Cuerpo del Hombre.)* Sólo charlo amigablemente, mientras viene tu amigo.

MUJER.—Pregúntale si todavía tardará mucho. *(Su Cuerpo no la oye por estar otra vez mirando fijamente, lánguidamente, al Cuerpo del Hombre, que continúa hablando con el Hombre.)* Pregúntale si todavía tardará mucho. *(Espera en vano la contestación. Entonces sacude, asustada, los*

hombros de su Cuerpo, diciéndole.) ¿Qué sucede? ¿No me oyes?

CUERPO DE LA MUJER.—(*Despertando.*)—Sí, sí. ¿Qué?

MUJER.—Pregúntale si todavía tardará mucho en venir.

CUERPO DE LA MUJER.—No. Ya está por llegar. Paciencia.

HOMBRE.—(*Viniendo junto con su Cuerpo, bastante alegres ambos.*) Bueno, pero le dirás exactamente lo que te diga. Y me darás mi parte, ya sabes.

CUERPO DEL HOMBRE.—Sí, hombre, sí. Claro.

HOMBRE.—Por lo pronto, quedatela mirando.

(El Cuerpo del Hombre y el Hombre se sientan juntos frente al Cuerpo de la Mujer. El Cuerpo del Hombre obedece y se la queda mirando fijamente.)

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*) ¡Qué raro es usted!

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Le transmite al Hombre en el oído lo que le dice el Cuerpo de la Mujer, y el Hombre, también al oído, le apunta algo corto, de dos sílabas, que el Cuerpo del Hombre le dice en voz alta al Cuerpo de la Mujer.*) ¿Por qué?

CUERPO DE LA MUJER.—No sé. Se queda usted silencioso tanto rato. Pareciera como si se consultara todo lo que dice y hace.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Mismo juego de antes. Es decir, transmitiendo al Hombre lo que se le dice y recibiendo de él su diálogo.*) Sí, así es, efectivamente. Todo me gusta consultármelo a mi pensamiento. (*El Hombre se le arrima otra vez a la oreja y le dice algo más.*) El sabe más que yo, y de esa manera no me equivoco. (*Se inclina un poco hacia ella, como receloso de que el Hombre lo oiga, y con una voz misteriosa, pero suya propia, le dice.*) Oiga, dígame, ¿y usted no le consulta nada?

CUERPO DE LA MUJER.—Sí, cómo no, a mi moral cristiana, las cosas importantes. Pero ella sabe que me porto bien y está tranquila. (*Vuelve a ver a la Mujer, que no está nada tranquila.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Regresa a su posición de antes, un poco desilusionado.*) Sí, claro. (*Naturalmente, de esta pequeña tentativa de liberación nada le transmitió al Hombre, que en silencio buscaba frases que decir.*)

MUJER.—Yo creo que ya no vendrá. (*Su Cuerpo, que mira amorosamente al Cuerpo del Hombre, ni la oye. Entonces, un poco asustada otra vez, la sacude por los hombros y le dice.*) ¿Estás aquí?

CUERPO DE LA MUJER.—Claro que sí, mujer. ¿Y dónde más voy a estar?

MUJER.—Yo creo que ya no vendrá.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Un poco fastidiada por la obstinación de la Mujer.*) Bueno, bueno, espérate. Déjame preguntarle. (*Al Cuerpo del Hombre, que había quedado pensativo.*) Me figuro que su amigo ya no vendrá hoy.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Saliendo bruscamente de su ensimismamiento.*) ¿Cómo?

CUERPO DE LA MUJER.—Su amigo, me figuro que ya no vendrá hoy.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Ansioso.*) No, no se vaya.

CUERPO DE LA MUJER.—Es que estoy obligada, ¿sabe usted?

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Hombre.*) ¿Se quiere ir otra vez! (*El Hombre le da instrucciones al oído. Al Cuerpo de la Mujer, hablando como de memoria, de mala memoria.*) Espere un rato más, que se ha regado la noticia y otras palabras mías también quieren besarla en las orejas y se me amontonan en la boca.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) Me acaba de

decir que ya viene. Esperemos un rato más. (*La Mujer queda visiblemente nerviosa.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Después de haber recibido nuevas instrucciones.*) Si se va usted no la veré ya más. (*Al Hombre.*) No la veré ya más ¿y qué? (*El Hombre se le pega otra vez a la oreja y repite las instrucciones.*) ¿Cómo? (*El Hombre vuelve a hacer la misma operación. Por fin las comprende el Cuerpo del Hombre y se las repite al Cuerpo de la Mujer, pero mirando disgustado al Hombre, pues, a su parecer, la frase es estúpida.*) Y habrá un vacío en mí a su medida y se resbalarán de mis manos, como agua, las caricias que le tenía reservadas después de tanto ahorro. (*Al Hombre.*) ¡No, hombre, no! Cosas más efectivas, más... (*Lo interrumpe el Cuerpo de la Mujer.*)

CUERPO DE LA MUJER.—(*Toda emocionada.*) ¡Oh! HOMBRE.—¿Qué?

CUERPO DEL HOMBRE.—No, nada. ¿Qué más le digo? (*El Hombre le da más instrucciones al oído.*)

MUJER.—Tiemblas, hueles raro otra vez. ¿Qué estás haciendo?

CUERPO DE LA MUJER.—(*Desvanecida casi.*) Nada. Nada. Conversando.

MUJER.—¿Conversando de qué?

CUERPO DE LA MUJER.—De tonterías, mujer, de tonterías.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Como siempre, siguiendo instrucciones y hablando de memoria.*) Como dos piezas de engranaje somos usted y yo. Mi soledad y usted. Su nombre y mi apellido. Su cabeza y mi hombro. (*El Hombre le da más instrucciones.*) La invito a que caminemos juntos.

CUERPO DE LA MUJER.—(*Un poco tonta, no comprende que se trata de una invitación puramente simbólica.*) ¿Adónde, se puede saber?

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Mismo juego de consulta. El Hombre se sonríe al ver que no se había comprendido su frase, pero insiste.*) A donde nos lleve la mano de Dios. (*Vuelve a ver con disgusto al Hombre y se corrige.*) De la naturaleza. (*Con voz propia.*) Podríamos ir a un cine.

MUJER.—(*Decidida.*) Vente, vámonos ya. Yo desconfío de este tipo y tengo miedo. (*El Cuerpo de la Mujer se resiste un poco, pero se deja llevar, embelesada.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—¡No se vaya! ¡¡No se vaya usted, se lo ruego!

CUERPO DE LA MUJER.—Ahora sí debo irme, de veras.

CUERPO DEL HOMBRE.—¡Mire, ya llegó! ¡Ya llegó su amigo!

CUERPO DE LA MUJER.—¿Qué amigo?

CUERPO DEL HOMBRE.—Su amigo de la solapa, digo, de la flor. Por el que preguntaba. Ya llegó.

CUERPO DE LA MUJER.—Ah, sí, claro. (*A la Mujer.*) Dice que ya llegó tu amigo.

MUJER.—¿Ya llegó? ¿Dónde está? ¡¡Llévame donde él!

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*) Lléveme usted donde él.

HOMBRE.—(*Que acababa de encontrar una buena frase.*) Dile que...

CUERPO DEL HOMBRE.—¡Ah, cállate! Ahora tomo yo las riendas del asunto.

HOMBRE.—Conque ésta va a ser tu venganza, ¿verdad?

CUERPO DEL HOMBRE.—Sí, ésta es mi venganza.

HOMBRE.—¡Traidor!

MUJER.—¡Llévame donde él, rápido!

CUERPO DE LA MUJER.—(*Al Cuerpo del Hombre.*) Lléveme usted donde su amigo, por favor.

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer.*) Yo la llevaré. No se preocupe.

HOMBRE.—Ni creas que me afectas mucho yéndote así, como un animal, y dejándome solo. Qué me importa una mujerzuela más o menos. (*Su Cuerpo sonríe, saborea cruelmente la venganza.*) Soñaré. Soñaré toda la vida. Cada vez que te descuides soñaré, sin decirte nada. Viviré en sueños.

CUERPO DEL HOMBRE.—Creo que también ahí estarás solo.

HOMBRE.—No me abandonará nunca. Vendrá apenas la llame. Apenas me toque el corazón vendrá. (*Su Cuerpo lo mira, pero no le dice nada.*)

CUERPO DEL HOMBRE.—(*Al Cuerpo de la Mujer.*) Venga usted, es por aquí. Está en el cuarto de al lado.

CUERPO DE LA MUJER.—(*A la Mujer.*) Ven, ven. (*La Mujer, muy emocionada, se arregla los cabellos y especialmente las flores. Va de la mano de su Cuerpo.*)

(*El Cuerpo del Hombre, entonces, pone un brazo por el hombro del Cuerpo de la Mujer. Esta se resiste un poco, pero cede ante sus caricias y suelta la mano de la Mujer, que la sigue sin enterarse de nada. A todo esto han llegado a la puerta. Primero pasa el Cuerpo de la Mujer, después el Cuerpo del Hombre, y al ir pasando la Mujer el Cuerpo del Hombre le cierra la puerta violentamente en las narices, dejándola afuera.*)

TERCERA ESCENA. EL HOMBRE Y LA MUJER.

MUJER.—(*Primero se desconcierta, pero de pronto lo comprende todo y se tapa la boca para no gritar. Desesperada, se pone a golpear la puerta con todas sus fuerzas, sin hacer ruido sin embargo,*

como si en realidad ni la tocara.) ¡No! ¡No! ¡Por favor! ¡Así no me atrevería a verlo más nunca! ¡No! ¡No! ¡No te manches! ¡No me atrevería a verlo más nunca así! ¡Lo perdería para siempre! ¡Por favor! ¡No! (Se muerde la mano de dolor al ver la inutilidad de su empeño.) (Mientras tanto, el Hombre se sienta tranquilamente en algún sillón. Huele su flor enamorado y busca, adoptando varias posiciones sucesivas, una que le sea cómoda para ponerse a soñar. La Mujer, vencida, regresa a tientos, tropezándose, a alguna silla. En el camino, con sus últimas fuerzas, en un arranque de cólera, se quita el ramillete de flores y lo arroja al suelo. Luego se sienta a llorar, con la cara entre los brazos. El Hombre, que ha encontrado por fin la posición propicia, se queda inmóvil, la cara vuelta hacia arriba, con los ojos cerrados, esperando al sueño un buen rato. He aquí, sin embargo, que el sueño no llega y el Hombre comienza a inquietarse, cambiando nuevamente de posiciones y moviendo la cabeza como buscando algo en sueños. Su nerviosidad crece cada vez más y lo hace portarse como si estuviera siendo sometido a una tortura interna o a una espera desesperante. Después de llegar al clímax, y dándose por vencido, también él deja caer la cabeza entre sus brazos y dice.)

HOMBRE.—(Con dolor.) ¡Oh!

(Se oyen ruidos extraños detrás de la puerta, voces desvanecidas del Cuerpo de la Mujer. La Mujer se tapa los oídos furiosamente, y cae el

TELON

INDICE

	<u>Páginas</u>
<i>La mentira</i>	5
<i>La perrera</i>	99
<i>La venganza</i>	129

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ



3 4189 00066 2347

Precio: **20** Plaz.